

COLECCION UNIVERSAL

————— N.ºs 601 y 602 —————

GOTTFRIED KELLER

Los hombres  
de  
Seldwyla

NOVELAS BREVES

TOMO I

Pancracio el Gruñón.—Romeo y Julieta  
en la aldea



Precio: Una peseta

MADRID, 1922

Biblioteca Nacional de España



Gottfried Keller.

---

LOS HOMBRES DE SELDWYLA

TOMO I

---

ES PROPIEDAD  
Copyright by Calpe, Madrid, 1922

---

---

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

GOTTFRIED KELLER

Los hombres  
de  
Seldwyla

NOVELAS BREVES

TOMO I

Pancracio el Gruñón.—Romeo y Julieta  
en la aldea

La traducción del alemán ha sido  
hecha por Luis López Ballesteros



MADRID, 1922

---

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8.—MADRID

Gottfried Keller nació en Zurich en 1819. Dedicóse primeramente a la pintura de paisaje y estuvo en Munich de 1840 a 1842, entregado al estudio de su arte. Apremiado por la necesidad, tornó a su patria, y pronto llegó al convencimiento de que había errado su camino: la poesía y la literatura le atraían con singular fuerza. En 1846 publicó una colección de Poesías, que fué muy bien recibida por el público y la crítica. Vivió entonces varios años en Heidelberg, completando su formación literaria con el trato de Tenerbach y otros hombres eminentes de la época. En 1850 se trasladó a Berlín, y permaneció en esta ciudad hasta 1855. En 1851 había publicado Nuevas poesías, y en 1854 dió a la estampa su novela Enrique el Verdoso, en la cual refiere la historia de su vocación errada y luego rectificada, con gran abundancia de desarrollos poéticos y filosóficos. En 1856 publicó el primer tomo de LOS HOMBRES DE SELDWYLA, acaso su obra maestra, por la gracia, la ternura, el humor y lo profundo de la invención poética. En 1861 fué nombrado primer escribano público del cantón de Zurich, y hasta 1876 fué tanta su actividad profesional, que apenas podía atender a la creación artística. Poco después dió el segundo tomo de LOS HOMBRES DE SELDWYLA y luego sus Siete leyendas, Novelas de Zurich. En 1886 publicó la novela Martín Salander. Murió

en 1890 y se han publicado no pocas obras póstumas. La inspiración de Keller tiene un carácter nacional muy marcado: amó profundamente a su país y a su pueblo. Pero sobre esa base nacional élévase a los intereses universales con extraordinario sentido de la exposición artística, con un humor íntimo y viril y una fantasía riquísima y muy original. LOS HOMBRES DE SELDWYLA son una serie de novelas breves, muchas de las cuales llegan a la mayor perfección.

---



Seldwyla significa en nuestra antigua lengua «lugar soleado y deleitoso», y tal es, en efecto, la pequeña ciudad de este nombre, situada en un rincón de Suiza. Cercada por las mismas murallas y torreones que la rodeaban hace trescientos años, sigue siendo aún el mismo nido y conservando el espíritu que presidió su fundación, espíritu del que nos da buena idea el hecho de que sus fundadores la cimentaran a una media hora de un río navegable, despreciando las ventajas que hubiera supuesto el colocarla en la misma orilla, como signo inequívoco de que los habitantes de la ciudad no habrían de hacer nunca cosa razonable y de provecho. En cambio sí supieron escoger un bello emplazamiento. Verdes montañas rodean casi la ciudad, protegiéndola por tres lados de los fríos vientos y dejando, en cambio, libre acceso por la parte del Mediodía a las suaves brisas y al cálido sol. Esta privilegiada situación permite que en torno de los muros de Seldwyla se extiendan florecientes viñedos, cuya uva produce un vino bastante aceptable. A estos viñedos suceden, ya monte arriba, espesos bosques comunales, que son la riqueza de la ciudad, dándose el caso original, que constituye la característica de Seldwyla y quizá su destino, de que, siendo la comunidad rica, son sus habitantes hasta tal punto pobres, que ninguno de

ellos posee nada ni sabe de qué vive ni de qué vivieron sus antepasados. Y, sin embargo, viven alegre y apaciblemente, considerando el saber procurarse una cómoda existencia como su mayor arte y criticando con dureza, cuando salen de su nido, la incómoda manera de vivir que, a su juicio, se observa en todos los lugares a que arriban.

La flor y nata de Seldwyla está formada por los jóvenes de veinte a treinta y cinco o treinta y seis años, y ellos son los que imponen la moda, deciden el curso de los sucesos y representan la grandeza de la ciudad. Todos los seldwylenses, mientras están dentro de los años que hemos señalado, se dedican a ejercer la profesión, oficio o habilidad que hayan aprendido, pero a ejercerla de un modo muy original, consistente en dejar, mientras les es posible, que gente forastera trabaje por ellos y utilizar sus particulares conocimientos propios en coadyuvar y dar mayor brillantez al desenvolvimiento del maravilloso comercio de deudas mutuas, que constituye la base de la tranquilidad, bienestar y fortuna de todos los habitantes de la ciudad, comercio que se lleva en ella con una excelente reciprocidad y un acuerdo nunca roto. Conviene advertir que sólo la juvenil aristocracia goza de este privilegio del ilimitado crédito mutuo, porque en cuanto algún seldwylense traspasa la frontera de los floridos años ya citados y entra en la edad en que los hombres de otras ciudades comienzan a afirmar su personalidad o a adquirirla es cuando precisamente la pierde, convir-

tiéndose en un vulgar ciudadano desprovisto de toda significación y expulsado del paraíso del crédito. Aquellos que al llegar a este término fatal conservan aún algunas energías emigran de Seldwyla y entran al servicio militar de otros cantones, aprendiendo en ellos las virtudes del trabajo y la disciplina, y utilizando así para servir a un tirano extranjero las cualidades que no han sabido antes utilizar en provecho propio. Estos mercenarios suelen retornar a su patria convertidos en excelentes soldados, y son entonces los mejores instructores militares de toda Suiza. Otros seldwylenses, al llegar a los cuarenta años, salen a recorrer el mundo en busca de aventuras, y siempre, en cualquier ciudad de la tierra, se puede encontrar alguno de ellos, reconociéndoselos en seguida por la destreza y pulcritud con que parten en la mesa toda clase de pescado, despojándolo de todas sus espinas, para saborearlo con plena comodidad, sea en California, Texas, París o Constantinopla.

Aquellos otros que, pasados los años juveniles, permanecen en la ciudad y en ella se hacen viejos, tienen que aprender entonces a trabajar. Mas no en una profesión u oficio determinado, sino en las mil y una ocupaciones insignificantes y de momento que puedan proporcionar algo que llevarse a la boca en el mismo día en que se emprenden y terminan. No existe, pues, gente más atareada y afanosa en la persecución del céntimo diario que los míseros seldwylenses y sus mujeres e hijos cuan-

do han dejado tras de sí la época de esplendor y despreocupación.

Todos los habitantes de la ciudad disponen de la leña que necesiten, procedente de los bosques comunales, y todavía queda un gran sobrante, que es vendido por el Concejo, destinando su importe a aliviar la pobreza de sus administrados y a conservar la vieja ciudad en el mismo estado que presentaba cuando su fundación, pues para hacer reformas no alcanza nunca el dinero. A pesar de todo, los seldwylenses se hallan siempre alegres y satisfechos, y cuando alguna preocupación enturbia su ánimo o la ciudad atraviesa por épocas de penuria monetaria, entretienen el tiempo desplegando una gran actividad política, la cual es otra de sus cualidades características. Durante estos malos tiempos, todos en Seldwyla se muestran apasionados partidistas, aficionadísimos a las revisiones de su Constitución y a proponer leyes nuevas: de modo que cuando se habla de que algún miembro del Concejo, empujado por sus correligionarios, ha presentado un absurdo proyecto de ley, o cuando corren rumores de que va a modificarse la Constitución, puede asegurarse que el dinero escasea. Los políticos seldwylenses tienen, además, una gran inclinación a cambiar de opiniones y principios, sucediendo siempre que al siguiente día de un cambio de Gobierno todos los que a él han contribuido corren a ingresar en las filas del partido opuesto. Cuando el Gobierno elegido es de teorías radicales, se agrupan, para com-

batirlo, en torno del piadoso párroco de la ciudad, del cual se mofaban veinticuatro horas antes por sus opiniones conservadoras, y le hacen la corte agolpándose con fingido entusiasmo en la iglesia, alabando sus sermones y pidiéndole con ardiente interés sus pequeñas publicaciones religiosas y el boletín de la Sociedad de Misioneros de Basilea, todo ello, claro es, sin desembolsar un céntimo. Mas si, en cambio, se halla en el Poder un partido de ideas medio conservadoras, el grupo de oposición se forma bajo la presidencia del maestro de escuela, y entonces el párroco tiene que gastar su dinero en reponer todos los cristales de su casa. Por último, si son los liberales los que suben al Poder y forman Gobierno con unos cuantos juriconsultos partidarios de la fiel observancia de las formas legales y un par de aprovechados financieros, nuestros seldwylenses invaden la casa del primer socialista que encuentran y, como declaración de guerra al Gobierno, le eligen concejal al grito de: «Abajo la política formalista! ¡El pueblo sólo desea que sus intereses materiales queden asegurados!» En su inconstancia política, aspiran hoy al derecho del veto y hasta al gobierno popular inmediato, ejercitado por una asamblea general permanente, institución parlamentaria a la que en ningún pueblo podrían dedicar tanto tiempo sus moradores como en Seldwyla, y mañana, en cambio, se muestran llenos de escepticismo ante la cosa pública, abandonan la dirección de las elecciones a media docena de viejos pancistas que

habiendo quebrado más o menos fraudulentamente en su lejana juventud, se han ido rehabilitando a través de los años por el olvido y el silencio, y se mofan de ellos cuando, sentados en las cervecerías, los ven dirigirse hacia el lugar de la elección, procediendo con lógica igual a la de aquel muchacho que, soplándose los dedos de frío, decía que si se le helaban las manos le estaría muy bien empleado a su padre por no haberle comprado guantes. Durante algunos días sólo sueñan con la confederación helvética, y se indignan de que en el año 48 no quedase constituída la unidad total; pero al poco tiempo se convierten en frenéticos partidarios de la soberanía cantonal y se niegan a emitir sus votos en la elección de miembros del Consejo de la Nación.

Esta fiebre política les dura hasta que el resto de la nación se cansa de los proyectos de ley y de las algaradas seldwylenses, en cuyo momento el Poder central les manda, como calmante, una comisión investigadora que inspeccione la marcha de su administración y la inversión de los fondos comunales. Entonces, teniendo suficiente ocupación en su propia casa, cesan de crear conflictos al Gobierno.

Al regocijo que les causan todas estas marejadas políticas sólo puede considerarse superior el que invade la ciudad entera todos los otoños cuando después de la vendimia se dedican todos los seldwylenses a beber el vino nuevo, que aun no es mas que mosto en plena fermentación. El año que

sale bueno, nadie puede estar tranquilo ni con la vida segura en medio del estruendoso barullo que se arma en toda la ciudad, ni contar con sus habitantes para nada.

Pero cuanto menos vale un seldwylense dentro de su ciudad natal, tanto mejor se comporta en el momento en que de ella sale, sea solo o formando grupo con otros, como sucedió en pasadas guerras, en las que las compañías constituídas por soldados de Seldwyla se batieron a maravilla. También como especuladores y hombres de negocios se han distinguido algunos fuera del soleado y deleitoso valle en el que no lograron fructificar.

En una tan divertida y original ciudad no pueden dejar de existir, ya que la ociosidad es la madre de todo vicio, las historias más divertidas y las vidas más originales. Pero no queremos relatar en el presente libro tales historias, que caen por completo dentro del carácter de Seldwyla, sino otras varias que, apartándose de él, no podrían, sin embargo, haber sucedido en otro sitio.

---





## PANCRACIO EL GRUÑÓN

---

En una tranquila plazoleta retirada, cerca de las murallas de la ciudad, vivía la viuda de un seldwylense que, habiendo terminado su misión en este mundo, yacía largo tiempo ha bajo la tierra. No había sido de los peores, antes bien, sentía un tan fuerte deseo de ser un hombre cumplido y cabal, que habiéndose entregado en su juventud a la corriente reinante, a la cual no había modo de escapar durante dicha edad, luego, cuando pasó su época de esplendor y tuvo, conforme a la costumbre establecida, que retirarse de escena, la vida se le apareció como un vasto engaño y un desolado sueño, y, enfermando de consunción, murió al poco tiempo.

Dejó a su viuda una pequeña casucha ruinoso, un campo de patatas delante de las puertas de la ciudad, y dos hijos, un chico y una chica. A fuerza de hilar y más hilar, ganaba la viuda la leche y la manteca necesarias para guisar las patatas que cosechaba, y una pequeña viudedad que le pasaba el encargado de la Beneficencia pública, tras de utilizarla él siempre en sus negocios particulares durante varias semanas después del ven-

cimiento, alcanzaba justo para vestirse y algunos menudos gastos más. Este dinero era esperado siempre con dolorosa ansiedad, pues en las semanas que transcurrían desde el vencimiento, los pobres trajecitos de los niños parecían más que nunca destrozados y el tarro de la manteca dejaba ver su fondo por completo. La aparición del fondo de la orza era un fenómeno anual tan regular como cualquiera de los celestes y transformaba con igual regularidad, por algún tiempo, la forzosa resignación de la familia en un verdadero descontento. Los hijos atormentaban a la madre demandando comida mejor y más abundante, creyéndola, en su inconsciencia, lo bastante poderosa para proporcionársela, ya que lo era todo para ellos, su único amparo y su única autoridad, y la madre se desesperaba de que sus hijos no tuvieran más entendimiento o más comida, o ambas cosas a la vez.

Los caracteres de los hermanos eran diferentes en extremo. El chico, un insignificante muchacho de catorce años, ojos grises y fisonomía grave, solía estarse en la cama hasta muy entrada la mañana; leía después un poco en un destrozado libro de geografía e historia, y luego, fuera invierno o verano, subía por la tarde a algún monte vecino para asistir desde su cima a la puesta del sol, único acontecimiento brillante y pomposo que le era dado presenciar y que parecía ser para él lo que la hora del mediodía en la Bolsa es para los comerciantes, pues de lo que en él sucediera dependía su

buen o mal humor durante todo el resto del día, y cuando había habido nubes bien rojas que habían maniobrado en el cielo como grandes ejércitos batallando entre sangre y fuego, era cuando podía tenersele por verdaderamente satisfecho. De cuando en cuando, pero raras veces, llenaba una hoja de papel con extraños números y listas, y luego reunía estas hojas en un paquetito, que ataba con un pedazo de un viejo cordón dorado. Lo más interesante que aquel paquete contenía era un cuadernito formado con hojas de papel de plata cuyo blanco revés estaba lleno de líneas, puntos y figuras envueltas entre nubes de humo surcadas por bombas que volaban en todas direcciones. Contemplaba a menudo este libro con gran satisfacción y añadía nuevos dibujos, sobre todo en la época en que el patatar estaba por completo en flor. Se tumbaba entonces entre las floridas plantas, bajo el cielo azul, y cuando había mirado y remirado una de las blancas hojas del cuaderno, llena de dibujos, pasaba tres veces más tiempo con la vista fija en la hoja opuesta, plateada, en la cual se quebraba el sol. Fuera de esto, era un muchacho caprichoso y muy dado a gruñir, que no reía nunca y que no estudiaba nada ni hacía cosa de provecho sobre esta bendita tierra.

Su hermana tenía doce años y era una linda muchacha de largos y espesos cabellos negros, grandes ojos del mismo color y la más blanca piel que pueda verse. Silenciosa y tranquila, casi todo le parecía bien y se enfurruñaba con mucha me-

nor frecuencia que el muchacho. Poseía una voz muy clara y cantaba como un ruiseñor; pero a pesar de ser, con todo esto, mucho más agradable que su hermano, era éste el preferido de la madre, que le favorecía cuanto podía, llevada por la compasión que le inspiraba el pensar que, no pudiendo su hijo estudiar ni aprender nada, tendría necesariamente que ser muy desdichado en el porvenir, mientras que la muchacha, contentándose con poco, podría ser más fácilmente dichosa.

Por tal razón, la hermanita tenía que hilar sin descanso para que el muchacho encontrase más abundante comida al regresar de sus paseos y pudiese esperar con ociosa tranquilidad el advenimiento de su desdicha futura. El lo aceptaba todo, dejando, con la indiferencia de un pequeño piel roja, que las mujeres trabajasen por él, y la muchacha, por su parte, hallaba natural y corriente este estado de cosas.

La única compensación y su sola venganza la constituía una extralimitación que, con astucia o por la fuerza, se permitía en todas las comidas. La madre guisaba por las mañanas unas abundantes gachas de patatas, sobre las cuales vertía leche sin descremar o una salsa de buena manteca morena. Comían estas gachas en la misma fuente en que salían a la mesa, haciendo cada uno con su cuchara de estaño un hoyo en la firme montaña de patatas. El muchacho, que, por extraña excepción, mostraba un estrecho sentido de disciplina militar para todo aquello que se refería a la

comida y se interesaba mucho en que dicha disciplina se observara rigurosamente, cuidaba siempre de que la leche o la amarilla manteca que nadaba por los bordes de la fuente afluyera por igual a las excavaciones practicadas en la patata; pero su hermana, con la mayor inocencia, procuraba, en cuanto se agotaban sus fuentes, guiar hacia su lado, por medio de toda clase de derivaciones y canales artificiales, el sabroso arroyuelo, y aun cuando su hermano se opusiera construyendo también diques artificiales y tapando todo agujero sospechoso, encontraba siempre la forma de abrir una secreta vena en las gachas, o si no, rompía las hostilidades abiertamente y penetraba con su cuchara de estaño, y riéndole los ojos, en la colmada mina de su hermano, el cual arrojaba inmediatamente su cuchara y gruñía y se lamentaba, hasta que la bondadosa madre inclinaba la fuente del lado de sus hijos y dejaba fluir la salsa que le correspondía en el laberinto de canales y diques por ellos formado.

Así iba viviendo la pequeña familia un día tras otro y creciendo los hijos, sin que nada cambiase ni se les presentase ocasión favorable de tomar tierra y llegar a ser algo, circunstancia que los hacía sentirse cada vez más desgraciados y descontentos. Pancracio, el hijo, continuaba sin hacer ni aprender nada en absoluto, salvo un arte cada día más desarrollado y perfecto de gruñir y enfurruñarse, con el cual atormentaba a su madre y a su hermana y se atormentaba a sí mismo. Esto constituía

para él una verdadera e interesantísima ocupación, y, dedicado a ella de continuo, aplicaba cuidadosamente sus ociosas fuerzas espirituales a la invención de cien pequeñas tragedias familiares a las que él mismo daba lugar y en las que sabía desempeñar magistralmente el papel de víctima de la injusticia. Esther, la hermanita, lloraba con amargura en estas ocasiones; pero a través de su llanto brillaba en seguida el espléndido sol de su alegría. Tal superficialidad molestaba y mortificaba tanto a Pancracio que le hacía prolongar más largo tiempo su enfado y lloraba a escondidas por motivos que él mismo se creaba.

Esta manera de vivir le sentaba, sin embargo, muy bien, y cada día era mejor su salud y mayores sus fuerzas. Cuando sintió acudir el vigor a sus miembros, extendió su radio de acción y, con un palo de escoba o una gruesa raíz en la mano, salía a recorrer los campos y los bosques en busca de lugar donde poder encontrar una gran injusticia y ser quizá víctima de ella. En cuanto se presentaba uno de estos casos, zurraba lindamente a sus adversarios, y adquirió y demostró en esta rara actividad una tal destreza y tanta energía y buena táctica, así en adivinar y descubrir al enemigo como luego en el combate, que llegó a vencer a muchachos que le superaban mucho en fuerzas y hasta a tropas enteras de ellos, o, cuando menos a lograr una retirada impune.

Al regresar de una de estas felices aventuras le sabía la comida doble mejor, y su gente podía go-

zar de unas alegres horas. Pero un día le sucedió que en vez de repartir golpes fué él quien los recogió, y bien fuertes por cierto, y cuando, lleno de vergüenza, de humillación y de cólera, regresó a su casa, halló que Esther, que se había pasado todo el día hilando, no había podido resistir a la tentación de comerse un pedazo, que a Pancracio le pareció precisamente el mejor, de la comida reservada para él. Triste y melancólico, sin poder apenas retener las lágrimas, contempló los insignificantes y fríos restos de su pitanza, mientras la perversa hermana, vuelta a su rueca, reía sin tino.

Aquello era ya demasiado y tenía que provocar algún acontecimiento importante. Sin comer, marchó el hambriento Pancracio a su cuarto, y cuando a la mañana siguiente fué su madre a despertarle y decidirle a acudir al desayuno, había desaparecido y no hubo medio de hallarle en parte alguna. El sobresalto de su madre y su hermana creció al notar que se había llevado consigo las cuatro cosuchas que le pertenecían, pues ello denotaba que la ausencia no iba a ser corta y que obedecía a un plan preconcebido. Todos los trabajos que las desconsoladas mujeres emprendieron para hallar alguna huella del desaparecido resultaron infructuosos, y cuando transcurrido medio año seguían sin noticia alguna de su paradero, se entregaron llenas de triste resignación a su adverso destino, que ahora les parecía doblemente miserable y solitario.

¡Cuán largas no se hacen las semanas y los días

cuando no se sabe dónde se hallan y respiran los que nos son queridos; cuando sobre ellos reina en el mundo tal silencio que en ningún lado suena una voz que pronuncie su nombre, y sin embargo esperamos que no hayan muerto y que vivan y respiren en algún lugar de la tierra!

Este fué el angustioso estado de ánimo de Esther y su madre durante cinco, diez y hasta quince años, día tras día. ¡Aquello sí que constituía un largo y verdadero enfado del querido gruñón! En estos años llegó Esther a convertirse en una preciosa mujer y luego en una agradable solterona, pues no quiso separarse de su madre, no sólo por amor filial, sino también por curiosidad de estar presente en el momento en que por fin asomara Pancracio y enterarse de cómo ello sucediera. Confiada, creía firmemente que su hermano había de regresar alguna vez, y esperaba que en tal ocasión habría materia para estar alegre y reír de verdad. Además, no le había sido difícil permanecer soltera, porque era inteligente y sabía que los hombres de Seldwyla no traían consigo una felicidad muy duradera, mientras que con su madre viviría siempre en un limitado bienestar, pero tranquila y sin penas, tanto más ahora que tenían una importante boca menos y para ellas no necesitaban casi nada.

Así las cosas, llegó una hermosa y clara tarde de verano, a mediados de semana, horas en las cuales no se piensa en nada y en que la gente de las ciudades pequeñas se dedica con ardor a sus ocupaciones. Por lo tanto, la juvenil crema de



Seldwyla se encontraba reunida bajo el sol estival en las boleras tapizadas de hierba que había junto a las puertas de la ciudad o resguardada en las frescas tabernas de la misma. En cambio, los viejos y los que habían hecho ya bancarrota martilleaban, cosían, tiraban de la lezna, encolaban, tallaban y aserraban afañosamente para aprovechar el largo día, y, cosa que ya habían aprendido a apreciar, llegar a la noche con la satisfacción del deber cumplido. En la pequeña plazoleta en que vivía la madre de Pancracio no se veía a nadie, fuera del tranquilo sol estival que iluminaba el empedrado, en cuyas junturas crecía la hierba; pero en las casas de alrededor, junto a las ventanas abiertas, trabajaban los viejos y jugaban los niños. Sentada en un banco, detrás de unas floridas matas de romero, hilaba la viuda, y Esther cosía frente a ella. Ya habían pasado varias horas desde el almuerzo y nadie de la vecindad había intentado aún entablar conversación alguna, cuando el zapatero, encontrando que ya era tiempo de abrir una pequeña pausa para el reposo, estornudó con tantas ganas y tal fuerza, ¡achís!, que las vidrieras retemblaron. El encuadernador, que en realidad no era tal, sino que se dedicaba a construir toda clase de cajitas de cartón y tenía a su puerta, dentro de una pequeña urna de cristal, una barra de lacre que se doblaba bajo la acción del sol, el encuadernador, decíamos, exclamó: «¡A vuestra salud!», y todos los vecinos se echaron a reír. Después, uno a uno fueron asomando la ca-

beza por las ventanas, y algunos hasta salieron a sus puertas respectivas, y se ofrecieron rapé unos a otros, dando así la señal para una pequeña conversación y un alegre reír, mientras degustaban el café vespertino, cuyo aroma, mezclado con el de la achicoria, salía ya de todas las casas. Habían ya aprendido a divertirse con poco. En medio de este general contento, y para aumentarlo, llegó un músico extranjero con un organillo muy pulido, aparición rara en Suiza, que es un país que nunca produjo organilleros, y tocó una melancólica canción, en la que se hablaba de la patria lejana, que gustó a todos sobremanera, y en especial a la viuda, a la cual se le saltaron las lágrimas pensando en su Pancraccio, desaparecido hacía ya tantos años. El zapatero dió unos céntimos al músico, y éste se fué, dejando la plaza nuevamente en silencio. Pero poco tiempo después llegó otro vagabundo, llevando en una jaula un gran pájaro exótico, al cual pinchaba con un palito, sin dejar a la triste ave un momento de reposo. Era un águila americana, y la melancolía de la viuda creció al pensar en las lejanas tierras azules sobre las que habría volado en su tiempo de libertad, y en que ella no tenía ni siquiera el consuelo de saber cuáles eran aquellas en que su hijo se hallaba. Los vecinos habían tenido que salir al medio de la plaza para ver el águila, y cuando su dueño se la llevó formaron un grupo, y con la nariz al viento se dedicaron a esperar que llegasen más curiosidades, sintiendo ya deseos de no hacer nada en todo

el resto de la tarde, deseos que se realizaron, pues a poco, escoltado con gran algazara por todos los chicos de la pequeña ciudad, se presentó el mayor espectáculo de la tarde. Dos o tres hombres desembocaron en la plaza, conduciendo un camello montado por varios monos y tirando de un gran oso sujeto a una cadena por una anilla que le traspasaba la nariz, el cual bailó y mostró todas sus habilidades, asustando de cuando en cuando con salvajes gruñidos a los pacíficos curiosos que le contemplaban a respetuosa distancia. Esther reía de ver danzar al oso con su palo sobre los hombros, y la satisfecha fisonomía inexpresiva del camello y las gracias de los monos la regocijaban extremadamente. Su madre, en cambio, no cesaba de llorar, compadeciendo al oso, cuyo malhumorado aspecto le recordaba a su hijo desaparecido.

Cuando también este espectáculo hubo terminado y quedó otra vez tranquila la plaza, pues los vecinos se agregaron al cortejo del oso, en busca de lugar donde echar un trago antes de la cena, dijo Esther:

—Me da el corazón que Pancracio ha de volver esta tarde. ¡Hemos visto hoy ya tantas cosas raras e inesperadas: camellos, monos, osos!

La madre se enfadó de que juntase al pobre Pancracio con todos aquellos animales y se burlase de él de esta manera, y la mandó callar, sin caer en que ella también había tenido igual pensamiento. Después dijo sollozando:

—No veré yo su regreso. ¡No le volveré a ver!

Diciendo esto, ocurrió el mayor acontecimiento del día. Un abierto coche de viaje, con un postillón más de los acostumbrados, entró ruidosamente en la plaza, iluminada todavía en parte por el sol poniente. Sentado en el coche venía un hombre cuyo rostro, tostado por el sol y surcado por huellas de balas y sablazos, ostentaba largos bigotes y perilla, que le comunicaban un arrogante aspecto marcial. Cubría su cabeza con una gorra militar y se abrigaba con un albornoz igual al que llevan los soldados franceses de las colonias africanas. Sus pies descansaban sobre una colosal piel de león tirada en el fondo del coche, y frente a él, encima de la banqueta, venían colocados un sable, una larga pipa árabe y otros extraños objetos.

Al llegar a la plaza se dilataron sus ojos, y, como quien despierta de un profundo sueño, lanzó una mirada en torno suyo, hasta fijarla en una determinada casa. Tambaleándose bajó del coche, que se había detenido en medio de la plaza; pero se repuso en seguida y, cogiendo su sable y la piel del león, se dirigió con paso seguro a la morada de la viuda, como si no hiciera ni una hora que hubiera salido de ella. Esther y su madre contemplaron admiradas todo aquel manejo y aguzaron el oído para espiar si el desconocido subía la escalera, pues, aunque acababan de hablar de Pancraccio, la sorpresa y la curiosidad que la llegada del extranjero había despertado en ellas alejaron sus pensamientos del ausente, y en aquel momento no tenían ni la más mínima sospecha de que

puñera ser él precisamente el recién llegado. Pero de pronto le reconocieron en la manera de saltar los últimos escalones, penetrar en el corto corredor y agarrar el pestillo de la puerta, después de haber introducido rápidamente la llave en su cerradura, cosas todas que acostumbraba a hacer siempre el desaparecido, que en su antigua ociosidad manifestaba un cierto amor al orden. Al abrirse la puerta, lanzaron un grito y quedaron inmóviles, de pie ante sus sillas, mirando con la boca abierta hacia la entrada. Bajo el dintel se hallaba Pancracio, en cuyo grave y sereno rostro de hombre de guerra se transparentaba una intensa emoción. La madre permaneció muda e inmóvil de sorpresa, y Esther, completamente azorada por primera vez en su vida, no se atrevió tampoco a hacer un solo movimiento. Mas todo esto duró sólo un segundo. Con una cortesía que le había sido enseñada por la dura necesidad de la vida, se quitó el señor coronel, que nada menos había llegado a ser el perdido hijo, la gorra al entrar en el cuarto, cosa que no había hecho antes jamás, y se dirigió a las dos estupefactas mujeres, abrazándolas con amorosa compasión, mientras que, dejando ver unos dientes blancos como la nieve, se pintaba en su arrugado, pero no envejecido, rostro una sonrisa que pareció algo divino a su madre y su hermana, tan poco acostumbradas a verle amable, que ni siquiera habían podido nunca figurárselo mas que gruñendo y con expresión enfadada o taciturna.

La madre, que había temblado atemorizada ante la aparición del hijo, al cual podía suponer aún perverso, temblaba ahora de gozo al sentirse entre sus brazos, tranquilizada por la respetuosa cortesía que había demostrado al entrar y conmovida por aquella luminosa afabilidad nunca vista en el rostro de su Paneracio, pues antes de que éste hubiese cumplido siete años había comenzado ya a substraerse a las caricias maternas, y desde dicha edad se había guardado, lleno de esquivez y desapego, de acercarse a su madre, sin contar las innumerables veces que, enfadado, se iba a acostar sin decir siquiera buenas noches. Por lo tanto, era para ella algo incomprensible y maravilloso, que compensaba una dolorosa vida, aquel instante en que, después de casi treinta años, se veía, puede decirse que por vez primera, en brazos de su hijo. También Esther encontraba tan grave e importante aquella transformación, que ella, que se había burlado tantas veces de su gruñón hermano, no pensaba, ni con mucho, reírse del que tan amable había regresado, y, por el contrario, fué a sentarse en su silla con lágrimas en los ojos y mirándole fijamente.

Paneracio fué el primero que a los pocos minutos supo dominarse, y, como buen táctico, hallar una transición mandando subir su equipaje. La madre y Esther quisieron ayudar a transportarlo; pero él, con dulzura, las obligó a sentarse, y sólo consintió que Esther bajase y cogiese del coche algunos de los más ligeros objetos. Una vez trans-

portado todo a la casa, Esther recobró su buen humor y no pudo contener por más tiempo el deseo de coger la piel de león por la larga cola y arrastrarla de aquí para allá, riendo hasta ponerse mala y exclamando una y otra vez:

—¿Qué piel es ésta? ¿De qué monstruo es?

—Esto—dijo Pancracio, poniendo un pie sobre la piel—era hace tres meses un león lleno de vida, al que yo maté. El fué mi maestro y él me convirtió. Durante doce horas me sermoneó tan enérgicamente, que yo, pobre de mí, sané para siempre de mi manía de gruñir y enfadarme. Para recuerdo, su piel no se separará nunca de mí. ¡Fué una bonita historia!—añadió suspirando.

Suponiendo que su gente, si la encontraba aún viva, no había de tener en casa nada de valor, había comprado en la última ciudad que había atravesado una cesta de botellas de buen vino y otra de excelentes manjares, con objeto de que al llegar no se armara confusión en su casa para preparar la cena y pudiera sentarse a cenar en toda calma al lado de su madre y su hermana. De este modo, aquéllas no necesitaron mas que poner la mesa, y Pancracio trajo unas gallinas asadas, un estupendo pastel de fiambre y un paquete de finos bollos. ¡Y aun más! En el camino había pensado lo poco que lucía la lamparilla de aceite que tenían en su casa y cuánto le enfadaba antiguamente tan escasa iluminación, que le impedía encontrar por la noche ninguno de los bártulos de su ociosidad, a pesar de que la madre, sin cuidado

para sus propios ojos, más viejos que los de él, le ponía siempre la lamparilla delante de las narices, con gran contento de Esther, que aprovechaba la primera ocasión para retirarla de su lado. Recordó que una vez la había apagado llorando de rabia, y que cuando la madre, entristecida, la volvió a encender, la apagó Esther de nuevo entre risas, después de lo cual él corrió a acostarse con el corazón destrozado. Todo esto y algunas cosas más había acudido a su pensamiento, mezclado con un ansioso temor en el que apenas se atrevía a esperar volver a ver a las que había abandonado, y tales recuerdos le llevaron a comprar también algunas velas, que encendió al sentarse a comer, dejando a las mujeres estupefactas ante tamaña magnificencia.

De esta manera se celebró aquella noche en la casita de la viuda una fiesta tan alegre como una boda, aunque con mayor tranquilidad y menos barullo. Pancracio aprovechó la luz de las velas para contemplar los aviejados rasgos de su madre y los ya maduros de su hermana, y esta contemplación le conmovió más que todos los peligros a que había mirado en su vida cara a cara, y le condujo a una profunda meditación sobre la manera de ser humana y la humana vida, y cómo precisamente nuestras pequeñas cualidades, la aspereza o afealdad de nuestro carácter, determinan no sólo nuestro destino, feliz o desdichado, sino también el de los seres que nos rodean, haciéndonos responsables para con ellos por algo que depende tan



poco de nuestra voluntad como nuestro peculiar carácter personal. En estas graves consideraciones fué interrumpido por los vecinos, que, no pudiendo refrenar por más tiempo su curiosidad, invadieron la habitación para contemplar de cerca al maravilloso hijo pródigo, pues ya se había extendido por toda la ciudad el rumor de la llegada de Pancracio, diciéndose que regresaba hecho todo un general francés y en un coche de cuatro caballos. Esta súbita aparición de nuestro héroe constituía un intrincado problema para los seldwylenses, a quienes había sorprendido la noticia reunidos, como de costumbre, en los diversos locales de diversión existentes en la ciudad. Jóvenes y viejos, llenos de confusión, se rascaban la cabeza sin acertar a comprender un hecho tan contrario al orden y costumbres establecidos en Seldwyla como el de que algún paisano suyo apareciese igual que llovido del cielo, después de haber hecho carrera en el extranjero, llegando nada menos que hasta general y precisamente en la edad límite en que todo acababa para ellos. «¿Qué iba a hacer ahora en Seldwyla? ¿Querría permanecer en la ciudad y conservar la personalidad adquirida fuera de ella? ¿Cómo se las había arreglado para subir tanto? ¿Y qué diablos había hecho aquel insignificante jovencuelo, en que nadie reparó nunca, para poder hacer algo de provecho en su juventud a pesar de haber nacido en Seldwyla?» Tales eran las preguntas que obsesionaban todos los espíritus, sin que nadie lograra darse una contestación satisfactoria,

pues ninguno poseía suficiente conocimiento de los hombres y de las almas para comprender que justamente el agrio y fuerte carácter de Pancracio, que tantas penas había causado a sus familiares, era lo que le había servido para hacer su camino a fuerza de perseverancia, apartándole de los peligros que traía consigo la edad de esplendor seldwylense y conservándole despierto y firme como el vinagre conserva fresco y sabroso un arenque o una legumbre. La única solución que encontraron a sus inquietudes fué la de poner en duda la veracidad de la noticia, y para confirmarla despacharon una comisión de viejos que habían ya hecho su correspondiente bancarrota. Estos se presentaron en la casa, y, como los vecinos que ya habían acudido a ella pertenecían también a la misma honrada clase, se encontró Pancracio rodeado de macilentas figuras, que, como sombras infernales en torno de un héroe mitológico, flotaban en el humo azul de la pipa turca que había encendido tras la cena, llenando el cuarto con el exótico aroma del tabaco oriental. Esther y la madre admiraron sin cesar la afable soltura con que el recién llegado dió conversación a los curiosos, y, por último, la cortés, pero firme, destreza con que disolvió la reunión cuando le pareció llegado el momento.

Como las alegrías que se basan en la dicha familiar y en alegres acontecimientos entre personas queridas, aunque lleguen después de largos sufrimientos, rejuvenecen y fortifican en vez de agotar,

como sucede con aquellas otras excitaciones que sufrimos en nuestro contacto con los extraños, no sentían ni la anciana madre ni sus hijos huella alguna de fatiga o de sueño, cosa a que además ayudaban la buena cena y el buen vino ingeridos. Así, pues, la madre, apoyada por Esther, demandó a su hijo un relato más preciso que el referido a los extraños de lo sucedido en tan largo tiempo.

—No es ésta—comenzó Pancracio—ocasión de principiar a relataros detalladamente mis aventuras. Tiempo tendré más adelante de contaros punto por punto mi calamitosa historia. Por hoy os daré a conocer algunos rasgos de ella, los necesarios para llegar a su fin, esto es, a mi retorno, y explicar las razones que lo motivaron, pues este final de mi historia está íntimamente ligado con su principio, o sea mi huida de esta casa, y ambos acontecimientos responden a un mismo tono fundamental. Cuando me escapé de aquella manera tan villana, me hallaba lleno de una gran pena y de un odio indestructible, pero no contra vosotros, sino contra mí mismo, contra toda esta región, contra esta inútil ciudad y contra toda mi adolescencia. Esto lo he comprendido después. Si lo que más me irritaba y enfadaba y por lo que más gruñía era la comida que me dabais, la oculta razón de ello era el remordimiento de que no ganaba mi pan, dado que nada hacía ni estudiaba nada y ni siquiera sentía inclinación hacia trabajo alguno, no pudiendo, por tanto, abrigar la esperanza de que las circunstancias cambiasen para

mí algún día. Todo lo que veía hacer a los demás me parecía tan estúpido y sin objeto, que hasta vuestro eterno hilar se me hacía insoportable y me producía dolores de cabeza, a pesar de ser lo que sostenía mi ociosidad. Así, una noche huí poseído de hondos sufrimientos, y corrí hasta el amanecer, que me sorprendió a unas siete horas de esta ciudad. Al salir el sol encontré unos campesinos que estaban segando la hierba de una extensa pradera. Sin preguntar nada, ni decir palabra, dejé mi hatillo en el suelo y cogí un rastrillo o una horca, poniéndome a trabajar como un poseído y con la mayor destreza, pues en mis paseos por estos campos había observado cuidadosamente los movimientos de los que trabajaban y hasta a veces había meditado sobre sus maneras de trabajar y criticado la forma en que cogían este o aquel apero, pensando que para poder trabajar con mayor rendimiento debían arreglárselas de muy distinta manera.

Los campesinos me miraron asombrados, pero ninguno pensó estorbarme en mi labor, y cuando llegó la hora del desayuno fui invitado a participar de él. Tal era lo que yo me proponía y, por tanto, seguí trabajando hasta la llegada del almuerzo, que también devoré con gran apetito. El asombro de los campesinos se hizo luego mayor al ver que tras el almuerzo, en vez de ponerme a trabajar de nuevo, me limpiaba la boca, cogía mi hatillo y, sin pronunciar una sola palabra, seguía mi camino. Una confusa carcajada resonó tras de

mí. Al llegar a un fresco y espeso bosque de hayas me tumbé en el suelo y dormí hasta el anocheecer. Salí entonces del bosque y miré al cielo, en el que empezaban a aparecer las primeras estrellas. La posición de éstas era también una de las pocas cosas que yo había observado durante mi ociosidad. La regularidad y puntualidad que mostraban me causaba un gran placer, tanto más cuanto que aquellas esplendentes criaturas no ejercitaban tales virtudes para ganarse un jornal o su ración de patatas, sino que cumplían consecuentemente su misión como si lo hicieran por puro placer y no pudieran dejar de hacerlo. Aunque mi librito de Geografía era harto elemental, su continua lectura, en la que poco a poco lo aprendí de memoria, me había dado algunos conocimientos sobre la Tierra y, por tanto, sabía la dirección que debía tomar para llegar a un lugar determinado. En aquel momento decidí seguir caminando hacia el Norte para llegar hasta el mar, atravesando toda Alemania. Durante la noche anduve sin descanso unas ocho horas, y con el sol mañanero llegué a un salvaje y apartado rincón del Rin, sobre el cual vi un barco cargado de sacos de trigo que, habiendo tropezado en un escollo, estaba de tal manera escorado que el agua saltaba por encima de una parte del cargamento. Como en el barco no se encontraban más que tres hombres y no era de esperar auxilio alguno en aquel apartado lugar y tan de mañana, fuí admirablemente acogido cuando eché mano al trabajo, ayudando a transportar a

la orilla la pesada carga y a poner de nuevo el barco a flote. El trigo que se había mojado lo pusimos al sol sobre unas tablas y lo revolvimos concienzudamente hasta que, seco, pudimos volverlo a cargar. Toda esta faena nos ocupó la mayor parte del día, y durante él tuve ocasión de participar en las copiosas comidas de los tres marineros. Cuando terminamos nuestra labor me dieron algún dinero, y a petición mía me pasaron a la orilla opuesta en una pequeña lancha que a remolque llevaban.

Al arribar a tierra me encontré en un bosque que se extendía sobre las laderas de una montaña, y en él dormí hasta la noche, que me levanté y anduve hasta la siguiente mañana. Para no extenderme mucho, os diré que de esta manera llegué a Hamburgo en poco más de dos meses, trabajando durante el día en lo que primero encontraba y dejando la labor en cuanto satisfacía mi apetito, para durante la noche continuar mi viaje. Mi manera de ponerme a trabajar sin decir nada a nadie sorprendía de tal manera a la gente, que nunca pensaron en impedírmelo, y cuando se acordaban de mostrar curiosidad o disgusto, estaba yo ya lejos. Como evitaba entrar en las ciudades y sólo buscaba trabajo en los abiertos campos, en las montañas y en los bosques, donde no habitaban mas que hombres sencillos y primitivos, puede decirse que viajaba como en tiempos de los patriarcas. No llegué a enterarme ni de lo más mínimo sobre la forma de Gobierno de los Estados que

atravesaba. Todo mi afán era salir de ellos sin haber mendigado una sola vez ni tener que agradecer a nadie mi necesario alimento cotidiano, y, fuera de esto, hacer lo que bien me pareciese, sobre todo descansar cuando quisiese y viajar cuando me viniese en gana. Más adelante aprendí asimismo a someterme a una regla independiente de mi voluntad y a una labor regular, y como antes había aprendido de repente a trabajar, aprendí luego, cuando llegó el momento en que fué necesario hacerlo, a sujetarme a un orden predispuesto, sin que ello me costase tampoco un gran esfuerzo.

Esta vida al aire libre, el continuo cambio de trabajo, las fuertes comidas y la tranquilidad exenta de cuidados, me sentaron a maravilla. Mis miembros se fortificaron con el ejercicio, y cuando llegué a la gran ciudad comercial de Hamburgo estaba hecho un recio y activo mozo. En cuanto entré en ella me dirigí al puerto, mezclándome con los marinos que por él discurrían ocupados en la carga de sus buques. Como yo los ayudaba siempre que encontraba ocasión y lo observaba todo con cuidado y no como mirón ocioso, pronto me toleraron aquellos ásperos y callados hombres en su compañía y pude enrolarme a bordo de un buque mercante inglés, cuyo capitán me tomó a su servicio para que le auxiliase en un negocio particular que él hacía durante sus viajes. Este negocio consistía en ensamblar nuevamente las piezas sueltas de viejas pistolas y armas de fuego de to-

das clases que en grandes cantidades compraba durante la estancia de su barco en el viejo continente. De esta manera fabricaba los más raros y fabulosos instrumentos mortíferos, que luego eran trocados en las costas salvajes por valiosos productos pacíficos y dulces frutos de la Naturaleza. Yo me dediqué a tal trabajo, me ejercité en él, y muy pronto me encontré lleno todo de aceite, grasa y limaduras, como el armero más entregado a su oficio. Cuando se lograba medio reconstituir alguno de aquellos pistolones, se le probaba disparándolo una vez, pero sólo una. La segunda se dejaba a riesgo del comprador de negra o rojiza piel, habitante de las apartadas costas. En nuestro primer viaje sólo fuimos a Nueva York, desde donde regresamos a Inglaterra, en la cual nación, y suficientemente enterado de la fabricación de armas, desembarqué, y, despidiéndome del capitán, me alisté en seguida en un regimiento que iba a partir para la India oriental.

En Nueva York había saltado a tierra y contemplado por algunas horas la vida americana, que debía haberme complacido mucho, pues allí cada cual hacía lo que quería y trabajaba según su humor y su necesidad, pasando de una ocupación a otra como mejor le parecía, sin avergonzarse de ninguna labor ni considerar más nobles unas que otras. Pero no sé lo que me pasó; el caso es que volví a embarcar a toda prisa, y en vez de permanecer en el Nuevo Mundo resulté en la parte más vieja y soñadora de la tierra, en la India



secular y ardiente, dentro de un rojo uniforme, en calidad de silencioso soldado inglés. No puedo decir que me disgustase mi nueva vida, que empezó ya a bordo del gran transporte en que se hallaba embarcado el regimiento. El hecho de que todos, aun siendo muchos, fuéramos alimentados con la mayor puntualidad y regularidad, teniendo cada uno su ración tan segura como la salida de las estrellas en el cielo nocturno, recibéndola todos por igual y sin preferencias ni excepciones, era ya para mí algo muy agradable; tanto más, cuanto que nadie tenía que dar las gracias por una cosa que correspondía al orden establecido y debido a nuestra profesión. La instrucción militar, que ya en el barco empezamos a practicar y ejercitar a diario, fué también de mi agrado, ya que al esgrimir diestramente la bayoneta no lo hacíamos para pinchar con habilidad una patata, sino que era un ejercicio desinteresado que nada tenía que ver con la comida, y lo único que había que hacer era ser puntual y estar atento a una cosa y a la otra, sin tener que ocuparse de nada más. Ya al segundo día de navegación vi azotar a un soldado que había murmurado contra un superior después de haber cometido anteriormente otras varias irregularidades, y en el mismo momento me propuse que aquello no me sucediera nunca, para lo cual me vino muy bien mi carácter áspero y seco, pues él me facilitó el conservar una excelente puntualidad y atención silenciosas y no caer en la tentación de distraerme por cualquier causa.

De esta manera llegué a ser un perfecto soldado. Me complacía en comprenderlo todo bien y ejecutarlo como estaba prescrito y se nos enseñaba, y como llegué a conseguirlo, me encontré por fin un poco satisfecho de mí mismo, sin que por ello me diera a hablar más que de costumbre. Sólo de cuando en cuando me sentía un poco alegre y bromeaba algo o gastaba alguna chanza a mis compañeros, cosa que completaba mi tipo de soldado e impedía que los demás me encontrasen antipático y no me pudiesen sufrir. De este modo, apenas transcurrido el primer año de mi estancia en aquella extraña y ardiente tierra, empecé a ascender y llegué a encontrarme hecho todo un señor suboficial. Pasados algunos años, era ya, en mi clase, un personaje de importancia y pasaba la mayor parte del tiempo en las oficinas del jefe de mi regimiento, donde me distinguí como buen gerente, dominando las artes necesarias para ello, o sea la escritura y la contabilidad, artes que aprendí sin grandes dolores de cabeza, siguiendo la marcha de las cosas conforme se iban presentando. Todo iba para mí perfectamente y yo me hallaba satisfecho de vivir sin penas ni grandes quehaceres bajo el cálido cielo azul. Todas mis faenas parecían hacerse ellas solas, y no encontraba diferencia entre estar ocupado u ocioso. La comida no constituía ya para mí cuestión importante, y casi no me enteraba de lo que comía ni cuándo comía. Durante estos tiempos os mandé por dos veces noticias mías y algún dinero que había lo-

grado ahorrar; pero, por extraña casualidad, los dos barcos en que ello venía se fueron a pique, pereciendo todo bicho viviente en ambos naufragios, en vista de lo cual, y disgustado por la desgraciada coincidencia, desistí de nuevos envíos, decidiendo retornar en persona en cuanto fuera factible, para poder aplicar en mi patria las facultades de trabajo y la firme orientación adquiridas. Con ello pensaba llevar a Seldwyla algo mejor que si llevase un millón, y me figuraba ya de qué modo iba a pasar por encima de los vagos fanfarrones que intentarían cerrarme el paso. Pero aun me quedaba que recorrer mucho camino y que aprender cosas que transformaron y conmocionaron mi carácter hasta quitarme por completo las ganas de atropellar nunca a nadie. El coronel de mi regimiento me había convertido en su factótum y a su lado tenía que pasar casi todo mi tiempo. Era mi jefe un hombre muy raro, de unos cincuenta años, y cuya esposa, que debía ser aún más rara que él, si es que tal cosa era posible, vivía en un viejo castillo de Irlanda. Mientras vivieron juntos se habían peleado de continuo como dos gatos salvajes, y ambos padecían con la idea fija de que se habían engañado mutuamente sobre sus respectivas cualidades, aunque en realidad parecían haber nacido el uno para el otro. Siempre con esta idea fija, sin la cual no hubiesen tenido en qué entretenerse, vivían contentos, gozando de buena salud, y cuando estaban separados, se informaban uno de otro con la más cariñosa atención. La única

hija que tenían, Lydia de nombre, vivía la mayor parte del tiempo con su padre, y se dedicaba amorosamente a él. La diferencia de sexo hacía que Lydia sintiese mayor cariñosa compasión por él que por su madre, aunque ambos cónyuges fueran igualmente culpables en la por ellos supuesta infelicidad de su vida matrimonial.

El coronel habitaba en las afueras de la ciudad una casa aireada y encantadora, situada en un vallecito cubierto de palmeras, cipreses, sicomoros y otros árboles. Bajo ellos se extendían, en derredor de la blanca casita esbelta, amplios jardines y huertos, que producían lindas flores y frescas verduras durante todo el año. Aquéllas crecían allí espontáneamente en todos los rincones, pero el viejo coronel gustaba de agruparlas en la mayor cantidad y lo más cerca de él posible; así es que bajo la fresca sombra de los árboles había siempre una resplandeciente alfombra de rojas y blancas flores. En mi calidad de hombre de confianza del coronel era yo el encargado, cuando terminaba mis obligaciones militares, de cuidar aquellos jardines. También, y quizá para que esta ocupación no ablandase mi dureza militar, solía acompañar al coronel en sus cacerías, con lo cual llegué a ser un diestro cazador. Detrás del vallecito que rodeaba a la casa empezaba una región salvaje y estéril, que terminaba en una espesa selva montañosa, la cual no sólo albergaba grandes rebaños de inofensivas reses, sino también de tiempo en tiempo alguna fiera que emigraba de una región a otra,

principalmente grandes tigres. Cuando se encontraban huellas de alguno de éstos se organizaba una gran batida, y durante ellas aprendí a encontrarme ante el peligro antes de haber entrado nunca en batalla contra los hombres. En los días en que no se presentaba ninguna de estas ocupaciones tenía que hacerle a mi viejo jefe su partida de ajedrez, en la que substituí a su hija Lydia, que no poseía condición ni habilidad alguna para ello y, jugando infantilmente, proporcionaba a su padre escasa distracción. En cambio yo me ejercité pronto en el juego, poniéndome en condiciones de hacer frente a mi jefe, aunque sin quitarle muchas veces la victoria, y si mi cabeza no se hubiera embrollado con otras cosas, pronto hubiera llegado a adquirir superioridad sobre él.

De esta manera había llegado a ser casi una institución, y vestido con mi uniforme escarlata, me paseaba grave y silencioso bajo las palmeras, llevando en la mano un ligero junco y en la cabeza un blanco paño que me protegía del ardiente sol. Era soldado, administrador, jardinero, cazador y amigo encargado de distraer a mi jefe. Este último cargo lo desempeñaba de una manera muy singular, pues no hablaba nunca una palabra. A pesar de que mi antes continuo malhumor había cesado ya y de encontrarme casi satisfecho y contento, me había acostumbrado de tal manera al silencio que sólo se abrían mis labios para dar una voz de mando o lanzar un juramento contra los malos soldados. Mas precisamente esta mi manera

de servirle placía en sumo grado a mi jefe, y con él permanecí así cinco años un día tras otro, pudiendo disponer del tiempo que me quedaba libre como bien me venía en gana. Empleaba estos ratos de ociosidad en leer y releer la docena de gruesos libros que el coronel poseía y sacar de ellos el conocimiento de algunas cosas de este mundo. Era yo un atento y tranquilo lector que se estaba haciendo con una sabiduría de la que ignoraba si luego le serviría en el mundo, pues a pesar de haber experimentado y visto ya muchas cosas no tenía la experiencia de la vida que después me hicieron adquirir determinados sucesos.

Mi coronel fué al fin nombrado gobernador de la región en que residíamos, y deseando retenerme a su lado, hizo que me trasladaran de mi regimiento, que partía para la metrópoli, al regimiento que para relevarle llegaba, continuando yo, por tanto, bajo sus órdenes como soldado y conservando además todos mis restantes cargos y atribuciones, cosa que me complació mucho, porque de esta manera seguía siendo en cierto modo independiente y sin tener sobre mí otro señor que mi bandera.

Por aquel entonces llegó, desde su viejo castillo irlandés, la hija del coronel, que proyectaba vivir ya en adelante al lado de su padre. Era Lydia extremadamente bella; pero no era éste su único atractivo, sino que poseía además un carácter tan independiente y original y una personalidad tan propia que, diferenciándola de las demás mujeres,

le permitían destacarse entre todas ellas, haciendo suponer que para aquel que de ella se enamorase no sería fácil tarea, si no conseguía rendirla a su amor, encontrar otra que borrara en él su recuerdo. Tan elevado carácter parecía ir aparejado en ella con una pura ingenuidad, noble y sincera franqueza y bondadoso corazón, así como con una resuelta y decidida firmeza, cualidades todas que cuando, unidas, se dan naturalmente en una persona, la revisten de una verdadera superioridad, prestando a lo que en ella es inconsciente y espontáneo la apariencia de algo construido según un ideal de alta ética espiritual y conseguido a fuerza de estrecha vigilancia sobre sus propios actos y gran dominio de las pasiones. Como suele hacerse con tales criaturas de lujo, la habían familiarizado desde su niñez con todas aquellas artes de adorno que pudieran contribuir a dar más brillantez a su actuación en sociedad, y además dominaba los cuatro o cinco principales idiomas europeos. De todas estas habilidades usaba con prudencia y sin dejarlas traslucir mucho, para no abrumar con su superioridad a hombres menos educados que ella. En general demostraba poseer una inteligencia muy fina y acertadamente orientada en los juicios que emitía sobre las cosas y los sucesos, importantes o no, que acontecían cerca de ella, haciéndolo además con palabras tan claras, precisas y elegantes como el tono de su voz y todos los movimientos de su cuerpo. Con todo esto, era, como ya dije antes, tan infantil que no

fué posible hacerla aprender a jugar con sentido una partida de ajedrez, y tan poco presuntuosa que, a pesar de ello, no rehusaba nunca jugar cuando su padre se lo proponía, y permanecía largas horas ante el tablero siendo continuamente vencida y sin amoscarse por las burlas del viejo coronel. Esta su manera de ser hacía que uno se sintiera en seguida a gusto junto a ella y que al cabo de poco tiempo pensase que aquella sí que era una verdadera mujer y, sin duda, la mejor entre todas las existentes. Sus bellos ojos, de un profundo azul y mirada serena y franca bajo los dorados rizos que enmarcaban la pura frente, confirmaban la buena opinión que sobre el alma de Lydia se formaba uno, tanto más cuanto que su belleza esplendorosa se hallaba suavizada por una dulce modestia y un adorable pudor, que envolvían su figura en un delicado ambiente, privativamente suyo y sin nada de común con el resto de las mujeres. Así, por lo menos, me parecía a mí en aquella época. ¡Sabe Dios si todo ello no eran mas que imaginaciones mías con las que yo la adornaba! En fin...

Al llegar aquí se olvidó Pancracio de seguir su relato y cayó en un melancólico ensimismamiento. Su rostro perdió la serena firmeza militar para adoptar una expresión de bobería amorosa. Las velas se habían consumido hasta la mitad, y la madre y la hermana, borrachas de sueño, daban cabezadas, sin oír ya ni ver nada. Desde que Pancracio comenzó la descripción de la que, según todos los signos, llegaría más adelante de su histo-



ria a ser su amor, habían comenzado ambas mujeres a adormilarse, y por último le dejaron en la estacada durmiéndose del todo. Para suerte de nuestra curiosidad, el coronel no se dió cuenta de ello. En realidad había olvidado a quién dirigía su relato, y lo prosiguió sin levantar los ojos del suelo ni reparar en las dormidas mujeres, como alguien que no puede ya contener la necesidad de comunicar lo durante mucho tiempo callado.

—Nunca hasta entonces—continuó—me había yo aproximado a una mujer, y tenía tanto conocimiento de ellas como puede tener un rinoceronte del arte de tocar la cítara. Sin embargo, hacía ya mucho tiempo que me era muy grato contemplarlas cuando podía hacerlo sin que lo notasen y sin gasto ni trabajo alguno; pero me repugnaba sobremanera entrar en relación con ellas, pues abrigaba de antiguo la arraigada creencia de que era inútil intentar tratar con tales seres de nada razonable, recto y sincero, teniéndolas por incapaces de hablar cuatro palabras seguidas con sentido sobre un asunto serio, y si lo hacían por casualidad era para poder cometer luego más impunemente algún grave error o ligereza que, atribuidos a su graciosa movilidad femenina, pasaban sin protesta, valiéndose ellas de esta perversa táctica para hacer triunfar siempre sus malos instintos y sus caprichos femeniles. Por todas estas razones yo me mostraba esquivo y hueraño con todo el pueblo femenino, sin concederle siquiera una mirada, hasta que en la India, hallándome más satisfecho y contento, se mitigó un

poco mi aversión y comencé a fijarme algo en las muchas mujeres que en donde yo me hallaba de guarnición había, pues además de las indígenas vivían allí muchas inglesas, esposas o hijas de comerciantes, oficiales y soldados. Mas las indias, que eran lindas como flores y de suave mirada y dulce hablar, carecían en absoluto de personalidad y de carácter, y me asustaba el pensar que si hacía mía a alguna de ellas no sería nunca capaz de hacer frente a mi continuo malhumor y viviría a mi lado como esclava resignada a las durezas de su dueño. En cambio, las europeas que veía, originarias en su mayor parte de la Gran Bretaña, sí me parecían más capaces de imponer su propia personalidad, pero también menos bondadosas, y aun cuando lo fueran en grado sumo, debían tener un concepto muy limitado y casero de la bondad y la honradez, así como de la propia feminidad, para la cual, sin embargo, exigían del sexo masculino un tan gran respeto. Además, todas aquellas occidentales, fuesen o no bonitas, adolecían de un mismo defecto: el de la vulgaridad, que constituye el mal de nuestro siglo, y contagiaban de él a las indígenas, robándoles su fresca y graciosa originalidad. ¡Desdichados tiempos aquellos en que las razas se transmiten unas a otras sus enfermedades y se comunican mutuamente sus innatos defectos! Tales eran los ingenuos pensamientos hipocóndricos que motivaban mi conducta para con las mujeres y me hacían seguir por mi camino solitario sin ocuparme de ninguna de ellas.

Pero toda esta mi sabiduría recibió un fuerte golpe y cayó por tierra con la llegada de la bella Lydia y mi obligado trato diario con ella. Sin saber cómo, llegué en seguida a encontrar agradable su presencia, maravillándome no sentir aversión ni desprecio por aquella mujer y sí, en cambio, estimación y casi afecto. Hasta entonces no había fijado mis ojos detenidamente en ninguna persona de su sexo, y Lydia hizo el milagro de que yo me decidiera a mirarla franca y abiertamente, aunque sin descaro, cada vez que alguno de mis múltiples oficios me llevaba a su presencia. Mi posición ante ella era para mí tanto más desembarazada cuanto que, en mi pobre situación de soldado, no necesitaba dirigirle la palabra sin ser preguntado, y mi conducta no podía ser otra que la de un grave suboficial que sabe mantenerse en su puesto sin permitirse la más ligera extralimitación. Además, el silencio, sobre todo para con las mujeres, había llegado a constituir en mí una segunda naturaleza. Ni aun poniendo en juego toda mi buena voluntad hubiera podido romper para con Lydia mi taciturna y esquiva costumbre si se hubiera presentado ocasión de ello. Sin embargo, sentía en mí una desacostumbrada benevolencia hacia su persona. Mi corazón se complacía en estimarla, y por causa suya modifiqué mi mala opinión sobre las mujeres, pensando que no debía ser todo en ellas tan perverso como yo me figuraba, o que, por lo menos, en obsequio a ésta, debían hallar las demás algún favor en mi alma. Una gran alegría se apo-

deraba de mí cuando Lydia estaba presente o encontraba yo medio natural de trasladarme a donde ella se hallaba. Mas nunca forcé las cosas para lograrlo, ni una vez junto a ella le dirigí una sola mirada sin causa que lo justificase plenamente. Durante esta época, mi espíritu gozaba de una serena calma, comparable a la de las aguas del mar cuando no hay viento que las agite y luce sobre ellas el ardiente sol, mitigando su natural frialdad.

En este estado pasé cerca de medio año, o quizá un año entero, no lo sé a punto fijo, pues el transcurso del tiempo se perdió entonces para mí, y todos aquellos días flotan aún en mi espíritu como una sola densa tarde estival poblada de ensueños. El caso es que durante este prólogo de mi amorosa historia, cuya corta o larga duración no acierto ya a precisar, todo marchaba con una serena apacibilidad exenta de sobresaltos. Lydia, aunque me veía con frecuencia, no tenía mucho que tratar ni hablar conmigo; mas cuando lo hacía era siempre con afabilidad extraordinaria y jamás se dirigía a mí sin una inocente sonrisa infantil en su lindo rostro. Yo, agradecido, la correspondía poniendo una cara aún más respetuosa y sin sonrisa alguna, y contestaba: «Está bien, señorita Lydia», o rectificaba francamente sus palabras cuando se equivocaba en algo, cosa que sucedía raras veces. En ausencia suya pensaba yo casi continuamente en ella, mas no como un enamorado, sino como un buen amigo o pariente que se interesara por ella deseándole toda clase de felicidad y prosperidades.

Estos sentimientos produjeron una modificación en mi conducta para con el gobernador su padre, y fué la de que extremé mi actitud de subordinado de él como soldado y administrador, oficios por los cuales recibía mi paga, haciendo en cambio resaltar más mi independencia en todos los demás, que ejercía como hombre de confianza y casi amigo. De esta manera vivía contento y tranquilo, cosa rara dado mi carácter.

Así las cosas, un día que estaba yo jardineando bajo los árboles vino Lydia a situarse a mi lado por tres veces en el espacio de una hora, sin que nada ni nadie la llamase hacia aquellos sitios. La primera vez cogió un canasto que por allí rodaba, e invirtiéndolo se sentó sobre él, comenzando a comerse unas cerezas que consigo traía dentro de un cestillo, mientras hablaba sin cesar, tratando de hacerme charlar a mí más de lo que era mi costumbre. La segunda colocó el canasto al pie del rosal que yo estaba podando, y sentándose de nuevo, se dedicó a coser un lazo de blanca seda sobre un precioso gorrito de dormir o lo que fuese, pues esta su segunda aparición me azoró un tanto y ni la hice caso ni casi me atreví a mirarla. Volvió a marcharse, para retornar de nuevo al poco tiempo, trayendo un rompecabezas chino artísticamente labrado en marfil; cogió el canasto y, llevándose a cierta distancia, se entregó a la solución del juego de paciencia vuelta de espaldas a donde yo estaba. Todo este manejo no me pareció muy claro y mi alma lo halló un tanto sospe-

choso; pero desde aquella hora quedé enamorado de Lydia.

Poseído de una dulce inquietud, abandoné mi rosal, y cogiendo una escopeta salí a vagar por el bosque hasta el anochecer. Muchas piezas pasaron ante mis ojos; mas, embebido en mis pensamientos sobre la conducta de Lydia, cuando me acordaba de disparar estaban ya aquéllas fuera de alcance. «¿Qué pretende de ti? ¿Qué significan sus actos de esta tarde?», me preguntaba sin cesar, sintiendo una inmensa gratitud por todo lo que de posible o imposible encerraran aquellos sucesos, que mi sentido de la jerarquía y el conocimiento de lo poco amable de mi persona no me consentían interpretar favorablemente para mis amorosas imaginaciones. Y como de esta lucha entre mis deseos y mi buen sentido no lograra sacar nada en limpio, cayeron mis pensamientos en la peor de las soluciones: la de que aquella mujer tan honesta y pudorosa en apariencia no fuera sino ligera y enamoradiza y capaz de no retroceder ante una equívoca aventura con un humilde suboficial. Esta maldita idea surgió con enorme rapidez en mi pensamiento, causándome tanto daño que, lleno de cólera, derribé de un balazo a un enorme jabalí que tuvo la mala fortuna de aparecer en aquel momento por entre unos matorrales. Mi bala debió de entrar en su cerebro casi al mismo tiempo y tan dolorosa e inesperadamente como la baja e indigna idea en el mío, y aun creía yo que su situación era más envidiable que la mía. Lleno de agitación me sen-

té sobre el muerto animal, y en mi imaginación surgió la figura de Lydia tan clara y precisa que no faltaba ni uno solo de los movimientos, gestos y palabras que había yo visto en ella o escuchado de su boca en las tres veces que a mí se había acercado. Mas lo que a mí mismo llegó a extrañarme es que tan claro recuerdo no se limitaba a los sucesos de aquella tarde, sino también a todos los días anteriores, llegando hasta el primero en que la vi, y comprendiendo toda aquella época de mi vida en la que, sin embargo, no había sentido yo ninguna preocupación por ella y había gozado de la más perfecta tranquilidad. Así como en la atmósfera pura y transparente de los días que preceden a las grandes lluvias se perciben los más pequeños detalles de la lejanía, ocultos de ordinario a nuestra vista, o como en la noche silenciosa llega hasta nosotros el sonido de alejadas campanas, así se presentaron ante mí todos los gestos, movimientos y palabras de Lydia, aun los más insignificantes, que desde su llegada habían ido grabándose dentro de mí sin que me diese la menor cuenta de ello. Todo esto se había ido conservando oculto y silencioso en mi interior, y el suceso de aquella tarde le había infundido vida, siendo como una encendida antorcha arrojada sobre un montón de paja. Este descubrimiento me hizo olvidar mi cólera y comencé a bucear en el claro mar de mis recuerdos, no perdonando a mi memoria el menor rasgo que pudiera ayudarme a completar en mi imaginación la figura de Lydia.

Abandonándome a esta dulce tarea regresé a mi alojamiento; mas en adelante no me fué posible conservar ante Lydia la misma tranquila serenidad que hasta entonces, y como no sabía qué partido tomar ni en realidad se me había pasado por las mientes hacer nada, evité en lo posible todo trato con ella para, en cambio, pensar en mi adorada con un afán tanto mayor. Así transcurrieron tres o cuatro semanas sin que nada nuevo sucediera, salvo una modificación que observé en la conducta de Lydia, consistente en que, guardándose ahora de dirigirse directamente a mí, no desperdiciaba en cambio ocasión de decir algo en mi favor o elogio y hablaba siempre de modo que me complaciese, esto es, usando algunas expresiones que me eran acostumbradas y juzgando los sucesos según mi propia manera de ver. Esto no me extrañó entonces sobremanera, pues hacía ya algún tiempo que me complacía yo en descubrir en ella opiniones y juicios semejantes a los míos; mas como comenzó en aquellos días a exagerar la nota riendo de las mismas cosas y enfadándose por las mismas faltas que yo y dando a entender claramente que, ya que no lograba sacar de mí una sola palabra, se dedicaba ella a vivir pensando tan sólo en complacerme, acabé por caer en una horrible confusión y no saber qué hacer ni qué actitud tomar. Por fin resolví acogerme al sencillo recurso de abroquelarme tras de mi antiguo malhumor taciturno, cosa que me fué tanto más fácil cuanto que, como puede suponerse, no me sentía yo por aquellos



días nada feliz ni satisfecho. Ante esta actitud mía pareció ella realmente preocupada y decaída, manifestándose en mi presencia llena de timidez y apocamiento, transformación que, sabiéndola yo tan voluntariosa y resuelta, me conturbó hondamente, pues lo general es que las mujeres que pretenden atraerse el amor de un hombre pongan en juego, aun siendo insignificantes, una brillante desenvoltura y hasta un descarado impudor, pero no la dulce y tímida humildad que mostraba Lydia para conmigo. Para mi máxima confusión, el viejo gobernador pareció haber adivinado lo que sucedía y comenzó a burlarse de mí y zaherirme de una manera poco delicada, diciendo a su hija veinte veces al día en mi presencia: «Lydia, hija mía, la verdad es que parece que te has enamorado de Pancracio.» Esto era ya demasiado, y me parecía una bien pesada broma, de escaso gusto con respecto a Lydia y poca conciencia tocante a mí. En más de una ocasión estuve tentado de decirselo claramente así al padre y no preocuparme más del asunto. Esto último casi lo hice, pues logré dominarme, y me encerré en un mutismo absoluto. La actitud de Lydia se convirtió entonces en suplicante, y ella pareció empalidecer y enfermar, cosa que aumentó mi turbación sin darme tampoco solución ninguna. Mas cuando a pesar de mi conducta comenzó ella de nuevo a ir tras de mí y hallar siempre algún quehacer en los sitios en que yo me encontraba, llegué a la desesperación, y empecé a tejer con Lydia cortos y desma-

ñados diálogos. Lo que hablábamos carecía de todo sentido y era algo casi tan inarticulado y lastimoso como una conversación entre dos perturbados; mas no nos dábamos cuenta de ello y nos sonreíamos mutuamente como dos chiquillos, pues yo también había olvidado todos mis propósitos y me sentía alegre de poder entablar con ella aquellas cortas charlas. Ahora, que mi felicidad no duraba arriba de dos minutos, porque nuestra común inquietud y falta de reflexión hacía que no pudiésemos coordinar dos ideas seguidas, pareciéndonos a dos niños que hubieran roto el hilo de un collar y vieran asustados desparramarse por el suelo las bellas perlas. Estos diálogos sólo tenían lugar cada dos o tres semanas, pues yo me guardaba mucho de provocarlos y tenía buen cuidado de no dar ningún paso en falso ni cometer ninguna tontería que luego volvieran contra mí aquellas extrañas personas. Cien veces estuve por pedir mi traslado o dar por terminado mi servicio; pero el tiempo transcurría para mí tan de prisa que siempre me parecía prematura tal decisión. Además, mis pensamientos se hallaban tan concentrados en un solo objeto, que fuera de él y de mi servicio, que efectuaba casi mecánicamente, todo lo demás me parecía extraño a mí en absoluto.

Había terminado de leer todos los libros que el gobernador poseía, y nada me quedaba ya que aprender en ellos. Lydia, que sabía mi afición a la lectura, aprovechó la ocasión para prestarme algunos de los suyos. Entre ellos había uno, grue-

so como una Biblia, y que, encuadernado en negra piel, con filetes dorados, presentaba igual aspecto eclesiástico. Mas lo que contenía eran dramas y comedias impresos en diminutos caracteres. Este libro era llamado «el Shakespeare», por ser éste el nombre de su autor, cuya cabeza tenía dibujada en una de las tapas. Este tentador falso profeta me metió con sus obras en un bonito atolladero, pues describiendo tal y como son todas las facetas del alma humana, lo hace, sin embargo, escogiendo para sus personajes hombres que en lo bueno o en lo malo cumplen completa y totalmente con su carácter fundamental y su especial idiosincrasia, sin apartarse de ella nunca, y de este modo son, cada uno en su estilo, claros y transparentes como el cristal de más pura limpieza. Así resulta que mientras los malos escritores lo que dominan y describen es el mundo de la incolora mediocridad, induciendo a error con sus obras a los hombres de cerebro débil, Shakespeare domina en cambio el mundo de lo perfecto y lo acabado, y al pintarlo hace que los cerebros fuertes se equivoquen, creyendo posible hallar en este mundo vidas y caracteres tan rectilíneos y categóricos como los shakespearianos. Y no es que éstos no existan en absoluto; pero son tan pocos, que nunca los hallamos en el lugar en que vivimos y en la época en que transcurre nuestra existencia. Aun hay en el mundo mujeres audaces y perversas, mas sin el emocionante y bello vagar nocturno de Lady Mácbeth ni el temeroso lavoteo de su linda mano. Las

envenenadoras que hoy hallamos carecen de pudor y de remordimientos, llegando hasta a escribir su historia criminal o abriendo, cuando cumplen su condena, una pequeña tienda, a la que todo el mundo acude lleno de malsana curiosidad. También existen tipos que se creen Hamlet redivivos, sin tener ni idea de las razones sentimentales que atormentaban el corazón del desgraciado príncipe. Puede que hallemos hombres sanguinarios, pero carecerán de la demoníaca y sin embargo tan humana virilidad de Mácbeth, y también encontraremos algún Ricardo III, pero sin ingenio ni elocuencia. Porcias hay muchas, mas una no será bella, ni otra inteligente, y la que lo es sabe hacer la desgracia de los demás, pero no su felicidad propia. Nuestros Shylocks se complacerían en cortarnos las carnes, mas no arriesgarían un préstamo sobre tal garantía, y nuestros mercaderes de Venecia no exponen su dinero en auxilio de un amigo pobretón, sino en fraudulentos agios poco hábiles, y cuando reciben el castigo no suelen pronunciar discursos bellamente melancólicos, sino que se callan y ponen además cara de tontos. Vemos, pues, que, si bien hay por el mundo gentes como las que Shakespeare describe, no son, ni con mucho, tan perfectas en su género. Un acabado bribón no encuentra nunca un hombre honrado por completo, ni tampoco un perfecto loco alguien del todo cuerdo, y de este modo no puede resultar nunca una verdadera tragedia ni una buena comedia.

Pero todas estas reflexiones las hice mucho después. Entonces me cautivó de tal manera aquel libro, y tan profundo, original, elevado y verdadero me parecía, que pasé muchas noches en claro leyendo sus páginas. Todo lo que en él se describía lo aceptaba yo como la más exacta pintura de las pasiones de este mundo, y con esta confianza me dejé guiar por él en mi amoroso conflicto personal, creyendo que sus enseñanzas iluminarían mi confusión, resolviendo mis dudas y poniendo fin a mi tormento.

«Si mujeres tan perfectas como Desdémona — pensé —, o como Helena e Imógene, renuncian a su independencia para dedicar su vida a hombres a veces bien poco atractivos y los siguen sin reserva alguna como inocentes corderillos, nobles y fuertes como heroínas y fieles e invariables cual las estrellas del cielo, ¿por qué Lydia, que vale tanto o más que ellas, no ha de hallarse en un caso semejante y sujeta a un tan poderoso apasionamiento? ¿No es acaso ella también un sólido y esbelto navío que sigue invariable su recto camino hasta echar el ancla para siempre en el puerto a que se encaminaba?» Esta idea fué para mí como un cálido y brillante sol, a cuya luz me pareció clara y transparente toda la conducta de mi bella amada, no pasando mucho tiempo sin que su imagen sobrepusiera en mí a todas las mujeres creadas por el excelso poeta inglés, dado que las figuras de su poderosa imaginación no eran para mí sino pálidos fantasmas, y en cambio tenía ante mis ojos a

Lydia en carne y hueso, con un corazón que latía apasionadamente y un flexible y gracioso cuello, sobre el que caían dorados ricillos.

Mi tenebroso problema había hallado, pues, su solución, y ya nada me quedaba que hacer sino sumirme en aquella divina bienaventuranza que Shakespeare me había ayudado a descubrir y esforzarme en hacer digna mi insignificante y poco amable persona de aquel capricho del Destino o aquella real generosidad de un alto carácter femenino. Mil y mil planes y propósitos asaltaban mi cerebro, yéndose a agrupar en torno de mi maravilloso castillo aéreo. El agradecimiento infinito y la infinita adoración que sentía por Lydia tenían su fundamento, más que en el halago que su amor suponía para mi vanidad, en el hecho de que la solución que yo había terminado por dar a su conducta era la única que me permitía seguir amándola sin tener que despreciarla y compadecerla al mismo tiempo. Era tan alta la estimación y tan grande el respeto que yo profesaba a mi amada, que ambas cosas habían llegado a constituir para mí una necesidad vital, y mi corazón, que no había temblado ante ningún hombre ni ningún animal salvaje, temblaba a su sola presencia.

Así pasé medio año, en un estado cercano al sonambulismo y con el cerebro tan colmado de ensueños como un manzano en otoño de manzanas, pero sin progresar ni un solo paso en mi situación con Lydia. Me asustaba del más pequeño suceso que pudiese variar este estado de cosas, como teme

el buen cristiano la llegada de la muerte, que le horroriza a pesar de saber que tras de ella y por ella misma va a entrar en la eterna bienaventuranza. Mas en mi imaginación se agolpaban los más maravillosos acontecimientos, claro es que todos ellos satisfactorios y conducentes a un mismo deseado desenlace. Llegué hasta descuidar mis obligaciones y a no servir para maldita la cosa. Lo más enfadoso para mí era tener que jugar todas las tardes durante varias horas al ajedrez con el viejo, pues me veía obligado a concentrar toda mi atención en el juego, y únicamente podía dejar suelta mi fantasía amorosa en los intervalos entre partida y partida, mientras colocaba de nuevo las piezas sobre el tablero. Así, pues, me dejaba dar mate lo antes posible, aunque procurando no extrañar con ello a mi adversario, y me entretenía luego tanto rato con la colocación de rey y reina, torres, alfiles, caballos y peones, trasladándolos cien veces de un lado para otro, que el gobernador creyó que yo había vuelto a la infancia y me distraía jugando con las figuritas.

Por último, mi entera existencia amenazó convertirse en un ocioso nirvana y corrí el peligro de llegar a ser digno huésped de un manicomio. Entre tanto, a pesar de mis dorados sueños, me hallaba en extremo desalentado y triste, pues cuando nuestras fantasías no se realizan nos desconcieta más la realidad contrastando lúgubramente con ellas. Cuanto más amable y complaciente se mostraba Lydia, más inseguro y dudoso volvía yo

a estar, sabiendo como sabía, por experiencia propia, lo difícil que es demostrar a medias un verdadero amor sin llegar a descubrirlo por completo. Sólo cuando la veía triste y doliente hallaba en ello motivo para esperar con algún fundamento razonable; pero al mismo tiempo, el verla así me atormentaba mucho más, no considerándome digno de que ella pasase por mi causa un solo instante de amargura. A veces me asaltaba el pensamiento de que quizá esperase ella que yo dejase mi serena actitud para comportarme como aquellos locos enamorados a quienes la pasión hace cometer mil extravagancias, y no haciéndolo yo así se figuraba que no me ocupaba de ella ni había llegado a adivinarla, no atreviéndose a más por no recibir un vergonzoso desaire. En fin, se armó tal confusión en mi cerebro, que me imposibilitó para hacer nada con sentido común, y bordeé el peligro de retroceder en mi carrera y hasta de ser expulsado de la milicia y tener que salir de la India, si no quería permanecer adherido al servicio doméstico del gobernador en calidad de viejo trasto inútil.

Por aquellos días se amotinaron los indios de algunas regiones contra los ingleses, y éstos comenzaron una campaña que hubo de costarles bastante sangre. Con rápida decisión pedí, como buen soldado, abandonar el servicio burocrático que venía desempeñando y ser agregado a las tropas que partían a las provincias sublevadas. El gobernador no quería consentirlo, y me rogó, halagó y hasta



aduló para que permaneciese a su lado, cosa muy general en estas personas, que creen que todo el mundo está en cuerpo y alma, con todas sus penas o alegrías, a su completa disposición para entretenerlas, servir las y contribuir a su mayor comodidad. Lydia, en cambio, apenas se dejó ver en los tres o cuatro días durante los que se trató de mi partida, y cuando aparecía no me miraba o me echaba una corta mirada llena de cólera. Pero sólo sus ojos se mostraban airados; su andar y todos sus demás movimientos seguían siendo tan serenos, nobles y mesurados que, embelleciendo la exaltación de su mirada, hacían que mi corazón se desgarrase más bajo sus rayos. Oí también decir que se levantaba muy tarde, signo de que no dormía por las noches, y que sus familiares se rompían la cabeza sin averiguar la causa de tales insomnios. El día que precedió a mi partida, pasando casualmente ante su ventana, miré al interior y la vi, creyendo notar que sus ojos estaban rojos y húmedos como de haber llorado. Al verme se ocultó con rapidez, huyendo al fondo de la habitación. Yo seguí andando sin pararme e hice lo que por aquellos lugares tenía que hacer, no volviendo a dirigir la vista hacia la ventana. Al anoecer volví a pasear por el jardín, acompañado de un muchacho a quien iba explicando el cuidado de las plantas, para tratar de hacer de él un jardinero provisional que me substituyese mientras se encontraba otro más conocedor del oficio. En esta faena llegamos a un lindo bosquecillo de

rosales que yo había plantado y cuidado. Los esbeltos arbolillos alcanzaban la altura de una persona, y estaban tan juntos que, paseando entre ellos, las rosas le rozaban a uno en la nariz, cosa que había agradado en extremo al gobernador, viéndose libre de la molestia de inclinarse para olerlas. Estaba yo dando mis instrucciones al muchacho, cuando llegó Lydia y le envió a no sé qué recado, pareciendo después querer alejarse con él, pero deteniéndose a los pocos pasos para cortar unas rosas hasta que aquél se perdió de vista. Yo me entretuve también unos momentos enderezando el tronco de uno de los arbolitos, y cuando di media vuelta para marcharme me hallé cara a cara con Lydia y vi que de sus ojos caían silenciosamente gruesas lágrimas. Pude, con gran esfuerzo, dominar mi emoción, y, como si no hubiera reparado en nada, seguí mi camino. Mas apenas había dado diez pasos, sentí que ella venía tras de mí, corriendo y parándose cuando iba a alcanzarme. Este manejo continuó durante algunos momentos, hasta que me fué imposible contenerme más, y volviéndome de repente, la vi a tres pasos detrás de mí y exclamé:

—¿Por qué me sigue usted, señorita?

Ella se detuvo en seco, como aterrorizada ante la vista de una serpiente, y bajando los ojos enrojeció como las brasas. Después palideció, temblando con todo su cuerpo, mientras alzaba sus azules ojos del suelo y los posaba en mí sin decir palabra. Por último, murmuró con voz en la que

el orgullo indignado luchaba con una humillación que se ha recibido voluntariamente:

—¡Creo que en mi jardín puedo ir a donde bien me plazca!

—¡Claro!—respondí con timidez, y proseguí mi camino. Ella echó a andar a mi lado, sin quedarse atrás a pesar del esfuerzo que tenía que hacer para seguir mis pasos, que la excitación en que me hallaba hacía más largos y rápidos que de costumbre. Varias veces la miré de reojo, y vi que sus ojos, humildemente clavados en el suelo, se habían cubierto otra vez de lágrimas. Mi rostro ardía y mis ojos empezaban también a humedecerse. La situación había llegado de tal modo a su punto culminante, que yo me hallaba ya al borde de cometer una perversidad o una tontería sin estar inclinado a perpetrar ninguna de las dos cosas. Pero, en mi mísera confusión, pensaba yo mientras andaba junto a ella: «Si esta mujer te ama y llegas alguna vez honradamente a alcanzar su mano, tendrás que servirla hasta tu muerte, aunque después resultase ser el mismísimo demonio.»

A todo esto llegamos a un lugar en que crecían una o dos docenas de naranjos, aromando con sus flores la pura brisa, dulce y fresca, que hacía temblar sus gráciles ramas de nobles líneas. Cuando pienso en aquellos instantes, creo aún sentir aquel hálito de embriagador perfume. Probablemente su intensidad exaltó también en Lydia la rara pasión que la poseía, y que no era mas que un tan vivo amor y tan ferviente culto a su propia persona,

que llegaba hasta exteriorizarse en forma de una ardiente pasión hacia un hombre. Dejándose caer sobre un banco bajo los naranjos, cubrió su rostro con sus manos, a través de cuyos dedos fluyeron abundantes lágrimas.

De pie ante ella, le pregunté casi sin aliento:

—¿Qué le pasa a usted, señorita? ¿Qué es lo que desea de mí?

—¿Y usted me lo pregunta?—replicó—. ¿Se ha visto nunca atormentar y maltratar de tal suerte a una infeliz mujer? ¿En qué bárbaro país ha nacido usted? ¿Qué duro leño tiene usted en lugar de corazón?

—¿Cómo!, ¿la atormento? ¿Por qué dice usted que la maltrato?—repuse yo, indeciso y sobrecogido ante aquel lenguaje, que, aunque podía encerrar un recto sentido, no me parecía el más apropiado.

—Es usted un hombre soberbio y grosero—me dijo sin levantar los ojos.

Al llegar aquí no pude dominarme y exclamé:

—No diría usted eso si supiera cuán poca soberbia y cuán poco orgullo abriga mi corazón para con usted. Precisamente mi gran estimación y mi gran humildad son las que...

La emoción me hizo enmudecer, y Lydia, con el rostro iluminado por una dolorosa sonrisa suplicante, dijo presurosa: «¿Y bien?»..., y al decirlo posó sobre mí sus ojos con una dulzura que me privó del resto de reflexión que aun me quedaba. Yo, que no había creído nunca posible caer a los pies de una mujer, caí, no sé cómo, a los suyos,

y completamente rendido y contrito enterré mi cabeza entre los pliegues de su falda, mojiéndola con mis lágrimas. Ella me rechazó instantáneamente, haciéndome levantar; pero al ponerme en pie vi que su sonrisa era aún más dulce y bella, y exclamé: «¡Sí; ahora lo sabrá usted todo!...», y le conté mi historia, con una fogosa elocuencia de la que nunca me hubiera creído capaz. Lydia escuchaba ansiosa y yo no le oculté nada de lo que en mi espíritu había pasado desde su llegada hasta aquella hora, poniendo sobre todo ante sus ojos la acabada imagen que de ella guardaba en lo más íntimo de mi alma y cómo desde hacía medio año, o quizá más, la había yo ido perfeccionando y completando afanosa y fielmente. Ella sonreía, con los ojos perdidos en la azul lejanía y la barbilla apoyada en la mano, espionando con satisfacción mis ardientes palabras y parecida a un niño a quien por fin han entregado un juguete mucho tiempo deseado, sobre todo cuando oyó que ninguno de sus encantos ni una sola de sus palabras habían sido perdidas para mí. Después me alargó su mano y, ruborizándose, dijo con acento satisfecho y seguro:

—Le agradezco infinito su cariñosa inclinación. Crea usted que me duele haya pasado usted tanto tiempo preocupado por mi causa; pero he visto que es usted todo un hombre digno de estimación, por ser capaz de una pasión tan profunda y tan bella.

Estas serenas palabras cayeron como un trozo

de hielo en mi hirviente sangre. Mas en seguida pensé que quizá quisiera darse ahora aires de mujer correcta y que sabe dominar los impulsos de su corazón, y decidí plegarme a su voluntad y adaptarme al tono que escoger quisiera.

Sin embargo, algo preocupado y aun dudoso, le dije:

—¡Quién piensa en lo que yo pueda o no haber sufrido, bellísima Lydia! ¡Qué significaría ello y todo lo que pueda quedarme por sufrir ante un solo momento de dolor o angustia que usted haya pasado por mi culpa! ¿Cómo podré yo, insignificante e intratable sujeto, compensar uno solo de esos instantes?

—Debo confesar—contestó ella, siempre sonriente y con la vista fija en el suelo, pero ya con expresión distinta—que su áspera y ruda conducta me ha herido mucho y hasta llegó a atormentarme, pues no estaba acostumbrada a hallar tal esquividad en torno mío, sino, muy al contrario, agasajo y rendimiento por dondequiera que fuese. Su aparente insensibilidad me irritaba tanto más cuanto que mi padre y yo le profesamos un verdadero afecto. Así es que ahora me satisface en extremo ver que también tiene usted un poco de alma y, sobre todo, que no hay razón para que yo siga dudando de mi propio valer, quedando desvanecida la duda que comenzaba a alzarse en mí sobre mi propia persona. Por lo demás, mi buen amigo, yo no siento inclinación alguna hacia usted, como tampoco hacia ningún otro hombre, y

espero que, con todo el rendimiento y cortesía que acaba de demostrarme, sabrá usted resignarse a lo irremediable, sin odiarme por no poder corresponder a su bello sentimiento.

Si había creído que después de esta franca explicación iba yo a quedar fulminado ante ella, sin saber qué hacer ni qué decir, se había engañado de medio a medio. Mi corazón había temblado ante la apasionada mujer que yo creí llena de amor; mas ante aquel feroz y peligroso egoísmo no temblaba ya, pues estaba acostumbrado a habérselas con tigres y serpientes. Por el contrario, en vez de permanecer confuso y desesperado, sin querer salir de mi error, cosa que suele suceder en situaciones semejantes, me hallé de repente tan sereno y reflexivo como puede estarlo un hombre a quien se acaba de ofender y afrentar ignominiosamente, o un cazador que esperando una medrosa y noble corza ve aparecer ante él una feroz jabalina. Estos fríos sentimientos se mezclaban a la extrañeza de que, habiendo descubierto su perversidad, siguiera ella ante mis ojos tan bella o más que nunca. Pero tal es el misterio de la belleza.

Entre tanto, si mi rostro no hubiera estado tan tostado por el sol, hubiera aparecido más blanco que las flores del naranjo que nos cobijaba. Después de una corta pausa, exclamé:

—¿De manera que tan sólo para restablecer su fe en sus propios atractivos le ha sido a usted posible fingir durante tanto tiempo y con tal arte los más apasionados signos de un puro amor des-

interesado hacia mi humilde persona? ¿Para alcanzar de mis labios la confirmación de su belleza me ha seguido usted como el inocente niño que busca a su madre, ha palidecido usted y enfermado y ha tratado usted constantemente de agradarme, no hablando ni haciendo cosa que no fuera a ello dirigida y mostrando una tan grande alegría cuando conseguía sacarme dos palabras seguidas?

—Posible es que tal haya sido mi conducta— respondió ella sin perder la serenidad—. Mas lo que de ella le duele a usted, hombre vanidoso y egoísta, es no haber sido en realidad el objeto de un tan humilde e ilimitado amor, y que yo, pobre de mí, no sea el apasionado corderito que su orgullo se complacía en suponerme.

—No era tal mi pensamiento—repuse—. Además, aunque así fuese, si los dioses, hasta Cristo mismo, se han entregado siempre a los hombres con inmenso amor y, recíprocamente, la Humanidad ha encontrado desde los tiempos primitivos su mayor goce en hacerse merecedora de un tal amor, ¿por qué me había de avergonzar el creerme amado de parecida manera? ¿No, señorita Lydia, no! Cuento como una honra para mí el haberme dejado engañar por usted y haber creído con ingenuidad en un sincero amor que tales muestras daba de su ardorosa realidad, en vez de figurarme maliciosamente que todo aquello no era mas que una perversa y además cándida comedia. ¿Pues todo su fingimiento no es mas que pura candidez! ¿Qué garantía puede constituir para su fe en sí misma



el haber llegado a rendir y enamorar a un pobre soldado, cuando para conseguirlo ha tenido usted que emplear durante tan largo tiempo los más fuertes medios de seducción de que podía disponer? ¡Usted, la bella y distinguida dama inglesa!

—¿Qué garantía mayor—respondió Lydia, que durante mis últimas palabras había palidecido, perdiendo su gesto satisfecho—puedo tener de mi persona que esa pasión que al fin le he forzado a declararme? No querrá usted negar ahora que, como acaba de confesar, quedó prendado de mí desde el mismo día de mi llegada. ¿Por qué no lo dejó traslucir un poco a través de su natural rudeza, como debe hacerlo todo hombre enamorado, por humilde que sea, aunque sea un inculto pastor? Nos hubiéramos ahorrado ambos esto que usted llama una perversa comedia y yo me hubiera contentado con ello.

—Si usted me hubiera dejado tranquilo—repu-se—, quizá fuera ahora mejor para usted. ¿Ignora usted acaso que lo que por usted he sentido tiene que transformarse desde ahora, para mayor sufrimiento mío, en un sentimiento opuesto por completo?

—No importa—dijo—. Sé ya que he logrado enamorarle y que me lleva usted muy dentro de su corazón. He oído bien sus palabras y estoy segura de mi conquista. Todo lo demás me es indiferente. Así son castigados, mi querido señor Pan-cracio, los que delinquen dentro del reino de la Belleza.

— Un reino — contesté — que parece más bien una tribu de gitanos ladrones. ¿Cómo puede usted adornar su sombrero con una pluma que ha robado, como la más vulgar ratera de tiendas? ¿Cómo puede vanagloriarse de lo que se ha apropiado contra la voluntad de su dueño?

— En ese reino — replicó — lo robado constituye la gloria de la ladrona. Su cólera de usted prueba que he dado bien el golpe.

De este modo discutimos con duras y amargas palabras por espacio de media hora. En vano intenté hacerle comprender que aquel amor tan de mala fe conquistado no podía poseer el valor que ella le concedía. No perseguía con ello mitigar el dolor de mis heridas, sino ver si despertaba en Lydia la conciencia de la injusticia y de la inmoralidad de su conducta. ¡Pero todo fué inútil! Se obstinó en no comprender que un enamoramiento no se convierte en verdadero y rendido amor hasta tanto que cree hallar una esperanza de ser correspondido, y que dar al enamorado esta esperanza con pleno fingimiento era un grosero e inmoral engaño, tanto más sin conciencia cuanto más sencillo, honrado y cándido fuera el engañado. Sin prestarme oídos volvía siempre al hecho consumado de mi declaración, y además, ella, que parecía poseer una tan clara inteligencia, adujo los más confusos, absurdos e inmorales argumentos, demostrando una verdadera cabeza de chorlito. Durante todo el año que había pasado viéndola a diario no había jamás hablado con ella tan-

to como en la hora que duró nuestra discusión, y entonces, ¡oh Dios mío!, vi que no era mas que una criatura de lujo, cuya cuidada educación le había prestado los signos exteriores de un elevado y noble espíritu femenino, pero que su cerebro era y seguía siendo el de una vulgarísima *soubrette*, tal y como luego las vi a docenas en los *vaudevilles* de París. Lo que no se alteró a mis ojos fué su infinita belleza, que en aquellos momentos me parecía incomprendible pudiera coexistir con tanta vana liviandad y que seguía atormentando mi corazón en competencia con nuestro amargo debate. Por último, profirió cosas tan sin sentido y tan desvergonzadas, que, con lágrimas en los ojos, le disparé el siguiente improprio:

—¡Ay, Lydia! ¡Es usted la burra más grande que he visto en mi vida!

Al oírme, sacudió con fuerza su cabeza, haciendo estremecerse los dorados rizos que formaban un luminoso nimbo sobre ella, y me miró pálida y asombrada, con un rictus en la boca que quería ser una sonrisa de burla despreciativa y sólo fué un signo de su confusión ante mi inesperada brutalidad.

—Sí, Lydia, sí—continué, secando mis lágrimas con los puños cerrados—; sólo nosotros los hombres podemos ser tan ininteligentes como el burro en cuestiones de amor; es ésa una prerrogativa nuestra. Y todavía el haberla llamado así es un honor que le hago. Si fuera usted un poco más vulgar e insignificante, me hubiera limitado a decirle que era una perversa gansa.

Con estas palabras me separé por fin de ella, sin dirigirle la mirada, pero con la certeza de que dejaba tras de mí todo lo que de pura felicidad me podía haber sido destinado para mi vida entera y seguro de haber perdido para siempre la fe en el amor femenino.

«¡Esto te sucede por tu desdichada insociabilidad!—me decía yo a mí mismo—. Si desde los primeros días hubieras hablado con ella afablemente la mitad del tiempo que ahora lo has hecho, no hubiera quedado oculto a tus ojos su mezquino valor espiritual y no hubieras sufrido tan grosero engaño. ¡Deja, pues, ahora que tu falsa ilusión se desvanezca y no sufras por ello!»

Cuando, lleno aún de dolorosos pensamientos, fui a despedirme del gobernador, noté que me miraba burlonamente, con un gesto entre taimado y placentero, y adiviné que conocía toda nuestra historia y que la había ido siguiendo desde que empezó, sirviéndole de diversión mis apuros y sufrimientos. Como era un hombre bondadoso, y en general bienintencionado, su regocijo no podía achacarse a la perversidad que goza con el dolor ajeno, sino más bien a la estúpida alegría del filisteo que ha conseguido dar con todo éxito una pesada broma. En tiempos pasados se divertían los grandes señores emborrachando a sus bufones, meninos o servidores para sumergirlos después en agua helada o maltratarlos en otra forma cualquiera. Los señores actuales, más cultos, no encuentran ya placer en causar daños físicos, pero

en cambio les divierte mucho inspirar a sus inferiores toda clase de sutiles locuras, y cuanto más incapaces son de sentir por sí mismos una elevada y noble pasión, tanto más gozan en despertarlas, por medios más o menos lícitos, en aquellos que se prestan a caer en las ratoneras que con tan cruel habilidad les preparan. No cabía, pues, protestar de nada cuando el mismo gobernador no había desdeñado emplear a su propia hija como cebo que, atrayendo a los simples, le proporcionara un rato de diversión. Por tanto, sin decir palabra, me eché a la espalda mi pesada mochila, sin siquiera darme cuenta de que tenía un carro para transportar los bagajes de mi compañía, y al frente de ella salí al cerrar la noche para incorporarme a mi regimiento, que había partido aquella mañana.

Tras una penosa marcha a través de la sofocante noche india, entré en el campamento de la columna expedicionaria y me encontré como transportado a un mundo nuevo. Comenzó la campaña, y nuestras tropas rompieron las hostilidades contra los salvajes montañeses que vivían en los límites del imperio indobritánico. Habiendo avanzado un día con mi sección a la descubierta, nos encontramos de repente cercados por el enemigo, constituido por una masa de jinetes de aspecto de bandidos, numerosos elefantes de guerra y varios carros cubiertos de extrañas pinturas, en los que, inmóviles y rígidos, venían varios arrogantes príncipes indios, llevados allí como muñecos deco-

rativos por los salvajes cabecillas rebeldes. Todos nuestros oficiales murieron en aquel encuentro, y la sección quedó reducida a su tercera parte. Yo tuve ocasión de distinguirme y alcanzar el grado de primer teniente. Al terminar la campaña fui hecho capitán, destinándoseme a mandar la guarnición de un pequeño puesto limítrofe que habíamos conquistado. Durante dos años permanecí al frente de ciento cincuenta hombres, como jefe supremo de aquella pagana selva y más aislado y solitario que nunca en mi vida. Desconfiaba de todo y me mostraba muy severo en los asuntos del servicio, pero sin ser nunca duro ni injusto. Mi principal misión era ir introduciendo poco a poco las costumbres europeas en mis dominios y prestar ayuda a los misioneros para que pudieran llevar la suya a cabo sin peligro. Sobre todo debía impedir que las viudas indias fuesen, según costumbre, quemadas vivas junto al cadáver de su esposo, y como todo el pueblo mostraba decidido empeño en no prescindir nunca de este homenaje a la fidelidad conyugal, teníamos que correr constantemente de un lado a otro para impedir tales estériles e inhumanos sacrificios. Cuando llegábamos a tiempo, se mostraban tan disgustados y apenados como los europeos que ven disuelta por la Policía una ilícita diversión. Una vez habían preparado la ceremonia tan astuta y secretamente en un lejano pueblo, que ya ardía la pira funeraria cuando llegué yo a todo el correr de mi caballo y disolví la reunión popular. Sobre el fue-

go yacía el cadáver de un seco y consumido viejo, que comenzaba ya a socarrarse. Junto a él, una preciosa mujercita que apenas tendría diez y seis años entonaba una plegaria con voz argentina y boca sonriente. Por fortuna las llamas no habían llegado aún hasta ella, y tuve tiempo para saltar del caballo y, cogiéndola por sus diminutos pies, arrancarla de la pira. Ella, sin embargo, se debatía como loca, queriendo a toda costa ser quemada junto al cadáver de su hediondo viejo, y me costó mucho trabajo reducirla y apaciguarla. En realidad, las pobres viudas no ganaban mucho salvándose del fuego, pues luego los suyos las despreciaban, dejándolas en el mayor abandono, y el Gobierno inglés tampoco hacía nada por mejorar su situación. Pero en este caso que os he relatado conseguí que la joven viudita recibiera una dote y se casara de nuevo con un indio bautizado que a nuestro servicio teníamos, y al cual tomó gran cariño.

Lo malo fué que todos estos maravillosos sucesos despertaron en mí el deseo de gozar de una parecida fidelidad femenina. Mas ya que no tenía en mi aislada guarnición mujer ninguna que satisficiera mis amorosas ansias, tal deseo se transformó en el de ser yo quien observara una semejante fidelidad a alguien, y, como era de esperar, mi imaginación se volvió de nuevo hacia Lydia. Ahora que había llegado a una posición decorosa y tenía ante mí un buen porvenir en el ejército, no me parecía del todo imposible llegar a conse-

guir su mano, si aun se hallaba libre. Esta loca idea arraigó en mi cerebro, fortificada por el pensamiento de que algún valor debía yo tener a los ojos de Lydia cuando tanto trabajo se había tomado en trastornar mi cabeza. Así, pues, caí en la idea fija de casarme con ella, a pesar de todas sus malas cualidades y sólo por su incomparable belleza, amándola fielmente, sin límites ni objeto, y considerando su falsedad e ininteligencia como otras tantas virtudes. De tal modo se exaltó otra vez mi fantasía, que todas sus faltas y hasta su feroz egoísmo se convirtieron para mí en los más deseables bienes de la tierra, y llegué a imaginarme que con habilidad y discreción podía ir transformando los defectos de mi adorada en amables sentimientos. Sabe Dios de dónde sacaba yo una tal potencia imaginativa. Probablemente, todavía del dichoso Shakespeare que la hechicera me había dado para acabar de trastornarme. Lo que aun me admira es que ella lo hubiera leído alguna vez.

En fin, cuando yo llevaba algún tiempo embriagado con tan absurdos sueños, fuí relevado de mi alejada guarnición, y pidiendo una licencia, me dirigí a toda prisa a la residencia del gobernador. Nada había cambiado en su modo de vivir. Fuí recibido con gran agasajo, y por Lydia con mayor amabilidad de la que yo esperaba. Apenas la vi de nuevo y le hablé un par de veces, volví a enloquecer por ella, y encastillándome en mi obsesión, me propuse conseguir su mano.

Pero Lydia llevaba ahora hacia adelante sus ma-



nejos con una morbosa sobreexcitación, entregándose sin reserva ni pudor alguno a su desdichado egoísmo. Una numerosa corte de vanidosos oficiales giraba en torno suyo, abrumándola con triviales y huecos cumplimientos, que deleitaban sus oídos. Las galanterías más faltas de ingenio y oportunidad eran aceptadas con placer si parecían salir de un rendido corazón, y coadyuvaban a mantener viva en Lydia la confianza en su poder atractivo. Además de estos adoradores había trastornado con una sola mirada a un infeliz tambor del regimiento, que, hinchado de orgullo, la salía constantemente al paso, dirigiéndole tiernas y tímidas ojeadas, y a un zapatero que, por completo enloquecido, se detenía, cada vez que iba a llevarle unos zapatos, en el corredor de la casa, y sacando un espejito y un peine se acicalaba primorosamente, como un presumido gato, confiando en que aquella sería la entrevista decisiva. Cuando le veían llegar, se trasladaba toda la corte a una galería desde la que podían sin ser vistos presenciar el ridículo manejo del pobre diablo enamorado. Lo más extraordinario es que esta conducta de Lydia no disgustaba a nadie, pareciendo que ninguno esperaba de ella cosa mejor, y siendo yo el único que tenía una más elevada opinión de ella. Resultaba de este modo que aquellos que la despreciaban procedían tomándola tal cual era y a modo de pasatiempo mucho más inteligentemente que yo con mi empeño de ennoblecerla y mi profunda pasión. «¡Pero no — pensaba yo, rebelándome

contra tal idea —; ella es como yo me la imagino, y los que la rodean son unos imbéciles que no saben lo que en su alma existe, y que queda oculto tras esa coquetería superficial!» Temblando, ansiaba que llegase el momento en que poder presentar de nuevo ante sus ojos el espejo donde se reflejaba únicamente lo mejor que había en ella, desapareciendo lo que yo me figuraba defectos puramente exteriores y accidentales. Mas mi acostumbrada reserva, que a pesar de los mayores esfuerzos me fué imposible romper, no me consintió mezclarme con aquellos vanidosos micos que rodeaban a Lydia y acercarme a ella. Volví a sentirme impaciente y desdichado, y pidiendo mi separación del ejército angloindio huí con rumbo a Europa, decidido a olvidar a aquella funesta mujer.

Llegado a París, y viendo el gran número de mujeres inteligentes y bellas que en la gran ciudad había, decidí permanecer algún tiempo en ella, pensando que el mejor medio de libertarme de mi desdichado recuerdo era ver muchas caras bonitas. Por tanto, fui de teatro en teatro y me hice presentar en varias reuniones distinguidas. Vi, en efecto, muchas bellas figuras femeninas de extraordinaria elegancia y cuyos ojos dejaban adivinar almas de belleza correspondiente a la exterior; mas todas ellas no hacían sino recordarme mi insensato amor y reavivar su fuego. No me era posible olvidar a Lydia, y mi destino parecía ser el de arrastrar toda mi vida la cadena

que a ella me ligaba. Cuando pensaba en ella, me invadía la extraña sensación de que indudablemente tenía que existir en el mundo una mujer que poseyera su belleza física y fuese su vivo retrato, pero que además reuniese también las cualidades morales de que ella carecía, no debiendo yo volver a hallar mi tranquilidad y mi alegría hasta que encontrase a esta perfecta Lydia. En una palabra, enfermé de nuevo, y como no me era posible retornar a la India, quise buscar otra vez la actividad militar, el peligro y los ardores de un sol meridional, y me alisté en el ejército colonial francés. Fuí destinado a Argelia, y pronto me hallé en el límite de aquella provincia africana, marchando sobre las abrasadas arenas del desierto, bajo un sol de fuego y peleando con los cabileños.

Al llegar nuestro héroe a este punto de su relato, Esther, la hermanita, que siempre había de cometer alguna inconveniencia, dió un salto en la silla, soñando que caía rodando por una escalera, y al ruido que hizo levantó por fin Pancracio los ojos del suelo y se dió cuenta de que su auditorio dormía a pierna suelta. Al mismo tiempo cayó en que hasta entonces no había relatado mas que una historia de amor y, avergonzado, deseó que hubieran dormido lo suficiente para no haberla oído en absoluto. Despertó a las mujeres, haciéndolas acostarse, y también él buscó su lecho, durmiéndose después de exhalar un profundo, pero satisfecho suspiro. Permaneció en la cama tanto

tiempo como cuando era el inútil y perezoso Pan-  
cracio, e igual que en aquellos tiempos, tuvo su  
madre que ir a despertarle para hacerle acudir a  
desayunar. Reunidos ante el café matinal, prosi-  
guió Pancraccio su relato, diciendo:

—Si no os hubierais dormido, habríais oído  
cómo estuve a punto en la India oriental de dejar  
de ser un insoportable regañón para convertirme  
en un hombre bondadoso y afable, todo ello por  
causa de una bella muchacha, y cómo mi esqui-  
vez me jugó una mala pasada no dejándome co-  
nocer íntimamente a la que me engañó. Hubierais  
oído también cómo, vuelto a mi desapacible y ta-  
citurmo natural, me trasladé desde la India al  
Africa francesa, dedicándome allí a destruir las  
ridículas chozas, en forma de torres, de los beduí-  
nos y a hacerles a éstos buenos chichones en sus  
duras cabezas, cosas que llevé a cabo con tan fu-  
rioso afán que también ascendí con rapidez entre  
los franceses y llegué a coronel, grado que es el  
que hoy ostento.

De nuevo era yo tan monosilábico y melancóli-  
co como en épocas anteriores, y sólo había dos co-  
sas que me distrajeran: el cumplimiento de mi de-  
ber de soldado y la caza de leones. Para esta úl-  
tima salía solo y armado con una buena escopeta  
en busca de la fiera, y toda la cuestión estaba en  
herirla gravemente del primer tiro o perecer entre  
sus garras. La continua repetición de este peligro  
y la probabilidad de que por fin algún día me fa-  
llase un disparo, eran cosas que me apasionaban.

Nunca me sentía mejor que cuando, sin ver alma viviente en todo el horizonte que abarcaban mis ojos, iba tras de las huellas de uno de aquellos salvajes y vigorosos animales, atravesando las dunas que formaba la candente arena del desierto. Una vez apareció en aquellos parajes, devastándolos durante cuatro largos meses, un león que se decía era de extraordinario tamaño. Era este cuya piel yace ahí entre vosotras, y que por entonces diezmaba los rebaños de los beduínos sin que nadie pudiera darle caza, pues se trataba de un astuto viejo que hacía a diario largas marchas en distintas direcciones, embrollando la pista de tal modo que cuando salí en su busca me di tremendas caminatas sin más resultado que verle desde muy lejos. Cuando esto hubo sucedido dos o tres veces sin que nunca se me pusiese a tiro, creo que llegó a conocerme y a adivinar las malas intenciones que respecto a él abrigaba, porque en cuanto me venteaba desde lejos lanzaba un rugido ensordecedor y desaparecía trotando. Así anduvimos uno tras otro muchos días, mudo yo como un sepulcro y rugiendo él salvajemente de cuando en cuando.

Un día salí con el alba y me dirigí en dirección contraria a la que había visto tomar al león la noche antes, pues sabía que los beduínos habían retirado sus rebaños de aquel sitio, y no habiendo podido el hambriento señor saciar su apetito durante la noche, volvería por la mañana sobre sus pasos. Al salir el sol atravesaba yo una región llena de múltiples colinas, que proyectaban sobre

la dorada arena largas sombras, cuyo profundo color azul me recordó los ojos de Lydia. En la lejanía se elevaban azules montañas, al pie de las cuales se hallaba la árabe ciudad en que yo residía, y por el lado opuesto se veían algunos bosques y verdes llanuras, sobre las que flotaba el humo saliendo de las tiendas de los beduínos, que se divisaban como diminutos puntos negros. Un silencio de muerte reinaba sobre todo aquello, y en torno mío no se veía una sola persona. De pronto me hallé al borde de un barranco que no se percibía hasta llegar a su misma orilla. Por su fondo corría un fresco y alegre arroyuelo, junto al cual crecían floridas matas de adelfas. Nada más bello a la vista, después de la uniforme arena dorada, que el suave fluir del arroyuelo y el fresco verdor de aquellas matas, sobre el que resaltaba el rojo vivo de sus flores. Aquel espectáculo hizo surgir en mí antiguos deseos, y olvidando el objeto de mi vagar por aquellos campos, dejé mi escopeta en el suelo y me deslicé hasta el fondo de la cortadura, calmando mi sed en el arroyo. Luego me tumbé bajo las adelfas, pensando en la bella Lydia y en lo que habría sido de ella. De repente, muy cerca de mí, oí un rugido que hizo temblar la tierra. Como loco, me puse en pie de un salto y trepé por el terraplén; mas al llegar arriba me quedé clavado en el suelo al ver la fiera a diez pasos de mí y sobre el lugar en que reposaba mi escopeta. Pude dominarme y permanecí inmóvil, con mis ojos fijos en los del león, que al verme

se había preparado a saltar sobre mí, y lo hubiera hecho al más ligero movimiento mío. En esta situación resistimos largas horas, sin apartar los ojos uno de otro. El sol ascendió en el cielo, atormentándome con su espantoso fuego, y el tiempo transcurría tan lentamente como la eternidad en el infierno. Sabe Dios las cosas que pasaron por mi cerebro. Maldije a Lydia, cuyo solo recuerdo me había acarreado tal desgracia, haciéndome olvidar la escopeta, y cien veces estuve tentado de saltar sobre la fiera sin más arma que mis manos; pero el amor a la vida venció en mí y me mantuve en pie, inmóvil como la petrificada mujer de Loth o como la varilla de un reloj de sol, pues con el pasar de las horas iba mi sombra girando en torno mío, acortándose hasta desaparecer cuando llegó el mediodía y empezando luego a alargarse de nuevo en dirección contraria. Fué éste el más largo y silencioso enfado que había tenido en toda mi vida, y durante él prometí y juré, si escapaba de la muerte, ser en lo sucesivo afable y complaciente y volver a esta casa para pasar mi vida lo más agradablemente que pudiera y haciéndosela agradable a los demás. El sudor corría por todo mi cuerpo y mis piernas temblaban, agotadas por el esfuerzo que tenía que hacer para permanecer inmóvil. En cuanto hacía el menor movimiento, aunque sólo fuese para humedecer con la lengua mis resecos labios, se levantaba el león y, doblando sus patas, se sentaba sobre los cuartos traseros, echando chispas por los ojos y rugiendo hasta

que yo cerraba la boca y apretaba los dientes. En este angustioso vivir, teniendo que ganar uno tras otro los eternos minutos, fué desapareciendo en mí toda la cólera y todo el rencor hasta para con el león mismo, y cuanto más me iba debilitando, más fácil me era conservar y ejercitar una resignada paciencia, llegando así a la conclusión de que, si escapaba con bien del peligro, aquella virtud que en él había aprendido dulcificaría mi vida de tal manera que podría dar por bien empleados los dolorosos sufrimientos que me atormentaban. Cuando mi situación no podía ya prolongarse mucho más, por estar yo a punto de caer desfallecido al suelo, llegó un inesperado socorro. La fiera y yo estábamos tan embebidos en nuestra mutua contemplación, que ninguno nos dimos cuenta de la llegada de dos soldados hasta que éstos se hallaron a unos treinta pasos. Era una pareja que había sido enviada en busca mía por haberse presentado asuntos que reclamaban mi presencia en la ciudad. Llevaban los fusiles al hombro, y los rayos que el acero despedía al ser herido por el sol brillaron ante mis ojos como una luz celestial, al mismo tiempo que mi adversario oyó el andar de los soldados en el silencio de los campos. Desde lejos se habían dado cuenta de que algo extraño me ocurría, y habían ido aproximándose con el mayor silencio y cuidado posibles. De repente echaron a correr gritando: «¡El león, el león! ¡Auxilio al coronel!» La fiera se volvió hacia ellos llena de cólera, y abriendo una enorme boca, permaneció un



segundo dudando sobre quién arrojarse antes. Mas cuando los soldados, como valientes e impulsivos franceses que eran, se lanzaron contra él, dió un salto y atrapó a uno de ellos entre sus garras. Mal lo hubiera pasado el caído si su compañero no hubiese disparado su fusil, dándole al mismo tiempo cuatro o cinco bayonetazos al león en un costado. Pero tampoco hubieran podido dominarle si, tambaleándome, no hubiera acudido yo, después de recuperar mi escopeta, cuyos dos tiros disparé a boca de jarro en el oído de la fiera, que cayó en tierra, volviéndose aún a incorporar y siendo necesario otro disparo y varios culatazos para arrancarle la salvaje y dura vida. Afortunadamente, ninguno de nosotros recibió grave daño, incluso el que cayó bajo las garras del león, que escapó con el uniforme destrozado y una buena garfada en el hombro. Así, salimos con bien y cazamos al tan buscado y temido león. Un bocado de pan y un trago de vino me devolvieron las fuerzas, y durante mi regreso a la ciudad charlé y reí con los dos buenos soldados, dejándolos maravillados de la amabilidad de su severo y hosco coronel.

En la misma semana pedí mi retiro, me lo concedieron, y aquí estoy.

Tal era la historia de la vida y la conversión de Pancracio, que dejó maravillados a sus familiares. A poco abandonaron todos la pequeña ciudad de Seldwy'a, trasladándose a la capital del cantón, donde Pancracio tuvo lugar de ser, con su expe-

riencia y conocimientos, muy útil a su patria, siendo muy considerado y querido por todo el mundo, tanto por su valer como por su inagotable y bondadosa amabilidad, pues jamás recayó en su antigua manera de ser.

Esther y la madre lamentaron haber dejado escapar la historia de Lydia y solicitaron repetidas veces un nuevo relato; pero Pancracio respondía siempre que ellas se tenían la culpa por haberse dormido y que aquella había sido la primera y la última vez que había contado la historia de sus desdichados amores. A esto añadía que la moraleja de su historia era sencillamente cómo en lejanas tierras le habían curado del vicio de enfadarse entre una mujer y un león.

Entonces quisieron saber por lo menos cómo se llamaba aquella mujer, cuyo nombre, extranjero, habían olvidado; mas Pancracio replicó a todas sus preguntas diciendo: «Haber atendido. Jamás volveré a pronunciar ese nombre.» Y mantuvo su palabra. Nadie le oyó pronunciarlo nunca, y por fin pareció que él mismo lo había olvidado.

## ROMEO Y JULIETA EN LA ALDEA

---

El relatar esta historia no pasaría de constituir una ociosa imitación si dicho relato no fuese el de un sucedido real y al mismo tiempo una demostración de lo hondamente arraigadas que están en la vida humana todas aquellas fábulas que han servido de trama y fundamento a las grandes obras clásicas. El número de tales fábulas es asaz limitado, pero de tiempo en tiempo surgen nuevamente en la tierra, adornadas con nuevas vestiduras, y fuerzan al escritor a sujetarlas y transcribirlas en este su nuevo aspecto.

Junto al bello río que corre a una media hora de Seldwyla se levanta una extensa y bien cultivada elevación de terreno, que desciende luego hasta perderse en la fértil llanura. A su pie se alza una aldea que contiene algunos cortijos importantes, y sobre el ancho lomo de la colina existían hace algunos años tres largas y espléndidas tierras de labor, que se extendían junta y paralelamente, como tres gigantescas bandas. En una soleada mañana de septiembre labraban dos de estas tierras sendos campesinos, ocupando uno cada

una de las bandas exteriores, pues la del centro parecía estar abandonada desde hacía muchos años y se hallaba cubierta de pedruscos y de altas hierbas salvajes, sobre las que zumbaba libremente un enjambre de pequeños insectos. Los dos campesinos que en las hazas laterales caminaban cada cual tras de su arado eran altos y huesudos; parecían tener unos cuarenta años, y su aspecto denunciaba al labrador acomodado. Vestían fuertes pantalones de cutí, que les llegaban hasta la rodilla y cuyos pliegues tenían y conservaban cada uno su lugar fijo e invariable, como si estuvieran tallados en piedra. Las mangas de la burda camisa con que cubrían sus torsos temblaban cuando la reja del arado tropezaba con algún obstáculo, transmitiendo el choque a los brazos de los labradores, enérgicamente apoyados sobre la manceira, mientras que, con un gesto grave en sus bien rasurados rostros, seguían con serena atención el trabajo, parpadeando un poco cuando les daba el sol de cara o mirando hacia atrás cuando algún ruido rompía el silencio de los campos. Lentamente y con una cierta elegancia natural iban haciendo su labor, y ninguno de los dos pronunciaba palabra, salvo para dar alguna indicación al criado que conducía del diestro los dos gallardos caballos. Desde alguna distancia, las figuras de ambos labradores parecían exactamente iguales y representaban el primitivo carácter de aquellos parajes. A primera vista sólo podía distinguírseles en que el uno llevaba echada hacia delante la punta del

blanco gorro con que se tocaba, y en cambio el otro lo llevaba colgando hacia la nuca. Pero estas posiciones del vértice del gorro cambiaban entre sí según el lugar a que sus dueños llegaban en su faena, pues al encontrarse ambos labradores en lo más alto de la colina y seguir cada uno su camino, el gorro de aquel que marchaba contra el viento fresco del Este se doblaba hacia atrás, mientras que el del otro, que caminaba con el viento de espaldas, caía sobre su frente. En este manejo había también un momento intermedio en que ambos gorros se alzaban verticales en el aire y vibraban hacia el cielo como dos blancas llamas. Así iban labrando sus campos con toda calma, y era un bello espectáculo el verlos en el dorado y sereno paisaje otoñal encontrarse y cruzarse en la cima de la colina y seguir luego tranquilos y silenciosos su camino, alejándose poco a poco uno de otro cada vez más, hasta descender, como dos astros que van hacia su ocaso, la suave curvatura de la colina y desaparecer por último tras de ella, para volver a aparecer después de un buen rato en dirección opuesta. Cuando encontraban alguna piedra en el surco, la arrojaban con fuerte impulso a la tierra intermedia; mas ello sucedía raras veces, pues aquel barbecho estaba ya sembrado con todas las piedras que habían podido encontrarse en las tierras laterales. Había ya transcurrido la mayor parte de la larga mañana, cuando se vió acercarse desde el vecino pueblo un pequeño y cuidado cochecillo que apenas podía divisar-

se al empezar a subir la suave pendiente de la colina. Era un carrito infantil, pintado de verde, en el que los respectivos hijos de ambos labradores, un muchacho y una niña, traían juntos un tenteempié para sus padres, antes del almuerzo. Para cada uno de ellos había en el carrito un sabroso pan envuelto en una servilleta, una cantarita con vino, vasos y quizá algún bocado más, puesto allí por la cariñosa labradora para su afanoso dueño. Además venían en el carrito una porción de peras y manzanas, llenas de mordiscos, que los muchachos habían cogido por el camino y habían roído, dándoles las más extrañas formas. Dominándolo todo venía una muñeca completamente desnuda, falta de una pierna y con la cara sucia, que se dejaba llevar en el coche como una señorita. El pequeño vehículo se detuvo, después de algunos tropiezos y detenciones, en lo alto de la colina, a la sombra de un bosquecillo de tiernos tilos colocados al borde del haza, y entonces pudo verse bien a sus dos conductores. Eran éstos un chico de siete años y una niña de cinco, los dos sanos y alegres, y sin nada más de particular en sus personas que el tener ambos muy bonitos ojos, y la niña, además, una preciosa tez morena y pelo muy rizado y obscuro, todo lo cual le daba un aspecto resuelto y ardiente. Los labradores, que habían llegado a la altura casi al mismo tiempo, desengancharon sus caballos, echándoles un poco de trébol como pienso, y, dejando los arados en el surco, se dirigieron hacia el desayuno, saludándo-

se entonces, pues hasta aquel momento no habían cambiado la palabra en toda la mañana.

Mientras con toda calma iban dando fin a su desayuno, partiéndolo cariñosamente con los pequeños, que no se apartaron de ellos en tanto que hubo algo que comer y beber, dejaron vagar sus miradas por los campos hasta la lejana Seldwyla, que reposaba entre sus montañas, cubierta por una blanquecina niebla producida por el humo que, saliendo de la chimenea de cada casa, en las que, según costumbre de Seldwyla, se preparaba un copioso almuerzo, se unía luego sobre los tejados de la ciudad, formando una densa nube plateada.

—¡Buena comida preparan los bribones de Seldwyla!—dijo Manz, que así se llamaba uno de los labradores. Y el otro, llamado Marti, respondió:

—Ayer estuvo a verme uno de allí.

—¿Un concejal? También estuvo en mi casa.

—¿Para decirte también que cultivaras este terreno de en medio pagándole la renta a sus dueños?

—Sí, y dejándola en depósito hasta que se decidiera a quién pertenecía la tierra. Pero yo le dije que sería mejor que vendiesen la tierra y guardasen el importe hasta hallar a su dueño, lo cual no sucederá jamás, pues lo que cae en manos de la justicia de Seldwyla tarda mucho en salir de ellas, y además la cuestión no es nada fácil de resolver. Entre tanto quisieran los muy pillos ir embolsándose el rento, cosa que desde luego harán también con el importe de la venta; mas en este caso ya

nos arreglaríamos para que el precio no subiese mucho en la subasta, y efectuada ésta, sabríamos de una vez lo que poseíamos cada uno y quién era en adelante el dueño de la tierra.

—Lo mismo pienso yo, y también he dado esa respuesta al que vino a sonsacarme.

Hicieron una pausa, y al cabo de un rato dijo Manz:

—De todos modos, es lástima que una tierra tan buena esté tanto tiempo y de tal modo abandonada. Han pasado ya veinte años sin que nadie la reclame. En el pueblo no hay quien crea tener derechos sobre ella y nadie sabe lo que ha sido de los hijos del arruinado trompeta.

—¡Cosa más rara!—replicó Marti—. Cuando me echo a la cara al violinista ese que anda tocando en los bailes de los pueblos o viviendo con los húngaros vagabundos, juraría que es un nieto del trompeta, pero que no sabe que todavía le queda una heredad. Y además, ¿qué haría con ella? Venderla y emborracharse luego un mes con lo que le dieran. ¿Y quién se atreve a hacerle ninguna indicación sin tener seguridad de que es él?

—Sí—dijo Manz—, podía armarse un buen lío, y harto quehacer tenemos con estar siempre negando al tal violinista el derecho de avecindarse en nuestro pueblo, derecho que de continuo está solicitando. Puesto que sus padres se fueron del pueblo con unos gitanos vagabundos, debe él seguir con su tribu y tocar el violín mientras los otros hacen calderos. ¿Cómo habríamos de saber



nosotros que era él el hijo del hijo del trompeta? Por mi parte, aun cuando en su bronceado rostro me parece estar viendo el de su abuelo, me digo que es muy fácil equivocarse y que el pedacito más pequeño de una partida de bautismo aseguraría más mi conciencia que veinte parecidos.

—¡Claro!—replicó Marti—. Pero a eso dice él que no tiene la culpa de que no le hayan bautizado. De todos modos, no hay que hablar de concederle el derecho de vecindad. Sobra ya gente en nuestro pueblo. Dentro de poco tendremos que hacer venir otro maestro de escuela.

Con esto dieron fin al desayuno y al diálogo, y se levantaron para terminar su faena de la mañana. Los muchachos, que habían decidido no regresar a casa hasta que sus padres lo hiciesen, dejaron el carrito entre los tilos y emprendieron una excursión por el barbecho abandonado, que con sus hierbas salvajes, sus crecidos arbustos y sus montones de piedras les parecía una agreste y maravillosa selva. Después de recorrerla en todas direcciones, entreteniéndose, cogidos de la mano, en hacer pasar bajo el arco formado por sus brazos los arbustos pequeños, se sentaron a la sombra de uno más alto, y la muchachita empezó a vestir a su muñeca con las largas hojas de espino, haciéndole al momento un precioso traje verde todo acuchillado. Una solitaria amapola que aun florecía en el abandonado campo fué utilizada como cofia, sujetándola en la cabeza de la muñeca por medio de un tallo de hierba, y de este modo el pequeño

personaje quedó convertido en una elegantísima hada, principalmente cuando a todo aquello se agregó un collar y un cinturón de pequeños frutos rojos. Después colocaron la muñeca sobre una alta rama de cardo, dedicándose a admirarla, hasta que el muchacho se hartó y la derribó con una cierta pedrada. Tal violencia desordenó sus bellas vestiduras, y la muchacha la desnudó para vestirla nuevamente; mas cuando la hubo dejado desnuda por entero, conservando sólo su roja cofia, se la arrancó de las manos su travieso compañero y la arrojó con fuerza hacia lo alto. La niña, protestando, corrió a cogerla; pero el muchacho la atrapó antes que ella y la volvió a lanzar al aire, haciendo rabiar así durante un rato a la pequeña. Mas bajo sus manos la pobre muñeca voladora sufrió múltiples daños, el mayor de ellos en la rodilla de su única pierna, en la que se hizo un agujero, por donde apareció un poco de aserrín. Apenas advirtió el martirizador aquella herida, se calló como un muerto y comenzó a agrandarla con sus uñas para hallar el origen de aquella fuente del amarillento polvo. Su silencio pareció a la pobre muchacha en extremo sospechoso, y acercándose comprobó la fechoría. «¡Mira!», le gritó su compañero, haciendo bailar la muñeca ante sus ojos de manera que le saltase un chorro de aserrín a la cara; y echando a correr cuando ella se lanzó a cogerla, no se dió punto de reposo hasta que toda la pierna de la muñeca colgó vacía y flácida como un mísero pingajo. Después tiró al suelo el maltrata-

do juguete y adoptó una actitud indiferente y descarada, mientras que la pequeña se lanzaba a recogerlo, lo envolvía en su delantalito, para sacarlo al poco rato y romper de nuevo a llorar al observar el destrozo causado. Este desconsolado llanto ablandó por fin el corazón del autor del desaguisado, que, lleno de penosos remordimientos, se acercó a la muchacha, la cual, al verlo a su alcance, cesó de llorar y le pegó con la muñeca en la cabeza, hasta que, juzgando satisfecha su venganza por los fingidos ayes del castigado, se alió a él para continuar la comenzada obra de destrucción, rivalizando ambos en la tarea de agujerear el martirizado cuerpecillo y apilando sobre una piedra plana, hasta formar con él un montoncito, el aserrín que fluía por las múltiples heridas. Lo único que de la muñeca quedaba aún intacto era la cabeza, y en ella se concentró la atención de los destructores, que, separándola del descuartizado cadáver, miraron llenos de curiosidad su hueco interior. Al ver aquella cabeza vacía y junto a ella el montoncito de aserrín, fué, naturalmente, su primera idea llenarla con él, operación que sus ligeros dedos llevaron a cabo en un instante. Por primera vez en su vida tenía la muñeca algo dentro de su cabecita. Mas el muchacho, no contento con esto, quiso infundirle vida, y ordenando a su compañera que la vaciase del aserrín que en ella había introducido, atrapó una gran mosca azul, manteniéndola prisionera en el hueco formado por sus dos manos hasta que su mandato se vió cumplido,

y encerrándola entonces en la hueca cabeza, cuyo agujero tapó con un puñado de hierba. La mosca zumbaba en su prisión, que, cubierta aún por la roja amapola y colocada solemnemente sobre una piedra, parecía una mágica cabeza parlante, cuyas predicciones y fábulas escucharon los niños abrazados y en un profundo silencio. Pero todo profeta despierta temor e ingratitud. La vida que parecía existir en aquella figura despertó la humana crueldad de los niños, y decidieron enterrarla. Abrieron, pues, una pequeña fosa y, sin preguntar su opinión a la mosca prisionera, colocaron en su fondo la cabeza de la muñeca y la cubrieron con tierra, elevando después sobre aquel sitio un monumento sepulcral con guijarros y hierbecillas. Después les acometió el miedo por haber enterrado algo que tenía humana forma y parecía además poseer vida propia, y se alejaron de aquel lúgubre paraje. La niña, cansada, se dejó caer sobre la hierba, junto a unos matorrales que le daban sombra, y empezó a cantar una monótona cancioncilla en la que aparecían siempre las mismas palabras. Su acompañante se detuvo junto a ella, sintiéndose asimismo lleno de una dulce pereza y también con ganas de tumbarse en el suelo. El sol daba de lleno en la entreabierta boca de la niña, iluminando su blanquísima dentadura y sus redondos labios purpúreos. El muchacho vió aquellos dientes, y cogiendo la cabeza de la niña se puso a observarlos cuidadosamente. «¿A que no sabes —dijo— cuántos dientes tenemos?» La niña

meditó un instante, como si los estuviese contando mentalmente, y dijo después, al buen tuntún: «¡Ciento!» «Nada de eso—respondió él—. Treinta y dos. Verás, voy a contar los tuyos», y se puso a contarlos; mas como nunca hallaba los treinta y dos que había anunciado, empezó la cuenta varias veces, hasta que la niña, cansada de su silenciosa inmovilidad, se puso en pie de un salto, exclamando: «Ahora voy yo a contar los tuyos.» El muchacho se echó entonces en la hierba, con la cabeza en el regazo de la niña, abrió la boca cuanto pudo, y ella empezó a contar: «Uno, dos, siete, cinco, dos, uno», pues nuestra pequeña belleza no sabía aún el orden de los números. El otro la corregía y le indicaba cómo tenía que contar, y de este modo empezó también la cuenta innumerables veces, pareciendo que este juego era el que más había complacido a ambos entre todos los que habían inventado aquel día. Por fin el cuerpecito de la niña se dobló sobre el de su pequeño maestro de cálculo, y ambos se durmieron bajo el claro sol de mediodía.

Entre tanto sus padres habían acabado de arar sus propiedades, transformándolas en oscuras superficies, de las que emanaba un fresco olor a tierra removida. Cuando el criado de uno de los labradores detuvo la yunta al final del último surco, le gritó su amo: «¿Por qué te paras? Tienes que abrir todavía otro surco.» «Ya está todo arado», exclamó el criado. «Tú cállate y haz lo que te digo», respondió el amo. Y el arado abrió un an-

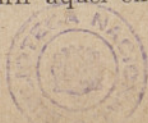
cho surco en la tierra abandonada, haciendo saltar las piedras y cortando los matorrales. El labrador no se entretuvo en separar los guijarros y limpiar el nuevo surco, pensando sin duda que ya habría tiempo para ello, y contentándose por aquel día con dejar marcado un tal ensanche de su propiedad. De este modo llegó en seguida el arado a lo alto de la colina, y cuando en la cumbre dobló hacia atrás el vientecillo la punta del gorro de nuestro labrador pudo verse al otro que, con la punta de su gorro doblada hacia delante, por el mismo vientecillo, trazaba también su ancho surco en la parcela sin dueño, haciendo saltar las piedras a ambos lados de la reja de su arado. Uno y otro se habían percatado de su común maniobra, pero ninguno pareció darse cuenta, y se perdieron de vista al descender por opuestas pendientes de la colina. No de otro modo se entrecruzan los husillos del Destino, y «lo que éste teje, no hay tejedor ninguno que lo sepa».

\* \* \*

Pasaron los años, vino una cosecha tras otra, y nuestros pequeños héroes estaban cada vez más crecidos y bellos, al revés de la abandonada tierra, que cada vez disminuía más entre las de los dos labradores. Con cada labor de arado perdía el barbecho un pedazo a uno y otro lado, sin que se hablara una palabra de ello ni nadie se diese por enterado del hurto. Las piedras que los arados hacían

saltar al abrir el surco se amontonaban cada vez más juntas, formando ya una especie de espina dorsal a lo largo de todo el baldío, y los matorrales habían crecido tanto, que los niños, no obstante haber aumentado también en estatura, no se podían ver cuando paseaban cada uno por la tierra de su padre, pues ya no correteaban juntos por el campo, dado que Salomón o Sali, como se le llamaba familiarmente, que había llegado ya a los diez años, se había agregado a la pandilla de muchachos mayores y casi hombres, mientras que la morena Vrenchen, a pesar de ser una fogosa muchachita, tenía que conservarse bajo la guarda de su propio sexo para no merecer que las demás le aplicasen el dictado de marimacho. Sin embargo, llegada la recolección, cuando todo el mundo estaba en los campos, encontraban la oportunidad de escalar el montón de piedras que separaba las propiedades de sus padres, y llegados a la cumbre, se empujaban recíprocamente para ver quién hacía caer al otro. Ya que no se trataban casi nunca, conservaban cuidadosamente esta anual ceremonia, que tenía siempre lugar en el mismo sitio, pues allí era donde únicamente se hallaban vecinas las tierras de sus padres.

Entre tanto llegó el tiempo de vender la abandonada propiedad para depositar su importe en el Juzgado. La subasta se verificó sobre la tierra en cuestión, y fuera de nuestros dos labradores, Manz y Marti, sólo asistieron algunos curiosos, ya que nadie entró en ganas de adquirir aquel extraño



campo, y mucho menos de avecindarse entre los dos labradores, pues aunque éstos pertenecían a los mejores y más considerados del pueblo y no habían hecho nada que en las mismas circunstancias no hubieran hecho casi todos los restantes, se los miraba ahora con cierta prevención y nadie deseaba encontrarse metido como una cuña entre ambos y mezclado en la historia del menguado barbecho. La mayoría de los hombres son capaces o están dispuestos a cometer una injusticia que flota en el aire en cuanto tropiezan de narices con ella; pero tan pronto como otro la ha cometido, se alegran los demás de no haber sido ellos los que han tropezado con la tentación y consideran al elegido con cierto piadoso y tierno horror, como un objeto elegido por los dioses para apartar de ellos el mal, haciéndoseles al mismo tiempo la boca agua ante las ventajas que el otro ha sacado. Manz y Marti eran, pues, los únicos que deseaban seriamente adquirir la tierra. Después de mucho pujar venció Manz, y a él le fué adjudicada. Los empleados y curiosos volvieron al pueblo, y sólo quedaron rezagados los dos contrincantes, que aprovecharon la ocasión para echar un vistazo a sus respectivas tierras. Camino del pueblo se encontraron, y Marti dijo a Manz:

—Supongo que ahora agregarás la nueva tierra a la otra y luego la dividirás en dos partes iguales. Si me la hubieran adjudicado a mí, lo hubiera hecho de ese modo.

—Eso pienso hacer yo—respondió Manz—, pues



para una sola labor resultaría demasiado grande. Pero por ahora te diré que he visto que el otro día cortaste de esta tierra que ahora es mía un gran triángulo, haciendo un surco oblicuo en la parte de abajo. Quizá lo hicieras pensando que te ibas a quedar con toda el haza y que, por tanto, era igual lo que antes hicieras en ella. Mas como no ha sucedido así y a quien pertenece ahora es a mí, comprenderás que no estoy dispuesto a tolerar que te metas de esa manera en lo mío y no tendrás inconveniente en que ese surco oblicuo que has hecho lo enderece yo. Por eso creo que no hemos de reñir.

Marti replicó, con igual frialdad que la de su antagonista:

—No veo yo tampoco por qué habríamos de pelearnos. Tú acabas de comprar la tierra tal y como está en este momento; la hemos recorrido juntos antes de la subasta sin que nadie reclamase nada, y de entonces a ahora ninguna variación ha habido en ella.

—Ta, ta, ta—dijo Manz—; no nos ocupemos de lo que sucedió antes. Pero lo que está ya de más es lo que has hecho tú últimamente, y tiene que ponerse remedio. Estas tres tierras han sido siempre, y todo el mundo lo sabe, paralelas como si las hubiesen tirado a cordel, y sería una mala broma tuya querer destruir este trazado con ese feo entrante que has marcado. Se burlarían de nosotros y nos inventarían mil apodos si dejásemos subsistir ese pingajo. ¡Hay que hacerlo desaparecer!

Marti se echó a reír exclamando:

—¡No tienes tú ahora poco miedo a lo que diga la gente! Pero como todo tiene arreglo y a mí no me molesta que mi tierra esté torcida, si a ti te incomoda que lo esté la tuya, puedes trazar un lindero recto donde quieras, siempre que no toques nada de lo mío.

—No digas tonterías—dijo Manz—. Borraremos el triángulo que has hecho tú y haremos derecho el surco que tú has trazado torcido.

—Lo veremos—replicó Marti, y ambos hombres se separaron sin mirarse, fijando sus ojos en la lejanía azul, como si vieran en ella maravillas cuya contemplación embargara todas sus potencias espirituales.

Al día siguiente envió Manz a un muchacho que a su servicio estaba, a la hija de unos jornaleros y a su propio hijo Sali con la misión de arrancar las hierbas y los arbustos del barbecho y reunirlos en un montón, con objeto de facilitar la labor de limpiar luego de piedras el terreno. Fué ésta la primera vez en que, contra su costumbre y contra la opinión de su mujer, encargó de un trabajo a su hijo, que acababa de cumplir los once años y no había estado hasta entonces sujeto a labor ninguna. Parecía que con esta nueva severidad para con su propia sangre quisiera compensar la injusticia cometida, y que silenciosamente empezaba ya a producir sus consecuencias. La tropa infantil escardó alegremente las hierbas y arrancó todas las mil y una matas que habían crecido en el trans-

curso de tantos años. Como no constituía tal tarea un trabajo cuidadoso y ordenado, fué para ellos un placer. Las matas salvajes, secas por el sol, fueron amontonadas y se les prendió fuego, extendiéndose hasta muy lejos una densa humareda y danzando la pequeña tropa con loca alegría en torno de la hoguera. Esta fué la última fiesta que se celebró sobre la tierra maldita, y la pequeña Vrenchen, la hija de Marti, llegando sigilosamente, se adhirió a ella y ayudó valientemente a la tarea. Lo extraordinario de este acontecimiento y la bulliciosa algazara eran buena ocasión para acercarse de nuevo a su antiguo compañero de juegos infantiles, y ambos muchachos la aprovecharon, pasando junto a la hoguera unos minutos alegres y felices. Acudieron del pueblo algunos muchachos más, y se formó una regocijada reunión. Sali, en cuanto se veía separado de Vrenchen, buscaba y encontraba el medio de ponerse nuevamente a su lado. Ella, por su parte, procuraba también hallarse junto a él, mirándole sonriente, y ambas criaturas gozaban, pensando que aquel alegre día no podía ni debía acabar jamás. Pero a la caída de la tarde llegó Manz para inspeccionar la labor efectuada, y aunque la halló terminada, torció el gesto ante aquel alboroto y disolvió rápidamente la reunión. Al mismo tiempo apareció Marti en la tierra de su propiedad, y viendo a su hija desde ella, lanzó, llevando sus dedos a la boca, un silbido tan agudo y con tal tono de mando, que Vrenchen, asustada, corrió hacia su padre, el cual,

al tenerla junto a sí, le administró un par de moquetes. Con todo ello regresaron los niños a sus respectivas casas llorando dolorosamente y sin saber por qué se sentían tan tristes, como antes tampoco habían sabido la causa de su exaltada alegría, pues la rudeza de sus padres, aun siendo relativamente nueva para ellos, no traía consigo su propia explicación, que revelándoles la enemistad de sus progenitores los hubiera conmovido aún más.

El trabajo de los siguientes días fué ya más penoso y más propio de hombres que de chiquillos. Manz dispuso que se limpiara de piedras el terreno, labor que creyeron no poder terminar nunca, pues parecía que todas las piedras del mundo habían venido a reunirse en aquel sitio. Pero no quiso que dichas piedras fueran sacadas de aquella tierra por completo, sino que, después de rectificar por medio de un surco recto la frontera objeto de su discusión con Marti, ordenó se volcásen sobre el triángulo que de su nueva propiedad le había usurpado su vecino todas las piedras recogidas, las cuales formaron una altísima pirámide sobre aquel pedazo de tierra que Marti, teniéndolo ya por suyo, había escardado y limpiado con todo esmero, dejando Manz al cuidado de su adversario el volverlo a limpiar, desembarazándolo de aquel terrible montón de piedras. Marti, que no esperaba tal arreglo, y pensando que Manz trataría de quitarle aquel pedazo de tierra como antes lo habían hecho ambos, o sea a surco de

arado, esperaba verle salir con las yuntas, no se enteró de la cosa hasta que, estando ya casi terminada, oyó hablar del precioso monumento que Manz había erigido. Al saberlo, salió a toda prisa y lleno de ira para el lugar del suceso, y una vez que hubo comprobado con sus ojos el desaguisado, volvió al pueblo a buscar al notario, que diése fe de lo ocurrido e hiciese constar por lo pronto su protesta por el montón de piedras, sin perjuicio de entablar desde aquel instante un pleito por la posesión del dichoso triángulo. Desde aquel día pleitearon incansablemente ambos labradores, y no descansaron hasta arruinarse por completo.

En tal contienda perdieron todo su anterior sentido común y fueron poseídos por un estrechísimo y riguroso concepto del derecho, del cual hemos visto antes que no tenían ni la menor idea. Ninguno de ellos podía ni quería comprender cómo el otro se obstinaba en apropiarse de una manera tan injusta aquel insignificante pedazo de terreno. Manz se vió acometido además por un maravilloso amor a la simetría y a las líneas paralelas, y le ofendía grandemente el disparatado empeño de Marti de conservar aquella irregularidad que destruía la armonía geométrica del sembrado. En lo que sí coincidían ambos era en la convicción de que para que el contrario quisiera estafarle de aquella burda y descarada manera era necesario que le considerase bien tonto, pues tales engaños sólo podían llevarse a cabo con un pobre diablo desamparado, mas no con un hom-

bre listo y dispuesto a defenderse, y esta idea los hería profundamente en su amor propio, haciéndolos entregarse sin consideración alguna a la pasión de la contienda y a la ruina subsiguiente. Su vida transcurría como una pesadilla o como el martirio de dos condenados que, arrastrados sobre una estrecha balsa por un obscuro río, luchasen entre sí y se destruyesen mutuamente, creyendo ver uno en otro la causa de su desdicha. Como ninguno de los dos había obrado bien, cayeron ambos en manos de los más peligrosos bribones, que exaltaban su enferma imaginación con los mayores absurdos y las más peligrosas excitaciones. Tales amistades procedían en su mayor parte de la vecina ciudad de Seldwyla, cuyos avispados especuladores encontraron con este asunto una mina que explotar, y pronto tuvo cada uno de los contendientes un séquito de consejeros, procuradores y auxiliares, que supieron hallar cien caminos para sacarles el dinero. El pedacito de tierra cubierto por el montón de piedras, entre las cuales nació bien pronto un bosquecillo de ortigas y cardos, fué tan sólo la semilla de la que surgió una embrolladísima y nueva manera de vivir para los dos labradores, los cuales, aunque ya cincuentones, tuvieron que plegarse a nuevas costumbres, adoptar una nueva moralidad y nuevos principios y abrigar con respecto a lo por venir esperanzas a que jamás habían dado antes entrada en su pecho. Cuanto más dinero perdían, más ansiosamente deseaban tenerlo, y cuanto menos poseían, tanto

más pensaban en enriquecerse para vencer al adversario. Se hallaban prontos a toda clase de fechorías, y no dejaban pasar una sola lotería de las muchas, nacionales o extranjeras, cuyos billetes circulaban en Seldwyla, sin adquirir alguno de éstos. Mas nunca toparon con un premio y sí sólo llegaban a sus oídos los nombres de los premiados o veían cómo hubieran ganado ellos por pocos números. Entre tanto, esta pasión mermaba considerablemente sus ya menguados capitales. De cuando en cuando los seldwylenses les gastaban la broma de, sin que ellos lo supieran, dar a cada uno medio billete de un mismo número, de tal suerte que ambos fundaban su esperanza en la destrucción y pérdida del adversario sobre una misma probabilidad. La mitad de su tiempo la pasaban en Seldwyla, donde cada uno tenía su cuartel general en una taberna, y a ella acudían sus parásitos respectivos a calentarles la cabeza, haciéndoles llevar a cabo los mayores disparates y organizando a su costa las más abyectas francachelas, a las que ellos asistían con el corazón traspasado, pero sin atreverse a poner coto a los que los saqueaban. De esta forma, ellos, que se habían lanzado a la contienda sólo por no pasar por tontos, habían llegado a ser dos acabados ejemplares de tontería, y todo el mundo los señalaba como tales. La otra mitad de su tiempo se encerraban en sus casas, siempre irritados y de mal humor, o dirigían las labores de sus tierras, tratando con dureza a los que en ellas trabajaban y exigiéndoles el

máximo esfuerzo, pues creían así ganar lo perdido. Mas lo único que consiguieron fué que ningún buen labrador quisiera trabajar con ellos. De este modo fueron hundiéndose cada día más, hasta que al cabo de diez años se encontraron cubiertos de deudas y sosteniéndose en un pie, como las grullas, en los umbrales de sus propiedades, de las cuales ya el más leve vientecillo amenazaba echarlos. Cuanto peor les iba, tanto mayor era su recíproco odio, ya que el uno consideraba al otro como la causa de su mala estrella, su eterno enemigo e injusto antagonista, creado de propósito por el mismísimo demonio para perderle y arruinarle. Escupían despreciativamente al verse de lejos, y nadie de la familia podía hablar ni una sola palabra con la mujer, hijos o parentela del contrario, so pena de ser después severamente maltratado. Las respectivas mujeres observaron en este empobrecimiento y abyección de sus hogares conductas completamente distintas. La de Marti, que era de buena condición, no pudo resistir la decadencia y, consumiéndose, murió antes de que su hija cumpliera los catorce años. En cambio, la mujer de Manz se acomodó a la nueva vida, y para convertirse en una arpía no tuvo mas que soltar las riendas a los defectos femeninos que de antemano poseía, dejándolos crecer hasta convertirse en vicios. Su afición a la buena mesa se trocó en desatada gula; su ligereza de lengua, en un verdadero arte para mentir, adular y calumniar, diciendo siempre todo lo contrario de lo que pensaba,



enemistando a sus vecinos unos con otros y llegando a hacer ver a su propio marido lo negro blanco. Su natural franqueza, que antes gustaba en la charla inocente, convirtiéndose ahora en absoluta desvergüenza para falsear todo aquello de que trataba, y de este modo, en vez de sufrir bajo el mal humor continuo de su marido, añadía a él nuevos disgustos, engañándole cuando llegaba a encolerizarse y convirtiéndose, en fin, en la directora del arruinado hogar.

Bajo estas circunstancias no podía ser peor la situación de los vástagos de ambos matrimonios, que ni podían abrigar ninguna esperanza consoladora en el porvenir ni gozar de una tranquila y alegre juventud, rodeados como estaban de luchas, penas y cuidados. La suerte de Vrenchen era aún peor que la de Sali, pues, muerta su madre, se hallaba sola en su desierta casa y entregada a la tiranía de un padre iracundo. Al llegar a los diez y seis años era ya Vrenchen una esbelta muchacha llena de encantos; sus oscuros cabellos caían en suaves rizos sobre su frente y llegaban casi hasta sus brillantes ojos negros; roja sangre coloreaba las redondas mejillas de su moreno rostro y resplandecía luego como profunda púrpura en sus frescos labios, de tal manera rojos, que daban a toda la cara de la muchacha una personalísima expresión. Una fogosa alegría de vivir palpitaba en cada una de sus fibras, haciéndola reír y jugar en cuanto el tiempo se mostraba algo propicio a ello, por poco que fuere, esto es, cuando su

padre no la había atormentado mucho o no pesaba sobre ella algún grave cuidado. Por desgracia, tales ocasiones eran bien raras, pues además de tener que llevar sobre sí las penas y la creciente miseria de su hogar, tenía que guardarse a sí misma y tratar de vestirse y componerse lo más decente y limpiamente posible, sin que el padre quisiera proporcionarle medio ninguno para ello. De este modo, costaba gran trabajo a Vrenchen adornar algo su graciosa persona, conquistarse un modestísimo vestido para los domingos y conservar algunos pañuelos de abigarrados colores con que rodear su cuello. Todo ello humillaba y obscurecía la joven y fogosa belleza de la muchacha, impidiéndole envanecerse de ella. Además de esto, había presenciado, teniendo ya edad suficiente para darse cuenta de las cosas, la enfermedad y muerte de su madre, y este recuerdo constituía para ella algo que sujetaba su ímpetu juvenil, modificando y dulcificando su fogosidad y haciendo de ella una criatura conmovedoramente amable, que se regocijaba y reía ante el menor rayo de sol que hasta ella llegara.

No era tan dura la situación de Sali. Con el transcurso de los años se había convertido en un fuerte y esbelto muchacho que sabía defenderse y cuyo aspecto exterior hacía imposible pensar que consintiera que nadie le maltratase. También él se daba cuenta de la mala posición de su familia, y vagamente recordaba que no siempre había sido así. Conservaba aún en su memoria la antigua

figura de su padre, labrador honrado, tranquilo e inteligente, tan distinto del envejecido loco, camorrista y ocioso que ahora veía ante sí, emprendiendo una tras otra las más absurdas e ilusorias empresas y hundiéndose más en el cieno cada día, sin que el desconocimiento en que Sali estaba de lo pasado le permitiese darse clara cuenta de cómo habían podido llegar las cosas a este extremo. Mas cuando el triste espectáculo de su hogar llenaba su corazón de amargura y vergüenza, estos sentimientos eran al punto adormecidos por los halagos de que le colmaba su madre, la cual, para atraérselo y teniéndolo a su lado como partidario suyo poder continuar cómodamente su desordenada vida, apoyaba sus menores caprichos y cuidaba de que pudiera vestirse no sólo limpia, sino hasta presuntuosamente. Sali se dejaba hacer sin gran agradecimiento, entreviendo todo lo que de falsía encerraban aquellos halagos. No sintiendo tampoco alegría ninguna por la libertad en que se le dejaba, hacía lo que le venía en gana, sin que ello fuera, no obstante, nada malo, pues todavía no estaba corrompido por el ejemplo de sus padres y conservaba aún el juvenil deseo de emprender una actividad honradamente ordenada. Era Sali igual a como su padre había sido en su juventud, y ante este vivo recuerdo de sus buenos años, que despertaba su adormecida conciencia, se sentía el padre invadido por un involuntario respeto para con su hijo. A pesar de esta libertad de que gozaba, no se hallaba Sali conten-

to de su vida. Veía que su porvenir no aparecía muy claro y se daba cuenta de que iba pasando su juventud sin aprender nada de provecho, pues en su casa no existía ni huella de trabajo alguno perseverante y concienzudo. Su único consuelo era enorgullecerse de su presente independencia, en la que de nada se le pedían cuentas, y sin preocuparse de más, iba dejando pasar descuidadamente los días, cerrando los ojos a la visión de lo por venir.

La única cosa que limitaba su independencia era la enemistad de su padre para con todo lo que oliera a Martí o se lo recordase. Pero Sali sabía solamente que Martí había causado graves perjuicios a su padre y que en casa de aquél abrigaban todos sentimientos de enemistad para con ellos, no siéndole, por tanto, nada difícil privarse de ver a Martí y a su hija y hasta mostrarse como enemigo de ellos, aunque con toda templanza. En cambio, Vrenchen, cuya vida era más penosa que la de Sali y que estaba mucho más abandonada que él por los suyos, se sentía menos inclinada a una formal enemistad y se imaginaba despreciada por Sali, bien vestido y aparentemente feliz. Cuando le veía desde lejos huía de él, y Sali ni siquiera se preocupaba de seguirla con la mirada. De esta manera sucedió que hacía ya un par de años que no había podido verla de cerca y no suponía siquiera cuál era el aspecto de su figura. Mas, sin embargo, siempre que se hablaba de Martí, pensaba involuntariamente en su hija, de la cual no

sabía ni cómo era en aquellos momentos, pero cuyo recuerdo no le era importuno.

Fué su padre, Manz, el primero de los dos enemigos que, no pudiendo resistir por más tiempo, tuvo que abandonar sus bienes y su casa en las garras de los acreedores. El que su caída se anticipase a la del otro fué debido a que Manz tenía a su lado a su mujer, que ayudó a ella, y a su hijo, que, aunque poco, también gastaba algo, mientras que Martí era solo a devorar su vacilante hacienda y a su hija no le era permitido hacer el más pequeño gasto y sí sólo trabajar como un animalillo doméstico. Consumada la ruina de Manz, no encontró éste cosa mejor que trasladarse a Seldwyla y, siguiendo los consejos de sus favorecedores en aquella ciudad, abrir en ella una hostería. ¡Triste cosa es ver a un hombre de campo, encanecido en el cultivo de la tierra, emigrar a la ciudad y establecer un figón o taberna, buscando su salvación en atraerse parroquianos a fuerza de tener que poner a todos cara alegre, disimulando su amargura y su ansiedad por el inseguro porvenir! Al abandonar Manz su casa se vió bien el extremo de pobreza a que habían llegado. Su ajuar, viejo y estropeado, denotaba a las claras que hacía muchos años que en aquella casa no se había comprado ni renovado nada. No obstante, la mujer vistió sus mejores galas para efectuar el viaje, y sentada en el carro sobre el montón de trastos viejos, se mostraba muy esperanzada y orgullosa, considerándose ya como habitante de la

ciudad y mirando despreciativamente a sus paisanas pueblerinas, que, asomadas a las bardas de sus corrales, veían pasar, llenas de compasión, el miserable cortejo. Fundaba sus esperanzas en conseguir atraerse con su amabilidad y listeza una gran parroquia, en cuanto se viese al frente de lo que ella se figuraba importante hostería. Pero ésta no era mas que un lúgubre tabernucho, situado en un apartado callejón y cuyo dueño acababa de arruinarse, tomándola Manz en traspaso por consejo de sus amigos de Seldwyla, que hallaron así el medio de hacerle desembolsar sus últimos recursos, que no llegaban ya a cien escudos. Con la taberna compró Manz un par de toneles de un mal falsificado vino y todó el moblaje, constituido por una docena de botellas de vidrio blanco, otros tantos vasos y varias mesas y banquetas de pino pintadas de rojo. Ante la ventana, balanceándose rechinante, colgada de un gancho, pendía la muestra, consistente en un aro de tonel, y en su interior una mano de latón que, cogiendo un jarro, escanciaba vino tinto en un vaso. Además de todo esto, pagó Manz, como comprendido en el traspaso, un seco ramo de acebo que adornaba la entrada. Conocedor ya de su nuevo domicilio, no se dirigía Manz hacia él con tan buen ánimo como su mujer, sino que, lleno de amargura y rencores, conducía el carro guiando los dos flacos caballos que había pedido prestados al nuevo dueño de su casa y sus tierras. Nadie había podido ayudarle a cargar los muebles en el carro, pues el último

criado que había quedado a su servicio se había despedido hacía ya varias semanas. Estando en tal faena, vió a Marti que, haciéndose el encontradizo, había salido, lleno de burla y gozo, a presenciar su partida, y le colmó de maldiciones, como única causa y principio de su desventura. Sali, en cambio, permaneció silencioso, y en cuanto el carro se puso en marcha, apresuró el paso y, adelantándose, se dirigió por el atajo hacia Seldwyla.

—Hemos llegado—dijo Manz, deteniendo el carro a la puerta de la taberna, de cuyo aspecto quedó asustada la mujer. Era aquélla, en verdad, una bien triste hostería. Los vecinos, deseosos de conocer al nuevo tabernero campesino, se asomaron apresuradamente a puertas y ventanas, mirándolos, desde su superior altura de ciudadanos de Seldwyla, entre compasivos y burlones. Llena de cólera y a punto de llorar, saltó la mujer de Manz a tierra y entró en la casa, avergonzada de que la gente viese sus viejos muebles y derrengadas camas y dispuesta a no volver a dejarse ver en todo aquel día, pero afilándose de antemano la lengua por si alguna vez había ocasión de hacer pagar a los importunos vecinos su insolente curiosidad. Sali, también avergonzado, tuvo, sin embargo, que ayudar a su padre a descargar los muebles en medio de la calleja, formándose a poco en derredor un corro de chiquillos que saltaban por cima de ellos y se burlaban del harapiento ajuar campesino. El interior de la casa, que tenía todo el

aspecto de una cueva de bandidos, era aún más desconsolador. Las paredes, malamenté encaladas, chorreaban humedad, y aparte de la sala de la oscura e inhospitalaria taberna sólo existían otros dos cuartuchos, que el anterior inquilino había dejado llenos de mugre y de basura.

Tal fué el comienzo de la nueva vida de Manz, y así había de seguir sin experimentar mejora alguna. Durante la primera semana, la curiosidad de conocer al nuevo tabernero y ver si se encontraba en su establecimiento algo que fuera materia de diversión o burla atrajo a la taberna por las noches a algunas personas, aunque no más de las suficientes para sentarse en torno de una mesa. El tabernero tenía poco que ver, pues Manz se mostraba torpe en el servicio, poco amable, melancólico, y no sabía ni quería aprender el modo de conducirse con sus parroquianos. Con gesto malhumorado llenaba los vasos lenta y desmañadamente, intentando, sin conseguirlo nunca, decir algunas palabras a los consumidores. En cambio su mujer se lanzaba decididamente entre ellos, tomando parte en las conversaciones y logrando retener a la gente durante algunos días, mas no por los motivos que ella se figuraba, sino por otros bien distintos. La buena mujer, que con los años había perdido toda su esbeltez, engordando considerablemente, se había improvisado, para recibir a los clientes, un tocado con el que se creía irresistible, compuesto de una blanca saya de lino, una vieja blusa de seda verde, un delantal de algodón y un



estropeado cuello blanco. Sus ya escasos cabellos caían, coquetamente rizados, a ambos lados de su cara, y por detrás ostentaba una corta y delgada trenza, en cuyo nacimiento clavó una alta peineta. Con estos arreos iba de mesa en mesa, dando saltitos que querían ser graciosos y elásticos, achicando la boca ridículamente para poner un gesto ingenuo y diciendo sonriente al servir el vino o la menguada ración de queso salado: «¡Muy bien, señores míos; pero que muy bien!», y otras cosas del mismo ingenio, pues a pesar de no tener pelos en la lengua, le era imposible decir nada a aquellas personas desconocidas para ella y entre las que se sentía completamente extraña. Los seldwylenses que a la taberna acudían, y que eran, como es natural, de la peor especie, se tapaban la cara para reír a sus anchas, y haciéndose señas por debajo de la mesa, exclamaban: «¡Vaya una tabernera deliciosa! Sólo por verla vale la pena de venir a envenenarse con este vino. ¡En nuestra vida hemos visto facha semejante!» Todo esto lo notaba el marido, lleno de cólera, y dando a su mujer un buen metido en las costillas, le decía: «¡Cállate y estate quieta, vieja idiota!» Mas ella le replicaba, sin hacerle caso: «¡Déjame en paz, inútil! ¡No ves cómo me afano por servir a los parroquianos y lo bien que sé tratarlos? Lo que pasa es que toda ésta es gentuza de tu calaña. Déjame a mí y ya verás cómo pronto tenemos parroquia más distinguida.» La débil luz de dos malolientes velas de sebo iluminaba estas escenas. Sali, asqueado, se

refugiaba en la obscura cocina y, sentado junto al fogón, lloraba por sus padres.

Pronto se hartaron los parroquianos del espectáculo que la mujer de Manz les ofrecía, y fueron a reunirse a otros lugares más acogedores, en los que poder reírse a su gusto de la ridiculez de los nuevos taberneros. Sólo de cuando en cuando aparecía por casa de Manz algún cliente, que aburrido se dedicaba a bostezar mirando al sucio techo, mientras bebía su vaso de vino. Muy de tarde en tarde invadía la taberna un grupo de bromistas, que venían a reírse de los pobres campesinos, metiendo mucho ruido y haciendo poco gasto. Encerrado el infeliz matrimonio en aquel lóbrego rincón, al que nunca llegaba el sol, se sentía cada vez más triste y desesperanzado. Hasta para Manz, que estaba acostumbrado a pasar mucho tiempo en la ciudad, era ya intolerable el encierro entre aquellos sucios muros. Cuando pensaba en la libre extensión de los campos, dirigía una mirada colérica y rencorosa al techo o a los suelos, igualmente sucios, de su nuevo hogar, y se lanzaba a la calle, para volver a refugiarse inmediatamente en su rincón, huyendo de las curiosas miradas de sus vecinos, que ya le habían adjudicado el mote de «el tabernero malo». No transcurrió mucho tiempo sin que desapareciesen los últimos recursos de que aun disponían, y entonces tuvieron que esperar algunos días, para poder comer, a que llegase alguien que consumiese un poco del vino que aun les quedaba, y si por casualidad se le ocurría al

cliente pedir algo que comer, aunque sólo fuese una salchicha ahumada, se veían y se deseaban para poder proporcionárselo, tomándolo al fiado de alguna tienda vecina. Llegó un momento en que también se les acabó el vino, y tuvieron que mandar a otra taberna por él en pequeñas cantidades, ya que no tenían dinero para adquirir un nuevo tonel. De esta manera tenían que abrir su establecimiento sin existir en él vino ni comida, y, sin haber probado bocado en muchas horas, mostrarse amables y sonrientes con la poca gente que entraba. Casi se alegraban el día en que no aparecía ni un alma por su casa, y en esta agonía pasaron mucho tiempo, sin poder vivir ni acabar de morir de una vez. Esta triste experiencia hizo sufrir a la mujer de Manz una nueva transformación. Así como antes dió rienda suelta a sus defectos femeninos, supo ahora poner en práctica las virtudes propias de su sexo para mitigar los sufrimientos de su marido. Armándose de paciencia, trató de infundirle ánimos y de conservar a su hijo en el buen camino, sacrificándose ella por su parte todo lo posible. De este modo consiguió ejercer, a su manera, una influencia benéfica sobre el arruinado hogar, influencia que, aunque pequeña e insuficiente para enderezar el rumbo de las cosas, siempre representaba algo, y por lo menos ayudaba a aquella pobre familia a pasar su miseria con menor desesperación. En las situaciones apuradas, aconsejaba lo que mejor creía a su marido y a su hijo, y cuando su consejo resultaba equi-

vocado o no producía buenos resultados, aguantaba con paciencia los reproches. Puso, en fin, en obra, cuando la situación había llegado a lo peor, aquella actividad que emprendida años antes hubiera sido mucho más beneficiosa. Para tener por lo menos algo que llevarse a la boca y distraer sus tristes pensamientos, se dedicaron padre e hijo a pescar con caña en el vecino río, cosa permitida a todos los habitantes de Seldwyla y ocupación principal de aquellos que habían ya perdido hasta el último céntimo. Cuando hacía buen tiempo y los peces picaban mucho, acudían a docenas a las orillas del río los pescadores, provistos de su caña y su cubo para guardar la pesca. No se podía dar diez pasos junto al río sin toparse con alguien dedicado a tan pacífica tarea. Los había de todas clases y cataduras. Aquí aparecía uno vistiendo una larga levita oscura y con los pies desnudos metidos en el agua. Más allá otro con un viejo y puntiagudo frac azul, en pie sobre el caído tronco de un viejo sauce y cubriendo su cabeza con los restos de un destrozado sombrero de fieltro. Otro se había venido a pescar envuelto en una desgarrada bata con grandes flores estampadas, única vestidura que aun poseía, y en tal guisa se pasaba las horas muertas en la orilla con la caña en una mano y una larga pipa en la otra. En un recodo que hacía el río se colocaba siempre, sobre una piedra que sobresalía en medio casi de las aguas, un hombrecillo calvo y barrigudo, completamente en cueros y cuyos pies, a pesar de

tenerlos en el agua, se veían tan negros que parecía no haberse quitado las botas. Cada uno de estos pescadores tenía a su lado un tiestecito lleno de lombrices y otros gusanos, que antes de venir a pescar había ido sacando de la tierra con ayuda de una pequeña azada. Cuando el cielo se llenaba de nubes y el tiempo bochornoso anunciaba lluvia, aumentaba el número de pescadores, colocados como inmóviles figurones a todo lo largo de la orilla, que de este modo semejaba una galería de estatuas de santos o profetas. Los campesinos pasaban a su lado sin hacerles caso, conduciendo sus carros o su ganado, y los ocupantes de los pequeños barcos que navegaban por el río no les dirigían siquiera una mirada, haciendo caso omiso de las maldiciones que dedicaban a aquellos importunos que espantaban la pesca.

Mal hubiese escapado quien doce años antes, cuando Manz araba con una valiente yunta las tierras que junto a la orilla poseía, le hubiese predicho que llegarían días en que él se uniese a aquellos figurones para pescar como ellos. Ahora que por necesidad tenía que hacerlo, corría presuroso río arriba, pasando por detrás de sus compañeros como la sombra de un condenado que fuera buscando en el infierno un solitario y cómodo lugar donde purgar aisladamente sus culpas. Pero ni él ni su hijo tenían paciencia para permanecer largo tiempo inmóviles con la caña en la mano, y sólo la llevaban para no revelar su verdadera manera de pescar, que consistía en colocar pequeñas redes

en los arroyos afluentes al río, en los cuales vivían sabrosas truchas, que luego de pescadas alcanzaban un alto precio en el mercado.

Marti, que había permanecido en el pueblo, iba también de mal en peor, y de puro disgustado y aburrido, en vez de ocuparse en trabajar las pocas tierras que le quedaban, se dedicó asimismo a la pesca para ahuyentar sus tristes ideas, y se le veía pasarse el día entero a la orilla del río. Vrenchen tenía que acompañarle constantemente, porteando los trebejos de la pesca y andando con ellos de un lado para otro, metiéndose en los arroyos y en el río, lloviese o hiciese sol, con lo cual la casa quedaba abandonada y sin que nadie se ocupase en ella de las más necesarias labores. Ya no les quedaba nadie que los sirviera, ni en realidad lo necesitaban, pues Marti había ido perdiendo todas sus propiedades, quedándole tan sólo alguna pequeña tierra, a cuyo cultivo atendían como podían él y su hija, o no atendían en absoluto. Así las cosas, sucedió que yendo Marti un día, bajo un obscuro cielo que presagiaba tormenta, por la orilla de un profundo y rápido arroyo en el que saltaban multitud de truchas, se topó de manos a boca con Manz, su enemigo, que llegaba por la opuesta orilla. En cuanto lo vió, se sintió poseído por el rencor y la cólera. Hacía años que no se habían encontrado frente a frente mas que ante los jueces, lugar en que no les estaba permitido insultarse. Sin poder contenerse, exclamó Marti:

—¡Perro! ¿Qué vienes a buscar aquí? ¿No puedes quedarte en tu guarida de Seldwyla?

—También tú tendrás algún día que venirte a la ciudad. ¡Bandido! Por lo pronto, ya tienes que dedicarte a pescar. Señal de que no andas muy sobrado—respondió Manz.

—¡Calla, ladrón!—replicó Marti, gritando para dominar el ruido del torrente—. Tú me has traído la desgracia.

Los sauces que en ambas orillas se alzaban empezaron a agitarse a impulsos de un fuerte viento precursor de la tormenta, y Manz tuvo que esforzar aún más la voz para decir:

—¡Si eso es verdad, me alegraré con toda mi alma, miserable idiota!

—¡Perro!—gritó Marti en su orilla.

—¡Imbécil!—chilló Manz desde la suya.

Y ambos empezaron a correr por las márgenes del río, buscando un paso que les permitiera cruzar el arroyo. Marti se hallaba aún más excitado que su adversario, porque pensaba que éste en su taberna tendría por lo menos comida y bebida suficientes, y además gente con quien matar el tiempo, que a él se le hacía tan largo entre las paredes de su arruinado hogar. Entre tanto, Manz buscaba también con afán un paso para aproximarse a su enemigo, llevando tras él a su hijo Sali, que en vez de atender a la enconada pelea miraba maravillado a Vrenchen, que corría tras de su padre llena de vergüenza, con la vista fija en el suelo, la cabeza inclinada hacia delante y cayéndole

los morenos rizos sobre la cara. Llevaba en una mano una herrada de madera para echar en ella los peces, y en la otra sus medias y zapatos, que se había quitado para no mojarlos. Con el mismo objeto habíase recogido la falda; mas al aproximarse Sali por la orilla opuesta, la había vuelto a dejar caer pudorosamente. De este modo se hallaba triplemente embarazada por los trastos que llevaba en la mano, las faldas, que le impedían correr con libertad, y la vergüenza que aquella odiosa pelea le producía. Si hubiera levantado sus ojos del suelo para dirigirlos hacia Sali, habría podido descubrir que éste no tenía ya su anterior aspecto elegante y orgulloso, y que además parecía también sufrir mucho con aquel suceso. Mientras que Vrenchen miraba al suelo avergonzada e intimidada y Sali no veía ya, de todo lo que le rodeaba, mas que aquella pobre figura esbelta y graciosa que tan humilde y confusa se alzaba al otro lado del arroyo, no se dieron cuenta de que sus padres habían cesado de insultarse y corrían llenos de ira hacia un puentecillo que se divisaba a poca distancia de ellos. En esto empezó a relampaguear, iluminándose fantásticamente aquellos lugares. Resonó el trueno, y pesadas gotas de lluvia empezaron a caer de las negras nubes cuando ambos enloquecidos adversarios llegaron al mismo tiempo al estrecho puentecillo, que vaciló bajo sus pasos, y, agarrándose mutuamente, empezaron a golpearse con los puños cerrados en los rostros, pálidos y temblorosos de ira. Nada hay menos



acertado y juicioso ni más desagradable de presenciar que el hecho de que dos hombres que son razonables lleguen, guiados por la ira, la irreflexión o la necesidad, a golpearse en público. Pero cuando esto sucede a dos hombres ya viejos, que se han conocido toda su vida, y sucede a consecuencia de una enemistad que los ha separado mucho tiempo y que ha constituido la ruina de entrambos, ello constituye tan sólo una pueril y ridícula protesta contra el Destino. Y esto estaban llevando a cabo los dos encanecidos labradores. Siendo muchachos habían andado a golpes alguna vez, mas de esto ya habían pasado cincuenta años, en los cuales no se habían tocado mas que para darse la mano cuando aun no había comenzado su querrela, y aun esto había sucedido raras veces, dado el seco y poco expresivo carácter de ambos. Después de administrarse algunos golpes, se agarraron fuertemente, luchando silenciosos y anhelantes para ver quién conseguía arrojar al otro al agua por encima de la crujiente barandilla. En este punto llegaron sus respectivos hijos y vieron el abyecto espectáculo. Sali se puso de un salto junto a su padre para auxiliarle, ayudándole a dominar al odiado enemigo, el cual ya antes de su llegada parecía flaquear y estar a punto de ser vencido. Pero también acudió Vrenchen, que arrojando al suelo, con un grito de espanto, todos los trabajos de que iba cargada, se abrazó a su padre para protegerle, con lo cual sólo logró estorbarle e impedir sus movimientos. Con lágrimas en los

ojos miró suplicante a Sali, que en aquel momento se disponía a completar la victoria de su padre arrojándose también sobre el de Vrenchen; pero ante aquella mirada, quizá involuntariamente, cambió de intención, y sujetando a su padre, procuró calmarle y separarle de su contrincante. Durante un momento, el grupo formado por los cuatro vaciló para uno y otro lado sin deshacerse, y en esta pugna, mientras que los dos hijos procuraban interponerse cada vez más entre sus padres, llegaron a estar sus cuerpos en estrecho contacto. En aquel preciso momento se desgarró un poco una nube, dejando pasar algo de la claridad vespertina, que iluminó el rostro de Vrenchen y permitió a Sali ver de cerca aquella cara tan conocida para él, pero tan embellecida en el transcurso de los años. Vrenchen notó su sorpresa, y una rápida sonrisa se dibujó en su rostro entre las lágrimas y el espanto. Sali, llamado a la realidad por las sacudidas que su padre daba para desprenderse de sus brazos, dominó su impresión, y con firme esfuerzo y apremiantes ruegos logró separarle del de la muchacha. Los dos viejos locos respiraron con fuerza y comenzaron de nuevo a insultarse a gritos, mientras se alejaban uno de otro. En cambio sus hijos apenas podían respirar y guardaban un mortal silencio. Mas al separarse, sin que los viejos los vieran, se estrecharon con rapidez las manos, frías y húmedas del agua y de los peces.

Las nubes se cerraron otra vez sobre los fatiga-

dos combatientes; la obscuridad se hizo más densa y una lluvia torrencial comenzó a caer furiosamente. Manz comenzó a andar a grandes pasos por el encharcado camino. Encorvado y con las manos en los bolsillos, marchaba bajo la lluvia, temblando y castañeteándole los dientes, mientras que gruesas lágrimas, que no enjugaba por no de-latarlas, surcaban su rostro para perderse entre la descuidada barba. Sali, perdido en felices imaginaciones, no veía ni observaba nada. Sin darse cuenta de la lluvia ni de la tormenta, e indiferente a la obscuridad y a su situación miserable, todo, dentro y fuera de él, le parecía fácil, luminoso y lleno de calor. Se sentía tan rico e ilustre como un príncipe. Tenía de continuo ante sus ojos la rápida sonrisa que había brotado en el bello rostro estando tan cercano al suyo, y correspondía a ella ahora sonriendo a la amada figura de la muchacha, que se le aparecía en la obscuridad entre la lluvia, pensando que su sonrisa tenía que llegar hasta Vrenchen y adentrarse en ella, penetrando hasta su alma.

\* \* \*

Al día siguiente, Manz, como si la escena de la víspera le hubiese despojado del resto de energías que aun poseía, no quiso moverse de su casa. La miseria y los locos afanes de tantos años tomaron para él desde aquel día un nuevo aspecto, más concreto y preciso, constituyendo un a modo de

fantasma que se extendió en la pesada atmósfera del tabernucho. Huyendo de él, se refugiaba el infeliz matrimonio en los oscuros cuartos de la trastienda, pasando luego a la cocina para retornar en seguida, en un espantado y casi inconsciente vagar, a la taberna, por la que no asomaba ni un solo cliente. Por último, se embutía cada uno en un rincón y comenzaban una fatigosa y casi muerta disputa, que duraba todo el día, quedándose a lo mejor dormidos entre reproche y reproche, con un sueño inquieto y poblado de las mismas miserias de la vigilia, que ni aun dormidos podían espantar de su imaginación. Unicamente Sali se libraba de la melancolía. Pensando en Vrenchen, no oía ni veía lo que pasaba en torno suyo. Seguía sintiéndose no sólo inmensamente rico, sino como habiendo descubierto algo muy verdadero que le permitía llegar al conocimiento de muchas cosas buenas y bellas. Esta ciencia había penetrado en él como llovida del cielo, y el fausto suceso le admiraba, llenándole de felicidad; mas pareciéndole, no obstante, que siempre había sabido y conocido todo aquello que ahora le colmaba de una tan maravillosa dulzura. Nada hay que iguale a la magnificencia y arbitrariedad de aquella dicha que se acerca al hombre en una clara y precisa figura femenina bautizada en una iglesia y provista de un nombre propio que suena diferente a todo otro nombre.

Para Sali desapareció desde aquel día todo motivo de sentirse infeliz, pobre y desesperanzado.

Hora tras hora dejaba correr el tiempo, dedicado a recordar la figura y el rostro de Vrenchen. Mas la excitación producida por el esfuerzo verificado para precisar en su imaginación aquellos rasgos acabó por hacérselos confundir y casi olvidar, de manera que llegó a no poder evocarlos con claridad. Poseía en su memoria una representación general de la figura de Vrenchen, mas no le era posible describirla con todo detalle. Aquella imprecisa figura flotaba de continuo ante sus ojos, penetrándole con su dulce influencia y siendo para él como una vaga potestad a cuya merced se hallaba, sin saber ni poder definir claramente en qué consistía aquella fuerza. Al querer traer a su imaginación la cara de Vrenchen tal y como el día anterior se le había aparecido, sólo lograba hacer acudir a ella los rasgos de su infantil compañera de juegos, mas no los que tan rápidamente había visto durante la lucha sobre el puente. Si no hubiera tenido probabilidad de volver a ver jamás a Vrenchen, sus potencias imaginativas habrían acabado por lograr reconstituir el amado rostro; pero como los ojos reclamaban su derecho al placer de contemplarlo nuevamente, esta su intervención debilitaba la acción de dichas potencias. Obediente a estos impulsos, abandonó Sali su casa a la hora en que el cálido sol vespertino comenzaba a iluminar los últimos pisos de las casas, y se dirigió hacia su antigua patria, que le parecía ahora una celestial Jerusalén con doce resplandecientes puertas, y su corazón palpitaba alborotado con-

forme se iba acercando a ella. En el camino topó con el padre de Vrenchen, que parecía dirigirse hacia la ciudad. Vestido descuidada y miserablemente y con las encanecidas barbas sin recortar desde muchas semanas antes, realizaba por completo el tipo del labrador que ha abandonado sus tierras y tiene que dedicarse para vivir a toda clase de sospechosos manejos. Al cruzarse con él, Sali le miró sin odio y más bien respetuoso e intimidado, como si su propia vida estuviese a merced del anciano y prefiriese implorar de él su perdón a obtenerlo por la fuerza. En cambio Marti le miró rencorosamente de arriba abajo y siguió después su camino. El ver que Marti se ausentaba del pueblo aquella tarde regocijó a Sali y le hizo darse clara cuenta de cuál era su propia intención al dirigirse a él. Por senderos harto conocidos desde su niñez, continuó su camino, y entrando en el pueblo por las calles menos frecuentadas, se halló en seguida frente a la granja del padre de Vrenchen. Hacía muchos años que no se había acercado tanto a ella, pues aun en aquellos en que todavía habitaban todos en el pueblo se guardaban muy mucho los adversarios de aproximarse unos a otros. Por esta razón le admiró ver que en casa de Marti había sucedido lo mismo que antes en la suya, y se quedó espantado ante la ruina que denotaba el aspecto de la granja. Su dueño había sido desposeído de todas sus tierras una tras otra, y ya sólo le quedaba la casa con un poco de huerta aneja a ella, y el haza situada sobre la colina junto al

río, de la cual no quería desprenderse y la defendía hasta lo último.

Mas ni aun esta última tierra que le quedaba podía decirse que la cultivase seriamente, y sobre ella no ondulaba ya como antes, al llegar la época de la recolección, un hermoso mar de espigas. Rebuscando Marti en las arcas y graneros los restos de semillas que en ellos habían quedado olvidadas, las sembró todas, y unas junto a otras crecieron las cosas más distintas, patatas, remolachas y zanahorias, semejando aquel campo una descuidada huerta o un muestrario, del cual se arrancaban un día, para satisfacer el hambre, unas cuantas patatas, y al siguiente un puñado de zanahorias, dejando que lo que no se necesitaba inmediatamente creciese a su guisa o se pudriese sobre el terreno. Todo el que quería entraba y recorría aquel campo, que acabó por presentar igual aspecto que el abandonado barbecho causa de tanta desdicha. En toda la casa no se veía ni rastro de que su dueño se dedicase a labrar o cultivar nada. El establo se hallaba vacío y la puerta colgaba sujeta sólo por uno de sus goznes. Innumerables arañas habían tejido en el establo sus telas, cuyos hilos brillaban a la luz del sol. A la puerta de la granja, por la cual habían entrado en otro tiempo los ricos dones de la tierra, colgaban ahora unos viejos y remendados utensilios de pescar, que denunciaban la nueva y miserable ocupación del antiguo labrador. En el corral no se veía ni una sola gallina, ni una paloma, y ni perro ni gato asomaban su hocico por

aquellos tristes parajes. Lo único vivo que aun existía allí era la fuente, y para eso tampoco echaba el agua por el caño, sino que la dejaba salir por una rendija junto al suelo, de manera que, formando un pequeño surtidor, subía hasta la altura del caño y se desparramaba luego formando pequeños charcos. Esto era la señal más clara del descuido y la pereza que en la casa reinaban, pues Marti hubiera podido con poco trabajo tapar la grieta y arreglar el caño, evitando que su hija tuviera que lavar en los poco profundos charcos del suelo, en vez de hacerlo cómodamente en la pila, que no recibía ahora ni gota de agua. El aspecto de la casa era igualmente lamentable. En las ventanas quedaban pocos cristales sanos. Unos se sostenían aún, unidos sus pedazos por tiras de papel, y otros faltaban por completo. Pero aun así, eran las ventanas lo más agradable a la vista de la casa toda, pues relucían y brillaban, a fuerza de limpieza, como los ojos de Vrenchen, y como a éstos sentaban y adornaban los oscuros ricillos que sobre ellos caían y el rojo y amarillo pañuelo de algodón, adornaban y alegraban las relucientes ventanas las matas trepadoras que hasta ellas llegaban subiendo por las paredes de la casa: una verde enredadera y una olorosa mata de alhelíes encarnados y amarillos. La enredadera crecía al pie de la casa, y para subir por sus paredes tenía diversos apoyos y puntos de partida. Aquí era un rastrillo cuyo mango se apoyaba en los muros; más allá, el palo de una vieja escoba, y luego, un



espontón o alabarda, todo cubierto de orín, que había pertenecido al abuelo de Vrenchen cuando fué sargento. Por último, una alta escalera de mano, que no se había movido del sitio en que se hallaba desde hacía muchos años, permitía a la enredadera subir hasta por encima de las ventanas y dejar caer sus verdes ramas sobre ellas, como los ricillos negros de Vrenchen sobre sus ojos. Tales casa y granja, de aspecto más pintoresco que laborioso, no tenían ninguna otra en su vecindad y tampoco asomaba en aquel día por allí alma viviente, de manera que Sali pudo situarse a una treintena de pasos de ella, apoyado en un viejo y medio derruido hórreo, y dedicarse, sin que nadie le estorbase, a la contemplación de aquellos silenciosos y desiertos lugares. Llevaba ya algún tiempo dedicado a ella, cuando apareció Vrenchen en la puerta y miró durante largo rato hacia fuera, como embargada por un pensamiento fijo. Sali, sin apartar la vista de la muchacha, permaneció inmóvil en su sitio. Por fin miró ella casualmente hacia el lugar en que él se hallaba. Sus miradas se encontraron, y por unos minutos permanecieron fijas una en otra, como si ambos contemplasen una aparición ilusoria, hasta que Sali echó a andar lentamente hacia Vrenchen, atravesando la calle y el jardín de la casa. Al aproximarse a Vrenchen, le tendió ésta las manos, exclamando:

—¡Sali!

El cogió aquellas manecitas sin apartar sus ojos

de los de ella, que se llenaron de lágrimas. Enrojeciendo bajo la mirada de Sali, dijo la muchacha:

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Nada más que verte—respondió él—. ¿No quieres que volvamos a ser buenos amigos?

—¿Y nuestros padres?—preguntó ella, inclinándose hacia tierra su llorosa cara, ya que no podía cubrírsele con las manos, que Sali retenía aún entre las suyas.

—¿Qué culpa tenemos nosotros de lo que han hecho ellos?—replicó Sali—. Quizá todo se arregle uniéndonos nosotros fuertemente y queriéndonos mucho.

—Lo pasado no tiene ya arreglo posible—suspiró Vrenchen—. Sigue tu camino.

—¿Estás sola?—preguntó el muchacho—. ¿No puedo entrar un momento en tu casa?

—Padre fué a la ciudad, y según me dijo, a tratar de jugarle alguna mala partida al tuyo. Pero no debes entrar en casa; ahora no hay quien nos vea, mas quizá luego te viera alguien al salir. Te ruego que te vayas ahora que no hay nadie en el camino.

—No puedo irme así. Desde ayer no he podido dejar de pensar en ti un solo momento. Tenemos que hablar por lo menos media hora. Estoy seguro que ello nos hará bien a los dos.

Vrenchen reflexionó un momento y dijo:

—Todas las tardes, al anochecer, voy a recoger unas cuantas legumbres a nuestro campo. Ya sabes tú cuál, pues no nos queda mas que ese. Hoy

no habrá nadie por aquellos sitios; la gente está toda ocupada segando cada cual lo suyo. Si quieres, vé a esperarme allí. Pero ahora vete y cuida de que nadie te vea. Aunque nadie del pueblo nos trata ya, armarian tanto ruido y tanto chisme, que mi padre acabaría por enterarse.

Se soltaron las manos, pero volvieron a cogérselas en seguida, y ambos se dirigieron a un tiempo la misma pregunta:

—Y a ti, ¿cómo te va?

Pero en vez de contestarse, repitieron la pregunta de nuevo y la respuesta sólo se vió en sus ojos, que hablaron elocuentemente, ya que ellos, a usanza de enamorados, no encontraban palabras. Por último se separaron, medio venturosos y medio tristes.

—En seguida iré yo—le dijo aún Vrenchen—. Vete tú allí directamente.

Sali subió a la silenciosa y bella colina sobre la cual se extendían las dos tierras. El magnífico sol de julio, las blancas nubes que pasaban con lentitud sobre el ondulante trigo maduro, y el brillante río azulado que corría rumoroso al pie de la colina, produjeron, por primera vez desde hacía muchos años, en el ánimo de Sali un sentimiento de serena felicidad en lugar de melancolía. En los límites del campo de Marti se tumbó en el suelo, a la semisombra transparente de los trigos que crecían en el campo vecino, y contempló el cielo, lleno de paz y de ventura.

Aunque apenas había transcurrido un cuarto de

hora cuando llegó Vrenchen y durante este tiempo no había hecho él otra cosa que pensar en ella y en su felicidad, se sorprendió, sin embargo, al verla surgir de repente a su lado y sonreírle inclinándose hacia él. Alegremente sobrecogido, se levantó de un salto, exclamando: «¡Vreeli!» Y le cogió las manos, que ella le tendía sonriéndole en silencio. Sin soltarse de la mano echaron a andar a lo largo del trigo, que ondulaba con suave murmullo a impulsos del viento, y, sin hablar apenas, descendieron hasta el río, para después volver a subir por los flancos de la colina. Dos o tres veces recorrió la venturosa pareja aquel camino serena y silenciosamente, semejando en su paso sobre la suave curva de la soleada colina a una constelación que realizara su cotidiano camino, como un día lo habían semejado en su marcha segura los arados de Manz y Marti. Mas cuando en uno de sus paseos alzaron los ojos de las azulinas en cuya contemplación se habían absorbido, vieron que delante de ellos marchaba una obscura estrella, un hombrecillo vestido de negro, que había surgido de pronto sin que ellos supieran por dónde. Probablemente había estado hasta aquel momento oculto entre los trigos. Vrenchen se estremeció, y Sali exclamó asustado: «¡El violinista negro!» El hombrecillo llevaba, en efecto, bajo el brazo un violín con su arco correspondiente, y su aspecto general era casi negro en absoluto. Vestía un casacaón de color de hollín y se tocaba con un negro sombrerete de fieltro. Negros como la pez eran

sus cabellos y su descuidada y larga barba, y hasta su cara y sus manos estaban ennegrecidas por la clase de trabajos a que se dedicaba, consistentes, a más del arreglo y limpieza de calderos, en ayudar a los carboneros del bosque. El violín lo llevaba siempre consigo por si se presentaba ocasión de sacar provecho de su habilidad en alguna fiesta campesina. Sali y Vrenchen anduvieron sin hablar palabra detrás de él, pensando que acabaría por salir de aquellas tierras y desaparecer sin mirar hacia atrás, cosa que parecía probable, dado que hasta aquel momento no había dado señal alguna de haber descubierto la presencia de los amantes. Estos parecían hallarse bajo el poder de una extraña influencia que les impedía huir apartándose de la estrecha senda que seguía el extraño hombrecillo, al cual siguieron involuntariamente hasta llegar al extremo del campo sobre el que se levantaba el famoso montón de piedras que cubría el trozo de tierra causa y principio del ruinoso litigio. Una infinita cantidad de amapolas y rojas adormideras habían crecido entre las piedras, dando a todo el montón un ardiente color de fuego. De un rápido salto subió el negro violinista sobre la roja pirámide de piedras, y desde su cima dirigió la vista en derredor suyo. La amorosa pareja se detuvo, mirando embarazada al hombrecillo negro. No se atrevían a volverle la espalda ni podían seguir adelante, pues el camino se acercaba ya al pueblo. Al verlos, gritó el violinista:

—¡Os conozco: sois los hijos de aquellos que me

han robado este suelo que piso y que era mío! Mas, para mi alegría, ello os ha traído la desgracia. Aun he de veros seguir, antes de que me llegue a mí el turno, el camino prescrito a toda carne perecedera. ¡Miradme bien, estúpidos! ¿Os gusta mi nariz?

En realidad, el negro violinista poseía una nariz espantosa, que surgía como una puntiaguda escuadra de la enflaquecida y negra cara. Bajo tal monstruoso apéndice aparecía la boca, un redondo agujero pequeñísimo, arrugado y recogido como si siempre estuviera silbando, soplando y cuchicheando. El repulsivo aspecto de este rostro se hallaba aún realzado por el negro sombrero de fieltro, que no era ni redondo ni puntiagudo, sino de una tan extraña forma que sin moverse parecía cambiar de figura a cada momento. De los ojos del hombrecillo no se divisaba mas que lo blanco, pues las pupilas se movían veloces de uno a otro lado, como liebres perseguidas, sin pararse jamás en un punto.

—¡Miradme bien!—continuó—. Vuestros padres saben perfectamente quién soy, y todos los del pueblo lo saben también con sólo mirar mi nariz. Hace años anunciaron que el dinero producto de la venta de esta tierra estaba a disposición de los herederos del que fué su dueño. Veinte veces me he presentado a reclamarlo. Pero me faltaba la partida de bautismo, me faltaba el certificado de mi nacimiento, y mis amigos, los vagabundos sin patria que lo habían presenciado, no podían servirme de testigos. Así ha transcurrido el plazo, mi

derecho ha prescrito y yo me he quedado sin el dinero, que podía haber empleado en emigrar a países más hospitalarios. Rogué a vuestros padres que atestiguaran mi derecho. En su conciencia sabían que era yo el heredero de esta tierra, pero me arrojaron de sus casas. ¡Y ahora ellos también van camino del infierno! Así es el mundo, y yo no he de guardaros rencor por ello. ¡Si queréis, tocaré el violín para haceros bailar!

Con estas palabras saltó del montón de piedras y se alejó camino del pueblo, en el que aquella tarde al anochecer se iba a celebrar la bendición de la cosecha y había gran fiesta con tal motivo. Cuando desapareció, Sali y Vrenchen se dejaron caer sobre el montón de piedras, turbados y confusos, soltándose las manos y apoyando en ellas sus entristecidos rostros. La aparición del violinista y sus palabras los habían sacado de la feliz inconsciencia en la que habían estado mientras paseaban arriba y abajo como dos chiquillos. Sentados ahora sobre aquella dura tierra, causa y origen de su desgracia, sintieron entenebrecerse la luz interior que había iluminado sus corazones durante toda la tarde.

En esto se acordó Vrenchen de repente de la extraña figura del violinista y de su monstruosa nariz, y echándose a reír sin poderlo remediar, exclamó:

—¡El pobre hombre es ridículo de veras! ¡Vaya una nariz!

Y una graciosa alegría llena de luz volvió a

aparecer en su rostro, como si el apéndice nasal del hombrecillo hubiese hecho huir ante ella las negras nubes que hacía un instante la ensombrecían. Sali miró a Vrenchen y observó aquella alegría. Pero ella había olvidado ya la causa que la produjo, y ahora reía aún más de la asombrada cara de su compañero, el cual acabó por reírse también involuntariamente, y sin apartar de ella los ojos, aturdido y ansioso como un hambriento que encontrase de pronto ante sí una blanca hogaza candeal, exclamó:

—¡Dios mío, Vrenchen, qué bonita eres!

La muchacha siguió riendo a más y mejor, y de su garganta salieron a borbotones graciosos acentos y trinos que parecieron a Sali bellos como el canto del ruiseñor.

—¿Dónde has aprendido a reír así?—le dijo—. ¿Qué brujerías son esas con que me estás hechizando?

—¡Ay, Dios mío!—respondió ella con dulce voz y cogiéndole una mano—. Mi risa no tiene nada de brujería. ¡Si vieras cuánto tiempo hace que tenía ganas de poder reír a mi gusto! Estando sola reía alguna vez, mas ello no me satisfacía como ahora. Ahora quisiera reírme siempre que estuvieras a mi lado, y quisiera que lo estuvieses siempre. ¿Y tú? ¿Me quieres también un poco?

—¡Oh, Vreeli!—exclamó Sali, mirándola rendida y amorosamente a los ojos—. Nunca, como si supiese que llegaría a quererte un día, he reparado en ninguna otra mujer. Sin quererlo yo ni



darme cuenta de ello, te he llevado siempre dentro de mí.

—También yo a ti—replicó Vrenchen—. Y tanto más cuanto que tú ni siquiera sabías cómo había llegado yo a ser con los años, pues nunca me miraste, y yo en cambio te miraba siempre desde lejos, y algunas veces, a escondidas, muy de cerca. Así supe siempre cómo eras. ¿Te acuerdas cuántas veces vinimos de niños a este mismo sitio? ¿Y de nuestro cochecito? ¿Qué pequeños éramos entonces y cuánto tiempo hace! Se diría que somos ya viejos.

—¿Cuántos años tienes ahora?—preguntó Sali—. ¿Diez y siete?

—Y medio—respondió Vrenchen—. ¿Y tú? Pero no tienes que decírmelo; lo sé yo. Vas a cumplir los veinte.

—¿De dónde lo sabes?—preguntó Sali.

—¿Adivínalo!

—Dímelo tú.

—No quiero.

—Me lo tendrás que decir por fuerza.

—¿Me vas a obligar?

—¿Ahora lo verás!

Estas simplezas condujeron a Sali a fingirse cólerico, y simulando querer castigar a la muchacha para obligarla a contestar, la acarició tímidamente. Ella, defendiéndose, respondía sonriente a aquellas tonterías, que para ambos estaban llenas de gracia y de dulzura, hasta que Sali sintió valor suficiente para apoderarse de sus manos y, empuján-

dola, hacerla caer sobre la roja alfombra de amapolas, dejándola echada en el suelo. El sol la daba de lleno en el rostro, haciéndola parpadear rápidamente; sus mejillas estaban rojas como la púrpura y en su boca semiabierta brillaban dos hileras de blanquísimos dientes. Las bien dibujadas cejas trazaban sus negrísimos rasgos por cima de los ojos, y su pecho juvenil subía y bajaba retozón bajo sus manos, que contra él mantenían sujetas las de Sali, a pesar de los intentos que ella hacía por libertarse, dando ocasión a un cariñoso juego, en el que tan pronto forcejeaban como se acariciaban. Sali no sabía lo que le pasaba al ver ante sí a la bella y esbelta criatura y saberla suya. Le parecía haber conquistado un reino.

—Tienes los mismos dientes y tan blancos como antes—dijo él riendo—. ¿Te acuerdas cuántas veces los contamos en otro tiempo? ¿Has aprendido ya a contar?

—¡No son los mismos, tonto!—exclamó Vrenchen—. Aquellos se me cayeron hace ya mucho tiempo.

Sali, lleno de ingenuidad infantil, quiso renovar aquel antiguo juego y contar las perlititas de la boca de Vrenchen; mas ella cerró de pronto sus rojos labios e incorporándose comenzó a tejer una corona de amapolas, que luego colocó sobre su cabeza. La corona era grande y con muchas flores y daba a la muchacha un aspecto lleno de un encanto fantástico. El pobre Sali, en aquel momento tuvo vivo entre sus brazos algo que los ricos hu-

bieran pagado muy caro sólo por contemplarlo pintado sobre sus muros. A los pocos momentos se puso la muchacha en pie de un salto y exclamó:

—¡Uf! Qué calor hace aquí. Somos tontos en dejarnos abrasar de esta manera por el sol. Vamos a sentarnos entre los trigos.

Sin dejar huella de su paso, entraron por medio del trigal y se sentaron, como en un estrecho calabozo, entre las doradas espigas, que, sobresaliendo por cima de sus cabezas, ocultaban a sus ojos el mundo entero, no dejándoles ver más que el profundo azul del cielo. Allí se abrazaron y besaron sin cesar hasta cansarse, si es que puede llamarse cansancio aquel momento en que en las caricias de los enamorados aparece un beso que se sobrevive a sí mismo uno o dos minutos sin ser substituído por otro, dejando adivinar en medio de la embriaguez del pleno florecimiento la inestabilidad de las cosas humanas. Sobre sus cabezas oyeron el canto de las alondras. Sus jóvenes ojos penetrantes escudriñaron el cielo para divisarlas, y cada vez que lograban ver pasar una de ellas rápidamente ante el sol como una errante estrella que encendiéndose de repente surcase el celeste azul, se besaban en premio, tratando de aventajarse y engañarse mutuamente en el número de alondras que lograban ver.

—Mira, ahí va una—murmuraba Sali.

—La oigo, pero no la veo—respondía Vrenchen, también en voz baja.

—Fíjate bien. Allí, al borde de aquella nubecita blanca; un poco hacia la derecha.

Y de antemano avanzaban y entreabrían sus picos, como pequeñas codornices en su nido, para juntarlos uno contra otro en cuanto se figuraban haber llegado a ver a la alondra. Una de estas veces se quedó inmóvil Vrenchen y exclamó:

—¿De modo que esto es hecho? ¿Tú tienes ya una novia y yo un novio?

—Eso parece—respondió Sali.

—¿Y qué te parece tu novia?—preguntó ella—. ¿Cómo es? ¿Qué tienes que decir de ella?

—Mi novia es una cosita muy mona—respondió el muchacho—. Tiene ojos negros, una boquita muy encarnada y anda en dos pies. Pero de lo que es por dentro sé tanto como del Papa que vive en Roma. ¿Y tú, qué tienes que decir de tu novio?

—Mi novio tiene los ojos azules, una boca muy pícara y dos brazos muy fuertes y muy atrevidos. Mas sus pensamientos me son tan conocidos como el emperador de Turquía.

—La verdad es—repuso Sali—que nos conocemos tan poco como si nunca nos hubiésemos visto. El tiempo que hemos estado separados nos ha hecho extraños el uno al otro. ¿Cuéntame las cosas que han pasado por tu cabecita, niña mía querida!

—¡Ay, muy pocas! Mil locuras llenaban mi imaginación, pero mi vida ha sido siempre tan triste que nunca he podido hacer ninguna.

—¿Y piensas hacer todavía alguna?

—Si me quieres mucho, ya lo irás viendo.

—¿Cuándo? ¿Cuando seas mi mujer?

Vrenchen tembló ligeramente al oír esto y se apretó aún más contra Sali, besándole de nuevo tierna y largamente, mientras se le saltaban las lágrimas. Ambos se entristecieron al acudir a su pensamiento el recuerdo de la enemistad de sus padres y la idea de su porvenir, tan pobre en esperanzas. Vrenchen sollozó y dijo:

—Levántate. Tengo que irme.

Y ambos salieron del trigal cogidos de la mano, hallándose de repente ante el padre de la muchacha, que estaba acechándolos. Con la penetración que da la ociosidad miserable, había Marti comenzado a reflexionar, al cruzarse con Sali en el camino, qué es lo que le llevaría hacia el pueblo, y continuando su marcha hacia la ciudad recordó los sucesos de la víspera. El rencor y la ociosa maldad que le poseían iluminaron su inteligencia, acabando por ponerle sobre la pista de lo que realmente sucedía, y en cuanto sus sospechas tomaron cuerpo se volvió desde las primeras calles de Seldwyla, a las que ya había llegado, corrió hacia la aldea y buscó a su hija por la casa y los campos de alrededor. No hallándola, se dirigió, lleno de creciente ansia de comprobar sus sospechas, a la única tierra que le quedaba, y viendo en ella el cesto que Vrenchen solía llevar para recoger las legumbres, mas sin divisarla a ella por ninguna parte, se dedicó a registrar el vecino campo de trigo en el momento

en que surgía la asustada pareja, quedándose ante él como petrificada.

Marti, pálido como un muerto, los miró lleno de ira y comenzó a gesticular y blasfemar como un poseído. Luego se lanzó contra el muchacho para ahogarle entre sus brazos. Sali, lleno de pavor ante aquel loco, esquivó su acometida y huyó algunos pasos; mas volvió a acercarse al ver que el viejo labrador cogía a su hija y, dándole una bofetada que hizo volar la corona de amapolas, la agarraba por los cabellos para arrastrarla tras de sí y seguir maltratándola. Sin reflexionar, lleno de angustia y de ira al ver a Vrenchen así atropellada, alzó del suelo una piedra y la lanzó contra la cabeza del anciano. Este se tambaleó al recibir el golpe y cayó luego sin conocimiento sobre el montón de piedras, arrastrando en su caída a su hija, que gritaba empavorecida. Sali, aproximándose, soltó los cabellos de la muchacha de la mano que aun los mantenía asidos, la ayudó a levantarse del suelo y quedó luego en pie, inmóvil como una estatua, junto al caído, sin saber qué hacer y con el pensamiento vacío. Vrenchen, al ver a su padre en tierra y como muerto, ocultó su pálida cara entre las manos, y dirigiéndose a Sali le dijo:

—¿Le has matado?

Sali asintió en silencio. Ella gritó:

—¡Ay, Dios mío! ¡Era mi padre! ¡Pobre padre mío!

Y desesperada, se arrojó al suelo junto a él, alzándole del suelo la cabeza, en la que no se no-

taba herida ni sangre alguna. Luego la volvió a dejar sobre el suelo. Sali se arrodilló al otro lado del caído y ambos contemplaron silenciosos y paralizados su rostro sin vida. Por fin exclamó Sali, por decir algo y romper aquel mortal silencio:

—¡No puede haber muerto así tan de repente! Quizá no haya acabado aún.

Vrenchen cogió una hoja de amapola, la colocó sobre los labios de su padre y advirtió que se movía ligeramente.

—Aun respira—gritó—. Corre a la aldea y pide socorro.

Sali se levantó e iba a echar a correr, cuando ella le detuvo con un gesto y le dijo:

—Pero tú no vuelvas por aquí, ni cuentes nada de lo pasado. También yo lo callaré, y nadie logrará sacarme una palabra.

Al decir esto volvió sus ojos hacia el pobre muchacho y las lágrimas surcaron su bello rostro, mientras añadía:

—Ven; bésame por última vez. Pero no, no puede ser. Vete. Estamos separados para siempre.

Y le rechazó lejos de sí.

Sali corrió hacia el pueblo. Al llegar a él encontró a un muchacho a quien no conocía, y le encargó de ir a buscar auxilio a las casas más próximas, señalándole el sitio en que la ayuda era necesaria. Luego huyó desesperado y vagó toda aquella noche por el cercano bosque. A la mañana se acercó a los campos para averiguar lo que había pasado, y oyó decir a los labradores que con

el alba se dirigían a sus faenas que Marti vivía aún, pero sin dar cuenta de sí y que era muy extraño el caso, pues nadie sabía cómo había sucedido la desgracia. Después de esto regresó a la ciudad y se ocultó en la obscura miseria de su casa.

\* \* \*

Vrenchen cumplió su palabra y nada se pudo sacar de ella, fuera de que también había encontrado a su padre tumbado en el suelo sin conocimiento, ignorando lo que hasta aquel momento hubiera sucedido. Y como al día siguiente ya estaba Marti fuera de peligro, respirando y moviéndose con fuerza, aunque sin haber recobrado por completo su conocimiento, y no había además quien se querellase de nada, se admitió por todos que el anciano había vuelto borracho de la ciudad,hiriéndose al caer sobre las piedras, sin que nadie se metiese en más averiguaciones. Vrenchen le cuidó con todo esmero, no separándose de su cabecera mas que para ir en busca de las medicinas que el doctor prescribía o preparar para sí misma una mala sopa de coles, que era su única comida, a pesar de tener que estar en vela noche y día, sin nadie que le prestase ayuda. Transcurrieron cerca de seis semanas antes de que el enfermo llegara a salir de la inconsciencia completa en que el golpe le había sumido, aunque ya antes de este tiempo pudiera comer e incorporarse algo en el lecho. Mas con las primeras palabras que pronun-



ció, vióse que su razón había huído para siempre, siendo substituída por una extraña locura. Recordaba muy obscuramente lo pasado, y lo recordaba como algo muy regocijante con lo cual ya no tuviera él nada que ver. Reía de continuo y parecía tranquilo y de buen humor. Sin levantarse aún de la cama, no dejaba de hablar incoherentemente, diciendo toda clase de tonterías y chanzonetas, haciendo muecas y calándose hasta el cuello el negro gorro de punto, bajo el cual tomaba su nariz la forma de un ataúd cubierto por un paño mortuario. Vrenchen le escuchaba con paciencia infinita, vertiendo lágrimas ante aquella locura, que la angustiaba aún más que la anterior dureza. Mas cuando su padre decía o hacía algo demasiado cómico y extravagante, no podía reprimirse y soltaba la carcajada en medio de su hondo dolor, pues su oprimida naturaleza estaba como un arco en tensión, siempre dispuesta a soltar la flecha de su inagotable alegría. A estos momentos seguía una más honda turbación. Cuando llegó el día en que Marti pudo abandonar el lecho, no hubo ya medio de hacer carrera de él. Riendo y haciendo mil simplezas, vagaba en derredor de la casa, se sentaba al sol con la boca abierta y la lengua colgando o dirigía largos discursos a las matas de judías que trepaban por las tapias de la huerta.

Por aquellos días perdió los últimos restos que de sus antiguas propiedades le quedaban. Su ruina llegó hasta el punto de anunciarse la subasta ju-

dicial del último pedazo de tierra que poseía y de la misma casa en que se albergaban él y su hija, todo ello hipotecado hacía ya mucho tiempo. A este total despojo contribuyó mucho un labrador que, habiendo comprado a Manz sus dos tierras de sobre la colina, quiso, aprovechándose de la locura de Marti, hacerse de la última que aun quedaba en poder de éste, colindante con aquéllas, y para conseguirlo dió un nuevo impulso al pleito pendiente sobre el pedacito en que se erguía el famoso montón de piedras, terminando el litigio con un fallo desfavorable para el infortunado demente, al cual, después que fueron subastadas su tierra y su casa, se recluyó en un manicomio sostenido por el Municipio. Este establecimiento se hallaba situado en la capital de aquel territorio, y allí fué trasladado Marti, a quien la locura parecía haber devuelto una fuerte salud y un insaciable apetito. El traslado se verificó en una carreta de bueyes, conducida por un pobre labrador a quien se pagó por ello, y que aprovechó la ocasión para cargar un par de sacos de patatas y tratar de venderlas en el mercado. Vrenchen subió con su padre a la carreta, para acompañarle en su último viaje a la sepultura en que iba a quedar enterrado vivo. Fué aquél un triste y amargo viaje; mas Vrenchen cuidó solícita de su padre, sin impacientarse ni volverse a mirar atrás cuando la gente de los lugares por que atravesaron, atraída por los gestos y cabriolas del demente, seguía a la carreta entre grandes risas. Por fin llegaron al amplio edificio que

constituía el final de su jornada. Los anchos corredores, el amplio patio y el alegre jardín por los que cruzaron estaban habitados por una multitud de pobres diablos semejantes a Marti, vistiendo todos un blanco blusón y cubriendo sus duras cabezas con un irrompible gorro de cuero. También Marti fué trajeado de esta guisa, cosa que le hizo regocijarse como un niño y salir cantando y bailando por los corredores, en los cuales, al encontrarse con sus nuevos compañeros, exclamó:

—Salud, señores. ¡Vaya una casa bonita que tenéis! Vuelve al pueblo, Vrenchen, y dile a la madre que yo estoy aquí muy bien y no pienso volver. ¡Viva! Un erizo cruza el monte,—lo he oído yo ladrar;—no beses, niña, a los viejos,—que ellos no saben besar.—Todas las aguas se vierten en el Rin;—la de los ojos verdes me gusta mucho a mí. ¿Te vas ya, Vreeli? ¿Por qué estás tan triste? Yo estoy muy alegre y lo pasaré aquí muy bien. La zorra va por el campo,—miradla qué triste va. ¡Hop, hop, hop!...

Un vigilante le impuso silencio y le encomendó un ligero trabajo. Vrenchen regresó a la carreta, y después de comer un mendrugo de pan se durmió hasta que llegó el labrador, y emprendieron la vuelta hacia la aldea, a la que llegaron cerrada ya la noche. La muchacha se dirigió a la casa en que había nacido y en la cual sólo podía permanecer ya un par de días. Por vez primera se hallaba sola en ella. Encendió la lumbre para hacer un poco de café caliente y se sentó junto al hogar, sintiénd-

dose miserable y abandonada. Estando así, con la cabeza apoyada entre las manos, penetró alguien en la obscura casa, cuya puerta había quedado de par en par.

—¡Sali!—gritó al ver al visitante, y se abrazó a su cuello con rápido impulso. Ambos se miraron asustados y exclamaron a una: —¡Qué mala cara tienes!

Sali estaba no menos pálido y desencajado que su amada. Esta, olvidándolo todo, le llevó hacia la lumbre y le dijo:

—¿Has estado enfermo? ¿O es que estos últimos días han sido tan malos para ti como para mí?

—No—respondió Sali—; si algo tengo es tan sólo el deseo de volverte a ver. Precisamente ahora marcha todo muy bien en mi casa. Mi padre se ha hecho una clientela de gente maleante, y sospecho que se dedica a ocultar y vender objetos robados. De este modo, la taberna está siempre llena de una chusma asquerosa. Esto durará hasta el día en que la cosa se descubra y todo acabe desastrosamente. Mi madre, llevada por el ansia avariciosa de verse por fin con algún dinero, ayuda a los negocios y cree hacerlos lícitos poniendo orden en ellos y tratando de que la casa esté limpia y arreglada. A mí nada me han dicho ni consultado, cosa en que han hecho muy bien, pues nada de este mundo me importa y no hago más que pensar en ti día y noche. Como ahora tenemos siempre la casa llena de vagabundos de todos lados, hemos sabido lo que os ha pasado en estos

días, y mi padre, al oírlo, se regocijaba como un niño. Hoy nos enteramos también de que el tuyo había sido llevado al manicomio. He pensado lo sola que estarías y he venido a verte.

Vrenchen le contó entonces todo lo que había sufrido, mas de una manera tan sencilla y confiada como si le estuviese relatando grandes dichas, pues, en efecto, ella se sentía feliz en aquel instante de tener a Sali a su lado. Entre tanto quedó hecho el café, y la muchacha obligó a su amado a compartirlo con ella.

—¿De modo que pasado mañana tienes que abandonar la casa?—dijo Sali—. ¿Y qué va a ser de ti, Dios mío?

—No lo sé—respondió ella—. Tendré que irme de la aldea y ponerme a servir en algún lado. Lo que no podré resistir es estar lejos de ti. Y, sin embargo, sé que nunca podré tenerte para siempre a mi lado. Aunque nada se opusiera a ello, bastaría el haber sido tú quien heriste a mi padre, siendo causa de que perdiera la razón. ¡Mal presagio para nuestra boda! Nunca podríamos estar tranquilos y satisfechos ninguno de los dos.

—También yo—repuso Sali suspirando—he querido cien veces sentar plaza o irme a trabajar muy lejos de estas tierras. Mas no podré marchar mientras tú estés en ellas, y después todo me tendrá sin cuidado. Creo que mi misma miseria hace mayor y más doloroso mi amor hacia ti. Mi amor en la vida y en la muerte. ¡Nunca pensé que pudiera quererme como yo te quiero!

Vrenchen le miró sonriendo amorosamente, y ambos callaron, entregándose a la felicidad de amar y sentirse amados, que dominaba todos sus sufrimientos. Recostados contra la dura pared, sin almohadas ni colchones, se durmieron tan apacible y tranquilamente como dos niños en sus cunas. Sali despertó el primero, cuando ya apuntaba la mañana. Intentó despertar con suavidad a Vrenchen; pero ésta, borracha de sueño, se doblaba entre sus brazos, sin acabar de despabilarse. Por último la besó apretadamente en la boca, y entonces ella se incorporó sobresaltada, con los ojos muy abiertos, exclamando al verle:

—¡Dios mío, Sali! Estaba en este momento soñando contigo. Soñaba que era el día de nuestra boda y que habíamos estado bajando muchas, muchas horas. Eramos muy felices. Estábamos muy bien vestidos y nada nos faltaba. Al final queríamos besarnos y lo deseábamos con toda el alma, pero siempre había algo que nos lo impedía, separándonos con violencia uno de otro. ¡Y eras tú al moverme queriendo despertarme! Pero ahora estoy muy contenta de verte a mi lado.

Y con ansia se abrazó a su cuello, besándole sin acabar nunca.

—¿Y tú?—preguntó ella a su vez, acariciándole el rostro—. ¿Qué has soñado?

—Soñé que andaba por un camino sin fin que atravesaba un bosque, y tú ibas a lo lejos, siempre delante de mí, volviéndote de cuando en cuando para sonreírme y hacerme señas de que te siguie-

ra. Yo me sentía como en el cielo. Y esto es todo.

Por la puerta de la cocina, que había quedado abierta, salieron al aire libre, echándose ambos a reír al verse las caras a la suave luz matinal. La mejilla derecha de Vrenchen y la izquierda de Sali, que durante el sueño habíanse apoyado una en otra, presentaban un subido color rojo, realzado aún más por la blancura de la mejilla opuesta, empalidecida por el frío de la noche. Tiernamente se frotaron uno a otro la mejilla fría y blanca para ponerla a tono con la otra. El fresco aire de la mañana, la silenciosa paz que reinaba sobre los campos de alrededor, cubiertos de rocío, y el naciente rosicler del alba alegraron su ánimo, haciéndolos olvidarse de todo, hasta de sí mismos. En particular, Vrenchen parecía estar poseída del espíritu de la indiferencia.

—Mañana por la tarde—dijo—tendré que abandonar esta casa y buscar albergue en otro lado. Pero antes quisiera pasar un día alegre, claro es que a tu lado, y que bailásemos juntos en cualquier fiesta. No puedo olvidar lo que me gustaba en sueños bailar contigo.

—De todos modos yo no me separaré de ti—respondió Sali—hasta saber dónde encuentras abrigo. También yo quisiera bailar contigo, niñita querida. ¿Pero dónde?

—Mañana hay fiesta en dos aldeas cercanas a ésta—repuso Vrenchen—, y en las que nos conocen poco y no se extrañarán de vernos juntos. Te es-

peraré abajo, junto al río. Luego nos iremos donde nos parezca a divertirnos todo lo que podamos. ¡Por una vez! Pero—continuó entristecida—no es posible. No tenemos dinero.

—Eso no te preocupe—dijo Sali—; ya traeré yo alguno.

—Pero no del de tu padre..., del robado.

—No. Tranquilízate. Venderé mi reloj de plata, que hasta ahora he conservado, y algo me darán por él.

—Bueno. No puedo decirte que no—replicó Vrenchen enrojeciendo—porque creo que me moriría si mañana no pudiese bailar contigo.

—Eso sería lo mejor. ¡Que ambos muriésemos de una vez!—dijo Sali.

Y se abrazaron tristes y llenos de dolor por tener que separarse; mas en seguida volvieron a sonreírse, ante la segura esperanza de verse al siguiente día.

—¿Cuándo vendrás a buscarme?—preguntó Vrenchen.

—A las once de la mañana lo más tarde—respondió él—. Almorzaremos juntos en cualquier lado.

—Bueno; pero mejor será que vengas a las diez y media.

Ya había Sali echado a andar cuando Vrenchen le llamó de nuevo, y con gesto desesperado rompió a llorar amargamente, diciendo:

—No podré ir contigo a ningún lado. No tengo botas que poder llevar a la fiesta. Ayer, para ir a la ciudad, tuve que ponerme estas tan viejas y



destrozadas. ¡Y no tengo dinero para comprar otras!

Sali se quedó confuso, sin encontrar remedio a tan gran desgracia.

—En último caso, lleva esas mismas—le dijo.

—No podría bailar con ellas.

—Entonces hay que comprarte otras.

—¿Dónde? ¿Y con qué?

—¡Bah! En Seldwyla hay bastantes zapaterías y dinero tendré yo dentro de dos horas.

—Pero yo no puedo ir a Seldwyla, y además tu dinero no alcanzará para todo.

—Sí alcanzará. Te compraré unas botas y te las traeré mañana.

—¡Loco! No me servirán las que me compres sin saber la medida.

—Pues dame unas viejas. O si no, no. Te tomaré yo mismo las medidas. No creo que sea ninguna cosa tan difícil.

—Es verdad. No había yo caído en ello. Ven; voy a buscar una cinta.

Volieron a entrar en la cocina. Vrenchen se sentó de nuevo junto al hogar, y recogíendose un poco la falda, se quitó una bota, mostrando su pie cubierto por una blanca media, que no se había descalzado desde que se la puso el día anterior para ir a la ciudad. Sali se arrodilló y tomó lo mejor que pudo la medida del fino piececito, rodeándolo a lo largo y a lo ancho con la cinta, en la que iba haciendo nudos para señalar las distintas medidas. Ella se inclinaba sobre él, sonriéndole

ruborizada. También Sali enrojeció y mantuvo entre sus manos el piececito más tiempo del que necesitó para dar por terminada su faena, hasta que, notándolo la muchacha, lo retiró, poniéndose aún más colorada, y despidió a su novio, después de haberle besado y abrazado de nuevo.

En cuanto Sali llegó a la ciudad vendió su reloj a un relojero, que le dió por él seis o siete florines y otros tantos por la cadena, de plata. Con esto se encontró suficientemente rico, pues nunca había poseído tanto dinero junto. Su único deseo fué desde aquel momento el de que llegara en seguida el siguiente día, que tanta felicidad pensaba él que había de traerle. La obscura inseguridad de los días que a aquel feliz mañana habían de seguir no turbaba para nada su contento, antes bien, realzaba extraordinariamente el brillo y esplendor de la tan deseada alegría próxima. Entrè tanto, la adquisición de los zapatitos de Vrenchen le ayudó a pasar el tiempo, pareciéndole aquella ocupación la más grata a que en su vida se hubiese dedicado. Fué de tienda en tienda, haciendo que le enseñaran todo el calzado femenino que en Seldwyla había, y, por último, compró un par de zapatos ligeros y elegantes, más bonitos que todos los que su novia había tenido nunca. Los escondió debajo de su chaqueta, no abandonándolos en todo el resto del día, y cuando se acostó, los metió debajo de la almohada. Como había visto a su novia aquel día y pensaba volverla a ver al siguiente, durmió con profundo sueño tranquilo hasta que en las pri-

meras horas de la mañana se levantó y comenzó a limpiar y arreglar lo mejor que pudo su modesto traje dominguero. Esta faena extrañó a su madre, que, no habiéndole visto hacía mucho tiempo poner tanto cuidado en su arreglo personal, le preguntó qué es lo que pensaba hacer aquel día. El le contestó que iba a darse un paseo por los pueblos vecinos para distraerse un poco, porque si no aquella obscura casa acabaría por ponerle enfermo. Al oírle, murmuró su padre:

—¿Qué haces estos días, que siempre andas fuera de la ciudad, vagando por ahí?

—Déjalo—contestó la madre—. Quizá eso le siente bien. Da pena ver lo triste y pálido que está.

—¿Y con qué dinero vas a divertirte por esos pueblos? ¿Tienes alguno? ¿De dónde lo has sacado?—interrogó el viejo.

—No lo necesito—respondió Sali.

—Toma: ahí tienes un florín—replicó el padre arrojando una moneda sobre la mesa—. Puedes gastártelo en la posada de nuestra aldea, para que se convenzan de que no nos va tan mal como ellos creen.

—Ni voy al pueblo ni necesito dinero. Puede usted guardárselo.

—Mejor. Dos veces no he de ofrecértelo. Tú te lo pierdes, testarudo—exclamó Manz, volviendo el florín a su bolsillo.

En cambio, su mujer, que sin saber por qué se sentía aquella mañana dolorosamente conmovida

ante su hijo, le trajo un gran pañuelo milanés, negro con bordes rojos, que ella había llevado antes y siempre le había gustado mucho a Sali, y se lo anudó al cuello, dejando sueltos los largos cabos, que caían por delante de la chaqueta. Por primera vez en su vida se ocupó Sali de que el cuello blanco subiese bien tieso hasta las orejas en vez de llevarlo doblado como acostumbraba, y cuando dieron las siete se puso en camino, llevando bajo la chaqueta y apretados contra su pecho los zapatitos de su novia. Al abandonar la casa, una extraña sensación le hizo estrechar las manos de sus padres para despedirse de ellos y volver luego la cabeza hacia la taberna antes de que desapareciese de su vista.

—Me parece—dijo Manz—que este muchacho anda haciéndole la corte a alguna. ¡Es lo único que nos faltaba!

—¡Ojalá!—respondió la mujer—. Puede que topara con su felicidad el pobre chico.

—¡Justo!—gritó el marido—. Será una divina felicidad el que tope con una inútil como tú. ¡Qué gran cosa para él!

Sali se dirigió primero hacia el río, con propósito de esperar allí a Vrenchen, según habían convenido; pero en el camino varió de idea, pareciéndole muy larga la espera hasta las once, y marchó directamente al pueblo para ir a buscarla a su misma casa. «¡Qué nos importa lo que la gente diga! —pensaba—. Nadie nos tiende una mano auxiliadora. Además, yo obro con toda honradez y no debo

tener miedo a nadie. Con estos pensamientos entró inesperadamente en casa de su novia, y más inesperadamente aún la halló ya vestida y compuesta, esperando que llegara el momento de marchar. Sólo los zapatos le faltaban. Sali se quedó inmóvil y con la boca abierta en medio de la habitación al ver lo bonita que estaba la muchacha. Se había puesto un traje de hilo azul, muy sencillo, pero limpiísimo y casi nuevo, y que además sentaba admirablemente a su esbelto y fino cuerpo. Un blanco chal de muselina completaba el tocado. Los rizos que formaban sus morenos cabellos no caían en desorden sobre su frente, como de ordinario, sino que se hallaban graciosamente repartidos en derredor de la fina cabecita. Como Vrenchen hacía muchas semanas que apenas había salido de su casa, el color de su tez se había hecho más tierno y transparente; pero en esta transparencia vertían ahora el amor y la alegría una ola tras otra de vivo carmín. Prendido en el pecho llevaba un precioso ramillete formado de una ramita de romero, varias rosas y algunas magníficas adelfas. Estaba sentada junto a una abierta ventana y respiraba suave y tranquilamente la fresca y soleada atmósfera matinal. Al entrar Sali, le tendió sus torneados brazos, que llevaba desnudos hasta el codo, y exclamó:

—¡Qué bien has hecho en venir a buscarme aquí antes de la hora en que nos citamos! ¿Me has traído los zapatos? ¿De verdad? Ya no me levanto hasta tenerlos puestos.

Sali sacó del bolsillo los ansiados zapatos y se los dió a la impaciente bella. Esta lanzó lejos de sí las viejas botas y se los puso, hallándose perfectamente dentro de ellos. Hasta entonces no se levantó de la silla. Luego dió unos pasos arriba y abajo, alzándose un poco el largo vestido azul y mirando encantada los rojos lazos que adornaban su nuevo calzado, mientras Sali contemplaba aquella linda figurita que, poseída de una graciosa excitación, iba y venía ante sus ojos.

—¿Miras mis flores?—le preguntó ella—. ¿Verdad que he logrado formar un ramo bien precioso? Son las últimas que he podido encontrar por estos desiertos, una aquí y otra allá. Nadie diría al verlas ahora juntas que me ha costado tanto trabajo reunir las ni que son los restos de una primavera que va a morir. Ahora ya es tiempo que abandone esta casa. Nada queda ya en ella. Ni tampoco una sola flor en el jardín.

Sali miró en torno suyo y vió que todos los muebles y utensilios habían desaparecido.

—¡Pobre Vreeli!—exclamó—. ¿Todo te lo han quitado ya?

—Ayer vinieron a llevarse todo lo que podían mover de su sitio. Apenas si me han dejado la cama, y yo la he vendido esta mañana. Mira: también yo tengo dinero.

Y sacó unas relucientes monedas de su bolsillo.

—Con este dinero—continuó—me dijo el alcalde, que también estuvo aquí, que podía vivir hasta

que encontrase acomodado en la ciudad, para la cual debía salir hoy mismo.

—¡Pero si no te han dejado nada!—dijo Sali, que se había asomado a la cocina—. Ni una sartén, ni un cuchillo. ¿Cómo has comido esta mañana?

—No he tomado nada. Hubiera podido salir y comprar algo, pero pensé que sería mejor tener después más hambre al almorzar contigo. No puedes figurarte lo que me entusiasma pensarlo. ¿Y tú?

—Si pudiera abrazarte—respondió—, ya te demostraría yo lo que siento a tu lado, niña mía querida.

—Tienes razón en no hacerlo: estropearías todo mi tocado. Y si respetamos un poco mis flores, ello irá en ventaja de mi cabeza, que tienes la costumbre de trastornármela toda.

—Entonces, anda. Vámonos de aquí.

—No. Tenemos que esperar a que vengan a llevarse la cama. En cuanto se la lleven, cerraré la casa vacía y a la que ya nunca volveré. Las pocas ropas que aun tengo me las guardará la mujer que me ha comprado la cama.

Se sentaron uno frente a otro y esperaron hasta que aquélla llegó. Era una tosca labradora muy charlatana y venía acompañada de un muchachillo para ayudarla a cargar con el mueble. Al ver a Vrenchen tan compuesta y con Sali a su lado, abrió desmesuradamente ojos y boca, y dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo, gritó:

—Bien empiezas, Vreeli. Vestida como una princesa y con un visitante.

—Verdad es—replicó Vrenchen sonriendo con afabilidad—. ¿Sabes tú quién es éste?

—Creo que sí: Sali, el hijo de Manz. Por eso se dice que lo único que no se junta nunca es el valle con la montaña. Pero no olvidéis lo que les pasó a vuestros padres.

—Ahora han variado las cosas y todo se ha arreglado—continuó Vrenchen con una amable confianza comunicativa—. Sali es ahora mi prometido.

—¿Tu prometido? ¿Qué es lo que dices?

—Sí, sí; mi prometido. Y además es muy rico. Le han tocado cien mil florines a la lotería. ¡FíguRATE!

La mujer dió un salto y juntó las manos asustada, gritando:

—¡Ci... cien mil florines!

—Cien mil—aseguró Vrenchen con toda seriedad.

—¡Dios mío de mi vida! ¡No es posible! ¡Me estás engañando!

—¡Cree lo que tú quieras!

—Pero si es verdad y vas a casarte con él, ¿qué piensas hacer con tanto dinero? ¿Vas a convertirte en toda una señorona?

—Claro. Dentro de tres semanas celebraremos la boda.

—¡Quita de ahí, mentirosa!

—Bueno. Ya ha comprado Sali la mejor casa de Seldwyla, con un gran jardín y un buen viñedo. Supongo que me visitaréis alguna vez. Cuento con ello.

—Calla, diablillo tentador.



—Ya veréis qué bonita es la casa. Cuando vayáis a verme os haré un café excelente y lo tomaréis con un gran bollo untado con manteca y miel.

—Iremos, iremos—exclamó la mujer con gesto ansioso y haciéndosele la boca agua.

—Y si venís a mediodía, cansada del mercado, siempre tendréis a punto una taza de buen caldo y un vaso de vino.

—¡Magnífico!

—Tampoco os ha de faltar algún bollo o alguna golosina para vuestros hijitos.

—¡Por Dios, es demasiado!

—También podrá encontrarse un chal bonito o un pedazo de seda que quede de un vestido mío, o una cinta para haceros un adorno, o tela para un delantal, cuando juntas visitemos lo que yo tenga en mis armarios y en mis arcas, en un rato de confianza.

La mujer no podía ya estarse quieta y cogía su falda entre sus manos, figurándose ya sus futuras galas.

—Y si llegase ocasión de que vuestro marido pudiera hacer un buen negocio comprando tierras o ganado y le faltase dinero, ya sabéis a qué puerta tenéis que llamar. Mi buen Sali se alegrará de poder colocar algún dinero en sitio seguro y para gente honrada. También yo tendré unos ahorrillos con que ayudar a mis íntimas amigas.

Al llegar aquí, no pudo ya contenerse la mujer por más tiempo y saltó exclamando:

—Siempre dije que eras una muchacha bonita,

honrada y buena como ninguna. ¡Dios te conserve lo tuyo y te proteja y bendiga por lo que haces conmigo!

—En cambio quiero que vosotros seáis siempre buenos para conmigo y no tratéis nunca de engañarme.

—¡Es lo menos que puedes pedir!

—Y que las frutas y legumbres que cosechéis me las ofrezcáis a mí antes de llevarlas al mercado, para tener yo la seguridad de contar siempre con una proveedora de confianza. Lo que otra persona cualquiera os dé por vuestra mercancía lo daré yo también con mucho gusto. Nada hay mejor para una mujer de buena posición que encerrada en la ciudad no tiene quien la aconseje en las mil cosas que exige el buen gobierno de su casa que tener por amiga a una honrada campesina bien experimentada en todo lo que es útil y necesario. Esta amistad resulta inapreciable para ambas en mil ocasiones: en las alegrías y en las penas, en las bodas y cuando hay que apadrinar a algún recién nacido, cuando hay que confirmar a algún hijo, llevarlo a una escuela, ponerlo a aprender algún oficio o enviarlo a países extraños. Y no digamos nada en las grandes desgracias, como inundaciones, pérdida de cosechas, incendios y granizadas de lo que Dios nos libre.

—De lo que Dios nos libre—repitió la mujer llevándose a los ojos la punta del delantal.

Y luego continuó:

—¡Vaya una novia inteligente y lista! Serás feliz

o no hay justicia en el mundo. Eres bonita, limpia, prudente, trabajadora y mañosa para todo. No hay en el pueblo ni fuera de él otra más bonita ni mejor. El que te consiga tiene que figurarse que ha entrado en la gloria, y si no, será que es un bribón y se las tendrá que haber conmigo. ¡Ten cuidado, Sali; pórtate bien con mi Vreeli si no quieres que yo te haga saber cuántas son cinco! ¡Vaya una suerte que tienes en que te dejen cortar una rosa tan bonita!...

—Bueno—interrumpió Vrenchen—; podéis coger mi hatillo y guardarlo, como me prometisteis, hasta que yo mande por él. Quizá venga yo misma a buscarlo en mi coche. Supongo que no nos rehusaréis ese día un buen jarro de leche para mendrar. Yo traeré una torta de almendras para tomarla con la leche.

—Venga, venga tu hatillo, querida mía—dijo la mujer cargando sobre su cabeza la cama, desarmada y atada con cuerdas.

Encima de ella colocó Vrenchen un largo saco que había llenado con toda su ropa, quedando la mujer con todo aquello sobre la cabeza como una vacilante torre.

—Pesa mucho todo esto para llevarlo de una vez—dijo—. ¿No podía llevármelo en dos viajes?

—No, no—protestó la muchacha—; tenemos que irnos ahora mismo, pues vamos bastante lejos de aquí, a visitar a unos parientes muy distinguidos que nos han salido ahora que somos ricos. ¡Ya sabe usted lo que pasa!

—Sí, sí; ya lo sé. Adiós. Que Dios te proteja y no dejes de acordarte de esta pobre.

Conservando trabajosamente el equilibrio de la torre de trastos que se alzaba sobre su cabeza, salió la labradora y tras ella su pequeño criado, medio sumergido dentro del pintado dosel de la cama de Vrenchen, alzando la cabeza para ver las empalidecidas estrellas que lo adornaban y agarrado, como un segundo Sansón, a las columnas, caprichosamente talladas, que partían, para su sostén, de la cabecera del lecho.

Vrenchen, apoyada contra Sali, contempló la marcha de este cortejo, y al ver danzar su dosel por entre los arbustos del jardín, exclamó:

—Todavía se podía hacer con él un bonito cenador, plantando las columnas en medio del jardín, poniendo debajo una mesa y un banquito y rodeándolo con una enredadera. ¿No quisieras estar dentro de él y a mi lado?

—¡Ya lo creo, Vreeli!—respondió el muchacho—. Sobre todo cuando la enredadera hubiese crecido y estuviese bien tupida.

—¿Qué hacemos ya aquí?—dijo Vrenchen—. Nada nos retiene en estos lugares.

—Sí. Cierra la casa y vámonos. ¿A quién vas a dejarle la llave?

Vrenchen miró en torno suyo.

—La dejaré colgada de aquella alabarda. Mi padre me dijo que hacía más de cien años que la teníamos en casa. Puede quedarse ahora guardándola.

Colgaron la enmohecida llave en la no menos

enmohecida alabarda, por cuya asta subían los verdes tallos de una mata de judías, y echaron a andar. Vrenchen palideció y cerró los ojos, dejándose conducir por Sali, hasta que se alejaron un poco; mas no volvió sus ojos hacia la casa que abandonaba.

—¿Dónde vamos primero?—preguntó.

—No tenemos ni rumbo obligado ni nada por que tengamos que apresurarnos—respondió Sali—. Andaremos a placer por el campo y al anochecer buscaremos un sitio en que haya baile.

—Bueno—repuso Vrenchen—. Pasaremos el día juntos y andaremos por donde nos parezca. Pero ahora me siento triste y desanimada. Vamos primero a tomar una buena taza de café caliente al pueblo más próximo.

—Ya lo pensaba yo—dijo el muchacho—. Por lo pronto vamos a salir cuanto antes de aquí.

Pronto se encontraron en campo libre y marcharon juntos y en silencio entre los sembrados. Era una bella mañana de septiembre; ni una sola nube cruzaba por el cielo, y las montañas y los bosques se envolvían en una tenue neblina transparente, que daba al paisaje un algo irreal y misterioso. Por todos lados llegaban sonidos de campanas domingueras, profundos y armoniosos los de las iglesias pertenecientes a alguna rica y poblada villa, agudos y parleros los de las pobres ermitas de las aldeas. La enamorada pareja olvidó lo que debía suceder al final de aquella jornada y se entregó por entero a la inefable alegría de dar un paseo

libres y limpiamente vestidos, como dos seres felices que se pertenecen legal y honradamente. Cada uno de los sonidos y gritos lejanos que resonaban en el silencio dominical se les adentraba hasta el alma, conmoviéndola, pues el amor es una campana que vibra hasta con lo más lejano e indiferente, recogiendo sus sonidos para devolverlos transformados en una música propia de ella. Aunque ambos sentían hambre, la media hora de camino que anduvieron hasta llegar a la aldea más cercana les pareció un instante. Intimidados, penetraron en una posada que hallaron a la entrada. Salió encargado un buen desayuno, y mientras lo preparaban se dedicaron a observar, sin pronunciar palabra, el buen orden y amabilidad con que se efectuaba el servicio en la gran sala de la limpia hostería. El dueño de la posada era panadero al mismo tiempo, y el agradable vaho del pan recién cocido llenaba toda la casa. Varios cestos contenían panes de toda clase, pues era la hora en que, después de la misa, venía la gente a comprar el que necesitaba para aquel día, echando de paso un trago para matar el gusanillo. La posadera, limpia y bien arreglada, lavaba y vestía en aquel momento a sus hijos, y uno de ellos, en cuanto se vió listo, corrió hacia Vrenchen y con toda confianza le enseñó sus galas y sus juguetes y le contó mil historias infantiles. Llegó por fin el café, muy aromático y fuerte, y nuestros dos jóvenes se sentaron ante una mesita, tímida y calladamente, como si fueran invitados de cumplido. Mas no tardaron

mucho en animarse y comenzaron a hablar en voz baja, sintiéndose dichosos. ¡Qué bien supieron a Vrenchen, a quien la dicha iba abriendo como una flor, aquel excelente café, la blanca y cremosa nata, los tiernos panecitos recién hechos, la pura manteca, la miel, los bollitos de huevo y todas las demás golosinas con que llenaron la mesa! A que tanto le gustaran debió contribuir no poco el que mientras las tomaba miraba a Sali, sentado frente a ella. El caso es que comió como si hubiera ayunado un año entero. La fina y limpia porcelana de platos y tazas y las relucientes cucharillas de plata hacían más gustoso el desayuno. La posadera parecía considerarlos como gente buena y honrada a la que se debía dejar contenta, y acercándose a su mesa se sentó un rato a su lado, trabando conversación con los novios, que le contestaron cortés y afablemente, dejándola encantada. Tan a gusto se hallaba allí Vrenchen, que no sabía qué sería mejor, si volver a los campos para vagar por ellos con su novio a través de bosques y praderas, o permanecer en la posada para hacerse la ilusión durante algunas horas de hallarse en su casa, en un sitio tan acogedor y bien dispuesto como aquél. Sali la sacó de la duda levantándose y pagando el gasto hecho, como si tuvieran que salir de allí en seguida para dirigirse a un sitio determinado al que los llamase algún importante asunto. Los posaderos los acompañaron hasta la puerta y se despidieron de ellos llenos de agrado, pues a pesar de que por sus pobres vestidos ha-

bían visto su mala situación, les gustó su gran afabilidad y buena manera de conducirse. Los dos jóvenes les agradecieron sus atenciones con los mejores modos del mundo y continuaron tranquila y dignamente su camino. Al salir de nuevo al campo y penetrar en un extensísimo encinar no habían modificado aún la actitud en que abandonaron la posada y caminaban silenciosos y stumidos en agradables ensueños, olvidados del odio y la miseria que habían destruído sus hogares. En su imaginación se figuraban pertenecer a familias unidas y bien acomodadas y tener un venturoso y halagüeño porvenir ante ellos. Vrenchen andaba sobre el húmedo suelo del bosque con la cabeza inclinada sobre el ramo de flores que adornaba su pecho y los brazos colgando a lo largo del cuerpo. Sali, en cambio, entregado a sus pensamientos, caminaba muy erguido, con rápido paso y fijos los ojos en los fuertes troncos de las encinas, como un leñador que se preguntara cuáles de ellos convendría cortar primero. Por fin despertaron de sus rosados sueños, y al mirarse y notar lo que habían andado sin darse cuenta mientras se entregaban a tales imaginaciones, enrojecieron e inclinaron sus cabezas, sintiendo una gran compasión por sí mismos ante la dura realidad. Mas como la juventud olvida pronto la tristeza, venció en seguida en ellos el dulce sentimiento de su amor y su independencia al verse uno junto al otro en la verde espesura, bajo el cielo azul y sin nadie que les impusiera voluntad distinta de las suyas propias. Al poco



tiempo comenzó el hermoso bosque a poblarse de animados grupos y aisladas parejas que tras el oficio dominical vagaban alegremente por los campos hasta la hora del almuerzo. Los campesinos poseen también, como los que viven en la ciudad, sus paseos y parques de recreo, con la diferencia de que los suyos son más bellos y no les cuesta un céntimo su conservación. Los domingos salen por ellos, a través de sus florecientes campos, en los que va madurando la cosecha, y cada cual escoge su camino preferido, internándose en los bosques o caminando a lo largo de las verdes praderas, sentándose un rato en una apacible colina, desde la que se descubre un vasto horizonte, y luego en los frescos linderos de un pinar, para dejar resonar sus alegres cánticos y gozar de la Naturaleza, cuyo sentido comprenden los campesinos plenamente y no sólo en relación con su aspecto utilitario. En sus paseos ociosos, todos ellos, muchachos, mujeres y hasta los hombres ya hechos y derechos y preocupados con sus asuntos, suelen cortar, en cuanto llegan a un bosque, una verde varita a la que despojan de sus hojas, dejándole tan sólo algunas en un extremo, y la llevan luego como un cetro, entrando con ella en las oficinas o en el Ayuntamiento de la ciudad y dejándola cuidadosamente en un rincón, pero sin olvidarse nunca de recogerla al marchar, tras las más graves conversaciones de negocios, y llevarla intacta a casa, donde ya es permitido destruirla al más pequeño de sus hijos.

Al ver tantos paseantes se sonrieron Sali y Vrenchen, contentos de verse también emparejados, y penetraron por una senda transversal, internándose en el bosque, donde volvieron a hallarse en completa soledad. Se detenían donde les parecía, andaban un poco y volvían a descansar otro rato, sin que, así como ninguna nubecilla velaba el claro azul del cielo, turbase su ánimo ningún cuidado durante aquellas horas. Olvidaron de dónde venían y a dónde iban, y se condujeron tan tranquila y ordenadamente, que el cuidadoso tocado de Vrenchen permaneció, a pesar de sus alegres e inquietos movimientos, tan intacto como en las primeras horas de aquella mañana. Sali se portó durante aquellas horas no como un muchacho campesino de veinte años hijo de un arruinado tabernero, sino como un adolescente tímido y bien educado, y era casi cómico el ver la ternura, cuidado y respeto con que contemplaba a su alegre y linda pareja. Estaba sin duda dispuesto que los dos pobres jóvenes habían de vivir en aquel único día que les era concedido todas las formas y caracteres del amor, y tanto volver al ya pasado tiempo de la tierna timidez como adelantarse y llegar al apasionado final con el sacrificio de sus vidas.

El paseo acabó por volverles a abrir el apetito, y se regocijaron al divisar, desde lo alto de una poblada montaña, un brillante pueblo en que poder almorzar. Bajaron de prisa y entraron en él con el mismo aire modesto y digno con que ha-

bían salido del anterior. En todo el camino no habían topado con nadie que los conociese, pues sobre todo Vrenchen había tenido durante los últimos años muy escaso trato con las gentes y nunca había salido de su aldea. Todos los tomaban por una honrada y agradable parejita que iba a algún asunto que les importaba. Entraron en la primera hostería que encontraron y Sali encargó un copioso almuerzo. En una mesita para ellos solos les pusieron un blanco mantel de día de fiesta y a ella se sentaron modosamente, dedicándose a contemplar en silencio las limpias paredes, cubiertas de un brillante friso de nogal muy bien encerado; el mostrador, de igual madera y estilo campestre, pero limpio y bien provisto, y los blanquísimos y transparentes visillos de las ventanas. La posadera se acercó y, colocando sobre la mesa un cacharro lleno de frescas flores, dijo:

—Hasta que venga la sopa podéis saciar por lo menos la vista mirando estas flores. Según parece, y si me permitís la pregunta, sois dos prometidos y vais a la ciudad para casaros allí, ¿no?

Vrenchen se ruborizó y no se atrevió a alzar la vista del suelo. Sali calló también, y la buena mujer continuó:

—Sois todavía muy jóvenes, pero se dice que los que se casan pronto viven mucho, y además parecéis una linda parejita buena y honrada que no tiene por qué ocultarse de nadie. Los que son como se debe ser pueden llegar a hacer muchas cosas uniéndose jóvenes y siendo luego fieles y

trabajadores. Pero hay que ser ambas cosas, pues el tiempo es corto para el trabajo y largo para la fidelidad. ¡Por lo pronto sois una bonita pareja, muy simpática! Ahora falta que sepáis llevar bien vuestra casa. Perdonad que os hable así, pero me alegra ver lo contentos que estáis y lo mucho que parecéis quereros.

La sirvienta trajo la sopa, oyendo las palabras de su ama, y como estaba rabiando por casarse, miró con malos ojos a Vrenchen, a la que creía camino de una felicidad tan envidiable. Al encontrarse luego en la cocina con la posadera, que fué a echar un vistazo a la comida, desahogó su mal humor diciendo en voz alta, para que se oyese desde la sala:

—¡Vaya unos desarrapados esos que van a casarse a la ciudad, sin un amigo, sin festejar la boda para no gastarse un cuarto, sin dote y sin más porvenir que miseria y hambre! ¿Qué ha de pasar a los que se casan con muñecas como esa, que no saben todavía echar un remiendo ni hacer una mala sopa? Me da lástima ese pobre y gallardo joven. ¡Apañado va con esa inútil...!

—¡Calla, mala lengua!—ordenó la hostelera—. Te prohibo que hables así de esos muchachos. Seguramente son gente de las fábricas que hay en la montaña y parecen buenos y honrados. Se ve que no están muy sobrados de dinero, pero van limpios y arregladitos. Si se quieren y trabajan, conseguirán más que tú con tu lengua de víbora. ¡Ya puedes esperar que venga alguien que se atre-

va a casarse contigo! ¡Lo que es como no seas más amable con la gente, cara de vinagre...!

De este modo gozó Vrenchen de todas las delicias de una novia que va a casarse. De las buenas palabras y los estímulos de una mujer prudente, de la envidia de una mala mujer deseosa de casarse, cuyo enfado la llevaba a alabar y compadecer a su novio, y de una alegre y delicada comida al lado de éste. Su cara ardía como un rojo clavel y su corazón latía apresurado, mas no por ello comió y bebió con menor apetito, tratando con toda amabilidad a la camarera que les servía a la mesa, pero dirigiendo tiernas miradas a Sali y hablando bajito con él en presencia de ella, cosa que aumentó sobremanera el mal humor de la envidiosa. Comieron lenta y tranquilamente, como si temieran llegar al fin e interrumpir aquel dulce ensueño. Para postre, trajo la hostelera unas cuantas golosinas, y Sali pidió un poco de vino dulce y fuerte, que Vrenchen sintió circular ardientemente por sus venas, aunque no hizo mas que probarlo con prudencia, comportándose así en todo con la medida y recato de una verdadera desposada y entregándose a representar este papel con toda su alma, parte por una maliciosa coquetería y parte porque se sentía en dicho estado de ánimo y parecía que iba a rompersele el corazón de puro amor y timidez; tanto, que la ahogaba el estar entre cuatro paredes y deseaba verse ya otra vez al aire libre. Al salir de la posada, pareció como si se asustasen de encontrarse de nuevo solos y aislados en el

camino, pues sin ponerse de acuerdo siguieron andando por la carretera entre la gente y sin mirar a izquierda ni derecha. Mas cuando salieron del pueblo para dirigirse a otro próximo en que aquella tarde había fiesta y baile, se colgó Vrenchen del brazo de su novio y murmuró con voz temblorosa:

—¡Sali! ¿Por qué no hemos de ser uno de otro y hacernos felices para siempre?

—Tampoco yo lo sé—respondió él, clavando sus ojos en el suave resplandor del sol otoñal que inundaba los campos y teniendo que dominar su emoción con una mueca que contrajo su rostro.

Se detuvieron para besarse, pero se aproximaba gente y, sin hacerlo, siguieron su camino. El pueblo en que se celebraba la fiesta se hallaba animado por un gran gentío, y de la engalanada hostería salían ya los acordes de una alegre música, pues el baile había comenzado inmediatamente después del almuerzo. En la plaza, ante la hostería, se había instalado un pequeño mercado, compuesto de varias mesas llenas de golosinas y un par de puestos muy emperifollados, en los que se vendían toda clase de chucherías. Alrededor de cada uno de ellos se había formado un corro de chiquillos y personas mayores, que por lo pronto se contentaba con la contemplación de todas aquellas preciosidades. También Sali y Vrenchen se acercaron, y con la mano en el bolsillo, dispuesta a sacar el dinero, echaron una ojeada a los puestos, pensando ambos en hacerse un regalo, ya que era aquella

la primera vez que se encontraban juntos en una feria. Sali compró una casita de guirlache, blanqueada con azúcar en polvo. El tejado era verde, con blancas palomas posadas en él, y de la chimenea salía un amorcillo a guisa de deshollinador. En las abiertas ventanas se abrazaban unos muñequitos mofletudos, cuyas diminutas bocas rojas se besaban con gran entusiasmo, pues el pintor, práctico y ligero, había pintado las de los dos muñecos con una sola pincelada, de manera que aparecían incrustadas y confundidas una en otra. Dos puntitos negros figuraban los rientes ojuelos de las enamoradas figurillas. Sobre la puerta principal de la casa, toda pintada de rosa, se leían los versos siguientes:

— Entra en mi casa, amor mío;  
 más deja que antes te advierta  
 que, dentro de ella, con besos  
 todo se paga y se cuenta.

Mi amada dijo: — En tu casa  
 nada hay que asustarme pueda;  
 sé bien que sólo a tu lado  
 mi felicidad se encuentra.

Además, si bien lo pienso,  
 quizá a entrar me decidiera  
 sólo por pagarte en besos.

— Entra, pues; la cuenta empieza.

Un apuesto caballero, con un frac azul, y una señora de elevado seno, pintados uno a cada lado de la puerta, figuraban ser los interlocutores en aquel dulce diálogo. Vrenchen, en cambio, regaló

a Sali un corazón, que en uno de sus lados ostentaba las siguientes palabras:

Una almendra dulcísima hay en mí;  
pero más dulce que ella es mi amor hacia ti.

Y por el otro lado:

No olvides nunca que te dije un día  
que, a olvidarte, morir preferiría.

Leyeron estos versos, llenos de entusiasmo, y nunca nada rimado e impreso fué tenido por más bello ni sentido más profundamente. Les parecían tan apropiados a su estado de ánimo particular, que al leerlos los supusieron hechos expresamente para ellos.

—¡Ay!—suspiró Vrenchen—. ¡Me regalas una casa! También yo te he regalado otra: la verdadera y única que ya poseemos. Nuestro corazón es ahora nuestra casa y la llevamos con nosotros, como los caracoles.

—Entonces—respondió Sali—somos dos caracoles muy raros, pues cada uno llevamos con nosotros la casa del otro.

—Por eso no debemos separarnos, para no alejarnos de nuestras casas.

Sin saberlo, hacían frases iguales a las que veían escritas sobre todos aquellos roscos y tortas de diversas formas. De este modo continuaron examinando aquella sencilla y dulce literatura amorosa que allí se extendía, pegada a grandes y pequeños



corazones, diversamente adornados. Todo les parecía bonito y acertado para ellos, y cuando Vrenchen leyó sobre un dorado corazón, provisto de cuerdas como una lira: «Igual que una lira —es mi corazón:— cuanto más lo hieren— más dulce es su son» le pareció oír musicales sonidos que surgían de su propio pecho. También había en aquel puesto un Napoleón de mazapán, obligado a ser portador de los siguientes versitos amorosos: «De noble acero era la espada—del vencedor Napoleón;—de noble acero era su espada,—mas de barro su corazón.—Mi amante fiel no lleva espada;—lleva la rosa de mi amor;—mi amante fiel no lleva espada,—mas es noble su corazón.» Mientras los novios parecían sumidos en la lectura de estos apasionados lemas, encontraron ambos ocasión de hacer una secreta compra. Salí adquirió un dorado anillo con una piedrecita verde, y Vrenchen otro, de asta de ciervo, con una dorada florecilla. Probablemente abrigaban los dos igual pensamiento: el de entregarse aquellos pobres recuerdos cuando llegase el momento de su separación.

Mientras estaban ocupados en estas cosas, se hallaban tan olvidados de todo lo que los rodeaba que no notaron cómo poco a poco había ido formándose en torno suyo un amplio círculo de gente, que los contemplaba con atenta curiosidad. Algunos muchachos y muchachas de su aldea que habían acudido a la fiesta los habían reconocido, poniendo a los demás al corriente de su historia, y todos miraban ahora con admiración a la amante

pareja, que en su fervoroso apasionamiento parecía haber olvidado que el mundo existía fuera de ellos.

—Mirad, mirad—se oía por todas partes—: es Vrenchen, la hija de Marti, y Sali, el que tuvo que emigrar de la aldea cuando Manz, su padre, perdió todo lo que en ella poseía. Ahora, al cabo del tiempo, han acabado por ponerse en relaciones, a pesar de la enemistad de sus familias. ¡Y fijaos con qué ternura se miran y se hablan, sin ocuparse de nada ni de nadie! ¿Pensarán casarse? ¿Dónde irán ahora?

El asombro de los curiosos estaba constituido por una extraña mezcla de compasión por los infelices amantes, desprecio a la maldad de sus padres y la abyección en que se sabía habían caído, y envidia por la felicidad que se pintaba en el rostro de los jóvenes, a pesar de su miseria y abandono. Cuando por fin despertaron los enamorados de su ensueño y miraron en torno suyo, se hallaron rodeados de caras que los contemplaban entre admiradas y burlonas. Nadie los saludó, ni ellos supieron si habían de saludar a los que conocían, debiéndose esta desagradable situación más a embarazo y duda por ambas partes que a desprecio o malevolencia. Vrenchen se llenó de temor y vergüenza, y enrojeció y palideció alternativamente. Sali, cogiéndola de la mano, la alejó de allí, y ella le siguió, con su casita bajo el brazo, sin resistirse, a pesar de que dentro de la hostería sonaba alegremente la música del tan deseado baile.

—Aquí no podemos bailar—dijo Sali—. No nos dejarían estar alegres.

—Sí—respondió Vrenchen—. Creo que lo mejor sería renunciar a ello y dedicarnos a buscar un sitio en que yo pueda albergarme esta noche.

—Nada de eso—replicó Sali—. Tenemos que bailar. ¿Para qué, si no, te he comprado unos zapatos tan bonitos? Vamos a los sitios donde se divierte la gente pobre, a la que nosotros pertenecemos ahora. En el «Jardín del Paraíso» tiene que haber baile, pues está dentro de la parroquia cuya fiesta se celebra hoy. Vamos hacia allí, y allí podemos también albergarnos esta noche.

Vrenchen se estremeció ante la idea de dormir por vez primera en su vida en un lugar desconocido; pero, sin voluntad propia, siguió a su guía, que era ya todo lo que le quedaba en el mundo. «El Jardín del Paraíso» era una posada admirablemente situada en la falda de una montaña, y desde ella se descubría una gran extensión de terreno y un bello paisaje. A ella acudía en los días de fiesta la gente pobre, hijos de pequeños labradores o jornaleros y los errantes vagabundos sin casa ni hogar. Cien años atrás había sido una quinta de recreo, edificada por un rico original. Muerto éste sin sucesión, nadie quiso vivir en ella, hasta que, medio derruida, cayó en manos de un posadero que, mal que bien, iba ganándose allí la vida. La casa conservó su nombre y la arquitectura a él correspondiente. Se componía de un solo piso, y sobre él una especie de hórreo, sustentado por

cuatro figuras que en un principio habían representado los cuatro arcángeles, pero que con las inclemencias del tiempo habían perdido toda forma. La cornisa del tejado se hallaba poblada de barrigudos angelitos músicos, tocando la flauta, el violín, el triángulo o los címbalos, instrumentos que presentaban señales de haber estado sobredorados. El techo y la balaustrada de la terraza, que quedaba entre el piso bajo y el superpuesto hórreo, se hallaban cubiertos de borrosas pinturas al fresco, en las que se veían ángeles y santos cantando y bailando. Mas todo ello sólo aparecía muy imprecisamente, como visto en un sueño, y además se hallaba casi tapado por una trepadora parrá, de la que colgaban numerosos racimos, de un profundo color azul. En derredor de la casa crecían unos castaños silvestres, y entre ellos varios nudosos y fuertes rosales, que sin que nadie los cultivase ni cuidase florecían aquí y allá espontáneamente, como en otros lados los saúcos. La terraza servía de salón de baile, y Sali y Vrenchen vieron, al acercarse, cómo los bailarines daban vueltas bajo el hórreo, mientras en torno de la casa bebía y armaba ruido una multitud de alegres parroquianos. Vrenchen, que llevaba consigo devota y melancólicamente la casita que Sali le había comprado, parecía la santa patrona de una iglesia, representada en un viejo cuadro, llevando el modelo de su fundación. Mas lo que el fervoroso espíritu de Vrenchen quería fundar no era posible que prosperase. Cuando oyó la animada música

que sonaba en la terraza, olvidó sus pesares y no demandó ya mas que poder bailar con Sali. Se escurrieron entre la gente que rodeaba la casa y la que llenaba el piso bajo, pobretones venidos de Seldwyla a pasar un día en el campo sin gastar mucho dinero y vagabundos acudidos de todos lados, y al llegar a la terraza se pusieron en seguida a bailar un vals, sin dejar de mirarse ni un momento. Hasta que terminó la música no dirigieron los ojos en derredor suyo. Vrenchen, en su entusiasmo, había aplastado su casita, e iba a comenzar a lamentarse de ello, cuando enmudeció, sobrecogida, al ver de repente junto a ella al negro violinista, sentado en un banquillo colocado sobre una mesa. Su aspecto era tan tenebroso como de costumbre, animado tan sólo por una verde rama de pino que había sujetado en su sombrero. A sus pies, sobre la mesa, tenía una botella de vino tinto y un vaso, que permanecía milagrosamente intacto a pesar de las zapatetas que daba el hombrecillo, llevando el compás de su violín. El resto de la orquesta lo constituía un joven de arrogante figura y bello rostro, que parecía sumido en honda melancolía mientras tocaba una trompa de caza, y un jorobado, que tocaba el violoncelo. Sali se estremeció también al ver al violinista; mas éste los saludó con afabilidad extraordinaria y les dijo:

—¡Ya sabía yo que algún día tendría que tocar para que vosotros bailarais! Así, pues, divertíos mucho, parejita mía.

Y ofreció a Sali un vaso de vino, que éste apuró

de un trago. Al ver lo asustada que estaba aún Vrenchen, intentó el violinista tranquilizarla hablándole amistosamente, y logró decirle algunas chanzas que la hicieron reír. Con esto se animó de nuevo, y desde entonces casi se alegraron de hallar allí un conocido y encontrarse en aquella casa bajo la especial protección del negro músico. Bailaron sin descanso, olvidándose de sí mismos y del mundo a fuerza de girar, cantar y alborotar, contribuyendo al ruido que salía de aquella posada y que, recogido por los vecinos montes, resonaba en ellos, esparciéndose por todo el campo, que poco a poco iba quedando envuelto en la plateada neblina del atardecer otoñal. No descansaron hasta que obscureció, hora en que la mayoría de los alegres huéspedes se alejó en todas direcciones, gritando y tambaleándose. Los que aun quedaron en la posada pertenecían a la honrada clase de los vagabundos que no tienen en ningún lado su casa, y habiendo pasado un alegre día, querían añadir a él una regocijada noche. Entre éstos había algunos que parecían muy amigos del violinista y que, vestidos con trajes remendados y extravagantes, presentaban un extraño aspecto. Entre todos ellos resaltaba un jovenzuelo que llevaba una chaqueta de pana verde y un destrozado sombrero de paja, alrededor de cuya copa había sujetado una corona de hojas de serbal. Con él iba una muchacha de aire resuelto, que vestía un traje de rojo percal con lunares blancos y que se había atado alrededor de la cabeza una corona

de pámpanos con algunas uvas, de manera que sobre cada sien cayera una uva, de profundo color azul. Esta pareja era la más retozona de todas, y bailaba y cantaba incansablemente, encontrándose en todas partes al mismo tiempo. Después había otra muchacha, muy bonita y esbelta, que llevaba un raído traje de seda negra y un pañuelo blanco a la cabeza, cayendo en pico por la espalda. Este pañuelo mostraba listas rojas tejidas en la misma tela, y no era otra cosa que una excelente toalla. Bajo ella relucían dos ojos de un pálido color violeta. En torno a la garganta, y descendiendo luego sobre el pecho, llevaba una séxtuple cadena de rojos frutos pequeñísimos, que substituía con ventaja al más bello adorno de purpúreo coral. Esta linda figurita bailaba siempre sola, y rehusaba testarudamente hacerlo con ninguno de sus compañeros. No por ello se movía con menor gracia y ligereza, sonriendo cada vez que pasaba junto al melancólico joven que tocaba la trompa de caza, el cual volvía todas las veces la cabeza despectivamente hacia otro lado. Aun había algunas muchachas más, todas ellas con su acompañante y protector y de aspecto pobre, pero no por ello menos alegres y unidas en toda paz y cordialidad. Cuando cerró la noche por completo, no quiso el posadero traer velas que alumbrasen el baile, so pretexto de que el viento las apagaba y que la luna llena iba a salir en seguida, diciendo además que, para lo que aquéllos le daban a ganar, era esta última suficiente iluminación. Estas declaraciones

fueron aceptadas sin disgusto por la alegre banda, y todos fueron a apoyarse en el antepecho de la terraza para esperar la salida del pálido astro, anunciada ya en el horizonte por un leve resplandor rojizo. En cuanto la luna salió, lanzando transversalmente sus rayos de un lado a otro de la terraza, siguieron bailando, envueltos en su dulce claridad, y, por cierto, tan silenciosos, correctos y encantados como si lo hiciesen en un salón espléndidamente iluminado por cien bujías de cera. La extraña luz inspiró a todos confianza entre sí, y Sali y Vrenchen pudieron mezclarse a la alegría común, bailando con todos y todas las demás. Pero cada vez que de este modo habían permanecido separados durante algún rato, volaban de nuevo uno hacia otro y festejaban su encuentro como si se hubieran estado buscando durante largos años. Sali ponía una cara muy triste y enfadada cuando Vrenchen bailaba con otros sin mirarle al pasar junto a él, ardiendo como una púrpura rosa y sintiéndose feliz fuera quien fuera su pareja de baile.

—¿Estás celoso, Sali?—le preguntó ella, cuando los músicos hicieron una pausa, rendidos de cansancio.

—¡Dios me libre!—respondió Sali—. Además, no sabría cómo ni de quién estarlo.

—Entonces, ¿por qué pareces ponerte de tan mal humor cuando yo bailo con otros?

—No me enfado porque tú bailes con otros, sino porque entonces tengo yo que bailar con otra, y



no puedo resistir a ninguna que no seas tú. Me parece que llevo cogido un madero. ¿Y tú qué sientes cuando bailas con otros?

—¡Oh! Yo, cuando bailo sabiendo que tú estás cerca de mí, me siento en el cielo, aunque no seas tú mi pareja. Pero si te fueras y me dejaras, caería muerta al suelo.

Habían bajado las escaleras y entrado en la casa. Vrenchen le abrazó con fuerza, pegó a él su esbelto cuerpo tembloroso, apoyó su ardorosa mejilla, humedecida por ardientes lágrimas, en la de él, y dijo sollozando:

—No podemos permanecer juntos, y sin embargo yo sé que ya no podré separarme de ti ni un solo instante.

Sali abrazó a la muchacha y la apretó contra su pecho, cubriéndola de besos, mientras sus confusos pensamientos buscaban una solución, sin hallar ninguna. Aunque hubieran podido vencer su miseria y la enemistad de sus ascendientes, no eran su extrema juventud y su inexperto amor condiciones favorables para hacer soportar a sus deseos una larga espera, hasta que llegasen tiempos mejores, y aunque esto les hubiese sido posible, quedaba siempre el padre de Vrenchen, de cuya perpetua desgracia era Sali el causante. El propósito de no unirse y pertenecerse sino legal y honradamente era en Sali tan vivo como en Vrenchen, y constituía en ambos el último resto del honor que en tiempos anteriores había lucido en sus casas hasta ser pisoteado por sus padres, que, poseídos

de una común equivocación, creyeron aumentarlo al aumentar sus riquezas apropiándose los bienes de un mísero vagabundo. Este error es frecuentísimo en el mundo; mas de cuando en cuando, y como ejemplo, pone el Destino frente a frente a dos de estos hombres que intentan aumentar a un mismo tiempo el honor y las riquezas y los hace batallar y devorarse como fieras. Entre aquellos que no sueñan mas que en extender sus dominios, no sólo suelen equivocarse los que se hallan sobre un trono, sino también los que viven en miserable choza, y guiados por su error llegan a un resultado opuesto al que perseguían, no logrando sus ansias de poderío o riqueza y convirtiendo su escudo en baldón de ignominia. Sali y Vrenchen habían visto durante sus tiernos años infantiles cómo el aun no empañado honor de sus casas no sólo mantenía tranquilo el espíritu de sus padres, sino que coincidía con su bienestar material. Luego, al volverse a encontrar después de muchos años, vieron uno en otro cómo la pérdida del honor y de la consideración pública los había sumido en la mayor desdicha, y cuando el amor arraigó en sus corazones, ardieron en deseos de pertenecerse; pero la dura lección recibida les hacía rechazar toda unión que no satisficiera plenamente a su conciencia. Lo irrealizable que era para ellos el fundar un honrado hogar los atormentaba dolorosamente, mientras su sangre juvenil reclamaba la inmediata satisfacción de sus hirvientes ansias amorosas.

— Ya es de noche — continuó Vrenchen —. Debemos separarnos.

— ¿Y tendré que volver a mi casa, dejándote aquí sola? — repuso Sali —. No, no es posible.

— Entonces llegará el día y seguiremos lo mismo.

— Voy a daros un consejo, locuelos — saltó tras ellos una voz chillona, perteneciente al negro violinista —. Estáis ahí — continuó — sin saber qué hacer y deseando, sin atreveros, ser uno de otro. Yo os aconsejo que os toméis como sois y sin perder más tiempo. Venid conmigo y con mis buenos amigos a nuestras montañas. En ellas no necesitaréis ni cura, ni dinero, ni documentación, ni honor, ni lecho, ni nada fuera de vuestra buena voluntad. No se pasa mal en nuestra casa. El aire es sano, y el que es activo y trabajador encuentra siempre comida suficiente. Los verdes bosques constituyen nuestra casa, en la cual nos amamos como queremos, y en invierno poseemos rincones bien abrigados o nos introducimos en los pajares de los labradores. Por tanto, decidíos pronto, celebrad aquí vuestra boda en este mismo instante y venid con nosotros. Así quedaréis libres de todo cuidado y os perteneceréis uno al otro para siempre, o por lo menos hasta que os canséis, pues con nuestra libre y sana vida es seguro que llegaréis a viejos. No penséis que quiero cobrarle en vosotros el mal que me hicieron vuestros padres. No; me alegro de que hayáis llegado hasta el estado en que os halláis, pero con ello me contento, y en adelante,

si es que venís conmigo, procuraré ayudaros y ser-viros todo lo que en mi mano esté.

Esto lo dijo con tono realmente sincero y afable.

—Y ahora—siguió diciendo—pensadlo un poco; pero creed que mi consejo es bueno, y seguidlo. Dejad rodar el mundo y entregaos uno al otro sin consultar a nadie. Pensad en el alegre lecho nupcial que os ofrece el profundo bosque o, si lo halláis demasiado frío, un oloroso montón de heno.

Con estas palabras se separó de ellos, entrando en la casa. Vrenchen temblaba entre los brazos de su novio, el cual le dijo:

—¿Qué te parece? Yo creo que no estaría mal burlarnos del mundo entero y amarnos así, sin límites ni obstáculos.

Pero esto lo dijo, más que en serio, en tono de desesperada chanza. Vrenchen le respondió sinceramente, besándole:

—No, no quiero ir con ellos. Su manera de ser no es la que yo tengo. Mira: el joven que tocaba la trompa de caza y la muchacha del vestido de seda pertenecen también a esa gente, y estando muy enamorados, se unieron de la manera que el violinista nos aconsejaba. La semana pasada le fué ella infiel por vez primera, cosa que a él no le cabía en la cabeza que nunca sucediera, y por eso está tan triste y enfadado con ella, mientras los demás se ríen de su desgracia. Ella, por su parte, hace ahora penitencia voluntaria no hablando con nadie y bailando sola, con lo cual parece también burlarse de él. Pero al pobre músico se le ve en la

cara que no dejará pasar este día sin volver a reconciliarse con ella. Yo no quisiera ir a un sitio donde son posibles estas cosas, pues no podría engañarte ni resistir que me engañaras, aunque daría por bien empleado todo lo que con los vagabundos nos sucediera con tal de poder poseerte y hacerte mío.

Apoyada contra Sali, sentía aumentar la muchacha su amorosa fiebre. Ya desde que por la mañana la había tomado la posadera por una prometida que iba a desposarse, papel que ella había representado sin contradecirla, hervía en su sangre el ardor de una novia que ve llegado el momento de darse a su amado por entero, ardor que crecía, llegando a ser irrefrenable, conforme se iba presentando más claramente a sus ojos la imposibilidad de satisfacerlo sin violar los dictados de su conciencia. Sali, en quien las tentadoras palabras del vagabundo habían hecho infinitamente más dolorosa la lucha interior que venía sosteniendo, exclamó tartamudeando:

—Ven; volvamos a entrar en la posada. Cene-mos y bebamos por lo pronto.

Entraron en el comedor y vieron que no quedaba ya en él mas que la errante tropa, sentada ante una pobre comida en torno de una mesa.

—Aquí llegan nuestros novios —gritó el violinista—. Olvidad ahora vuestras penas y dejad que nosotros os desposemos.

Los obligaron a sentarse a su mesa, y ellos no se resistieron mucho, contentos de poder huir por

unos momentos de sí mismos. Sali mandó traer vino y mejores viandas, y una franca alegría comenzó a reinar entre todos. El engañado se reconcilió con la infiel, y ambos comenzaron a acariciarse con ansioso regocijo. La otra pareja bebía, cantaba y alborotaba de lo lindo, sin omitir tampoco las pruebas de su cariño, y el violinista y el jorobado del violoncelo contribuían al general barullo. Sali y Vrenchen permanecían silenciosos,teniéndose abrazados. De repente reclamó silencio el violinista y comenzó una burlesca ceremonia que quería representar unos esponsales. Tuvieron los novios que darse las manos, y toda la compañía desfiló ante ellos, dándoles la enhorabuena y felicitándose de su ingreso en la vagabunda hermandad. Ellos se dejaron hacer, sin decir palabra y tomándolo a broma, mientras se sentían estremecidos por intensos escalofríos.

La pequeña reunión iba siendo cada vez más excitada y ruidosa, atizada por el vino, hasta que, de repente, se levantó el violinista, ordenando la marcha.

—Tenemos mucho camino por delante—exclamó—y ha pasado ya la media noche. Vámonos. Formaremos el cortejo de los desposados y ya veréis qué bien lo guío yo con la música de mi violín.

Los míseros enamorados, enloquecidos y sin saber qué hacer, dejaron que se los colocase delante y que las otras dos parejas formaran tras ellos el cortejo, cerrando el cual marchaba el jorobado con su violoncelo al hombro. El tenebroso violinista

se colocó a la cabeza y rompió a tocar como un endemoniado, emprendiendo la marcha monte abajo, y los demás los siguieron riendo, cantando y saltando. De este modo atravesó la loca comitiva los silenciosos campos y el pueblo de Sali y Vrenchen, cuyos moradores dormían hacía ya largo rato.

Cuando, recorriendo las silenciosas callejuelas, pasaron los amantes frente a sus perdidas casas, los acometió una dolorosa alegría desenfundada y se dieron a bailar, reír y brincar tras de su fúnebre guía, haciendo la competencia a los otros y besándose entre risas y lágrimas. Guiados por el negro hombrecillo, subieron por las faldas de la colina sobre la que se extendían las tres tierras malditas, y al llegar a la cúspide, el violinista comenzó de nuevo a tocar con tal furia, saltando y brincando como un duende, y sus compañeros le secundaron de tal modo, que sobre la silenciosa colina parecía celebrarse un sábado demoníaco. Hasta el jorobado daba saltos y se contorsionaba anheloso, bajo la carga de su instrumento. Nadie se daba ya cuenta de lo que los demás hacían. Sali, recobrando el primero el dominio sobre sí mismo, cogió con fuerza el brazo de Vrenchen y la obligó a detenerse. Luego la besó en la boca para hacerla callar, pues se hallaba en tal estado de excitación que, olvidada de todo, cantaba a voz en grito. Por fin comprendió ella, y permanecieron quietos hasta que su ruidoso cortejo nupcial se alejó a través de los campos, y sin echarlos de menos

desapareció río arriba. El violín, las risas de las muchachas y los gritos de sus acompañantes se oyeron resonar aún largo tiempo en la callada noche, hasta que todo se perdió en la lejanía.

—Ya hemos logrado huir de éstos—dijo Sali—. ¿Mas cómo huir de nosotros mismos?

Vrenchen, abrazada a él y respirando anhelante sobre su pecho, no se hallaba en estado de contestarle.

—¿No quieres que te lleve al pueblo otra vez y despierte a alguien en cuya casa puedas pasar la noche? Mañana puedes continuar tu camino y seguramente te irá bien en cualquier lado a donde vayas.

—¿Estar yo bien sin ti!

—Tienes que olvidarme.

—¿Nunca! ¿Lo podrías tú?

—Eso no tiene nada que ver—repuso Sali acariciando las ardientes mejillas de la muchacha, que se retorció sobre su pecho—. Ahora no se trata mas que de ti. Eres muy joven y puedes ser feliz en cualquier camino que emprendas.

—¿Y tú no? ¿Acaso eres tú viejo?

—Ven—dijo Sali, arrastrándola tras de sí.

Pero sólo anduvieron unos pasos, deteniéndose en seguida para abrazarse y besarse con reposo. El silencio de la tierra cantaba musical en sus almas, y sólo se oía el suave y gracioso rumor del río, que allá abajo corría mansamente.

—¿Qué bello es todo esto! ¿No oyes resonar un bello cántico?



—Es el ruido del agua. Todo lo demás calla.

—No, no. Es algo más que resuena aquí y allá, en todas partes.

—Lo que oímos es el hervir de nuestra propia sangre.

Escucharon un rato aquellos reales o imaginarios sonidos, que surgían del gran silencio de la noche como producidos por la mágica vibración de la luz lunar que cerca y lejos reinaba sobre la blanca neblina otoñal. De repente recordó algo Vrenchen y registró su seno, diciendo:

—Te he comprado un recuerdo y quiero dártelo ahora.

Y sacó el pobre anillo, poniéndoselo a su novio en el dedo. Sali sacó también el suyo y lo puso en la mano de Vrenchen.

—Hemos tenido igual idea—dijo.

Vrenchen expuso su mano a la plateada claridad lunar y examinó el anillo.

—¡Ay, qué bonito anillo!—exclamó—. Ahora estamos ya prometidos. Tú eres mi marido y yo tu mujer. Vamos a pensar en ello un poco. Hasta que aquel jirón de nube haya terminado de pasar ante la luna. O hasta que contemos doce. ¡Bésame doce veces!

El amor de Sali era tan apasionado como el de Vrenchen; mas en cambio no sentía él con tan viva fuerza el conflicto entre sus deseos y su conciencia, que tanto atormentaba a la muchacha. Para él el problema no se había presentado con un carácter tan decisivo como para su novia. Mas

en aquel momento se dió cuenta de lo que ella sentía, y una inmensa emoción se apoderó de todo su ser, haciéndole redoblar sus ardientes caricias. Vrenchen, a pesar de su propio apasionamiento, notó en el acto aquella transformación, y un fuerte temblor recorrió por entero su cuerpo; pero antes que hubiese terminado de pasar ante la luna la nubecilla de que antes habían hablado, se sintió también presa de igual delirio. Sus manos, en las que brillaban los anillos, se encontraban en la violenta lucha amorosa y se estrechaban como llevando a cabo por sí mismas y sin el mandato de la voluntad sus desposorios. El corazón de Sali martilleaba con fuerza, parándose a veces. Respirando con dificultad, dijo el muchacho con voz muy baja y temblorosa:

—Hay una solución para nosotros, amor mío. Nos desposaremos en esta noche y abandonaremos luego el mundo de los vivos. Allá abajo corren las profundas aguas del río; en ellas no podrá nadie ya separarnos y habremos estado antes unidos sobre la tierra. Lo de menos es el tiempo que haya durado nuestra unión.

Vrenchen respondió en el acto:

—Hace ya mucho que tenía yo pensado eso que ahora me propones. Muriendo, borraremos nuestra culpa. Júrame que no te arrepentirás después de haberme hecho tuya.

—¡Jurado está! Nadie te separará ya de mí sino la muerte—exclamó Sali, fuera de sí.

Vrenchen suspiró aliviada, y lágrimas de alegría

salieron de sus ojos. Se puso en pie, y, ligera como un pájaro, corrió en dirección al río. Sali voló tras ella, creyendo que quería huir de él, y la muchacha apresuró su carrera, suponiendo que trataba de retenerla. Durante unos minutos corrieron así uno tras otro, riendo ella como un niño que no quiere dejarse coger.

—¿Te arrepientes ya?—se gritaron ambos al juntarse a la orilla del río.

—¡No; cada vez estoy más contento!—se respondieron a un mismo tiempo.

Libres de todo cuidado anduvieron río abajo con marcha más rápida que la del agua: tan grande era su ansia por encontrar el lugar en que debían prodigarse sus últimas caricias. Ante ellos no veían mas que la embriaguez de su próxima unión, y todo su porvenir, todos los años de vida a que renunciaban se fundían en aquel solo y fugaz instante. Lo que después de él había de venir, su suicidio entre las frías aguas, no era nada para ellos, y pensaban en él menos que lo que en el día siguiente piensa un libertino la noche en que le arruina su última francachela.

—Mis flores van a precederme—exclamó ella—. Mira qué ajadas están ya.

Y cogiéndolas de su pecho, las tiró al río, cantando:

Pero más dulce que ella es mi amor hacia tí...

—¡Alto!—gritó Sali—. He aquí nuestro lecho nupcial.

Habían llegado al camino que desde el pueblo conducía al río, y junto al cual había un sitio destinado a la carga y descarga de los barcos. En él se hallaba una gran barcaza repleta de heno. Con repentina inspiración comenzó Sali a desatar las fuertes amarras que la sujetaban a la orilla. Vrenchen le agarró del brazo y le dijo:

—¿Qué vas a hacer? ¿Vamos ahora a robar su heno a los labradores?

—Este será el regalo de boda que nos hagan —respondió el muchacho—. Una flotante alcoba y un lecho como aun no lo ha tenido ninguna novia. Además, ya lo encontrarán mañana río abajo, sin que nadie sepa cómo ha podido llegar hasta allí. Mira: ya se mueve.

La barcaza se hallaba a algunos pasos de la orilla. Sali cogió a Vrenchen en sus brazos y se metió en el agua para llegar a su bordo. Mas la muchacha le acariciaba mientras con tan agitados movimientos que, uniéndose su movilidad a la fuerte corriente del agua, ponía en peligro el equilibrio del muchacho. En sus alegres juegos intentaba Vrenchen meter sus manos y su cara en el agua, gritando entre risas:

—También yo quiero saber si el agua está muy fría. ¿Te acuerdas lo heladas que estaban nuestras manos cuando por vez primera nos las estrechamos? Entonces nos dedicábamos a pescar. Mañana seremos nosotros mismos dos peces más en el río. ¡Y bien gordos y bonitos!

—¡Quieto, diablillo!—exclamó Sali, a quien cos-

taba mucho trabajo mantenerse en pie, entre su inquieta novia y la violencia de la corriente—. ¡Mira que si no nos arrastrará el río!

Por fin izó su dulce carga y subió detrás, colocándola en lo alto del aromático cargamento. Una vez arriba soltó la última amarra, y la barcaza se fué separando de la orilla. Luego, lentamente, comenzó a navegar río abajo, dando vueltas sobre sí misma.

El río corría tan pronto a través de altos y oscuros bosques como por campo abierto; pasaba junto a silenciosas aldeas y aisladas chozas y fluía manso y silencioso, semejando un lago, en el que casi se detenía la barcaza, o se apresuraba con espumante rumor entre elevadas rocas, dejando, rápido, tras de sí las dormidas orillas. Cuando comenzó a amanecer surgió ante él una gran ciudad envuelta en la blanquecina luz del alba. La luna, en su ocaso y roja como el oro, trazaba a través del río un ancho camino purpúreo, que la barcaza cruzó con lentitud. Cerca ya de la ciudad, y en el frío ambiente de la mañana otoñal, resbalaron desde lo alto de la barcaza dos pálidas figuras que, fuertemente abrazadas, se sumergieron en las heladas ondas.

Poco tiempo después tropezaba la barcaza con un puente, permaneciendo indemne, apoyada en uno de los estribos. Cuando más tarde fueron encontrados río abajo los dos cadáveres y se supo su procedencia, pudo leerse en los periódicos cómo dos jóvenes, hijos de familias miserablemente

arruinadas y que se profesaban odio implacable, habían buscado la muerte en las aguas, después de haber estado bailando y divirtiéndose toda una tarde en una fiesta aldeana. Esta historia podía relacionarse con la llegada a la ciudad de una barcaza de la comarca de los ahogados sin nadie que la tripulase, suponiéndose que los jóvenes se habían apoderado de ella para celebrar allí su desesperada boda, abandonada de Dios, siendo el tal suceso un signo de la inmoralidad y violencia de las pasiones en los desdichados tiempos que corrían.

FIN DEL TOMO PRIMERO



## INDICE DEL TOMO PRIMERO

---

	<u>Páginas.</u>
Pancracio el gruñón . . . . .	15
Romeo y Julieta en la aldea. . . . .	89

---

162210





# ACTUALIDADES POLÍTICAS

VOLÚMENES PUBLICADOS POR CALPE:

- H. G. Wells.—**El salvamento de la civilización.**  
Un tomo, 5 pesetas.
- Rusia en las tinieblas.** Un tomo, 4 pesetas.
- J. M. Keynes.—**Consecuencias económicas de la paz.** Un tomo, 10 pesetas.
- H. Vast.—**Pequeña historia de la gran guerra.**  
Un tomo, 5 pesetas.
- W. T. Goode.—**El bolchevismo en acción.** Un tomo, 3 pesetas.
- Coronel Maione.—**La República rusa.** Un tomo, 3 pesetas.
- A. Paquet.—**En la Rusia comunista.** Un tomo, 6 pesetas.
- R. Basterra.—**La obra de Trajano.** Un tomo, 8 pesetas.
- Gustavo Pittaluga.—**El problema político de la sanidad pública.** Un folleto, 1,50 pesetas.
- Luis Olariaga.—**La cuestión de las tarifas y el problema ferroviario español.** Un tomo, 8 pesetas.
- Bertrand Russell.—**Principios de reconstrucción social.** Un tomo, 6 pesetas.
- Lorenzo Bello.—**La vuelta al mundo durante la gran guerra.** Un tomo, con ilustraciones, 5 pesetas.

EN PRENSA

William Mellor.—**Acción directa.**

# LOS NUEVOS

---

*En esta colección CALPE irá dando a conocer las obras de los escritores nuevos españoles y americanos que son poco conocidos.*

PRIMER LIBRO PUBLICADO:

**La última cigüeña**, por Félix Urabayen.—  
Un tomo de 224 páginas, con artística cubierta, 3,50 pesetas.

---

## OBRAS DE JULIO CAMBA

---

TRES LIBROS DE VIAJES:

**Alemania.**

**Londres.**

**Playas, ciudades y montañas.**

Precio de cada volumen, 3,50 pesetas.



# COLECCION UNIVERSAL

---

NOVELAS - TEATRO - POESIAS  
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES  
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS,  
ETCETERA, ETC.

---

Aparecen veinte números de unas cien  
páginas, cada mes, al precio de **CIN-  
CUENTA CENTIMOS** cada número

POR SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL, SEMESTRAL  
O ANUAL  
(OCHO PESETAS AL MES)

**CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO**

---

Los 620 números publicados desde julio de 1919  
— — a junio de 1922 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,  
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,  
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE  
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,  
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,  
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-  
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-  
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,  
STAEEL (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,  
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

## CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

SAN MATEO, 13